



LA MUCHACHA
QUE SE HIZO LIBRO

D.J.57

Leticia Meroño Catalina

Índice

[Parte I](#)

[Parte II](#)

[Parte III](#)

[Agradecimientos](#)

LA MUCHACHA QUE SE HIZO LIBRO

Leticia Meroño Catalina

*Hay hechos que destruyen vidas, lágrimas que nunca se secan y miedos
que nunca se pierden.*

Parte I

I

Adelaida visitó a su tía, Elisabeth, como hacía cada viernes. Le llevaba la compra de la semana, ya que ella, poco a poco, había dejado de salir a la calle hasta que el tiempo convirtió la pereza en costumbre y, más adelante, en miedo.

Elisabeth tenía poco más de sesenta años, pero su aspecto estaba bastante desmejorado, debido a la dejadez, y aparentaba diez años más. Tenía el pelo completamente gris, y lo llevaba siempre recogido en una coleta o una trenza, según el ánimo con que se despertara. Sus ojos marrones reflejaban una tristeza que no acompañaba a la sonrisa que se dibujaba en sus labios cuando Adelaida la visitaba.

La joven tenía treinta años y estaba acostumbrada al rostro apagado de su tía, puesto que era el que había visto desde que era una niña y con el paso de los años no hubo nada que lo hiciera cambiar.

Elisabeth solo recibía la visita de su sobrina; con el resto de la familia había ido perdiendo el contacto hasta que, finalmente, se hizo inexistente. El comportamiento perpetuado a lo largo de los años por la mujer había terminado con la paciencia de sus allegados y, lo peor, con la de su propia sangre, excepto por su sobrina, que fue la única que jamás la juzgó e intentó con todas sus fuerzas ayudarla, aunque el esfuerzo fue en vano.

La madre de Adelaida y hermana de Elisabeth no se inmiscuía en la relación que tía y sobrina mantenían. Ella misma había estado al lado de su hermana apoyándola desde el momento en que la tristeza hizo mella en ella. Sin embargo, no pudo soportar que su hermana no asistiera al entierro de sus abuelos. El abuelo fue el primero en fallecer, y Elisabeth no asistió al funeral; en ese instante comenzó el distanciamiento entre las hermanas que se hizo definitivo cuando la abuela dejó este mundo.

Adelaida puso todo su empeño en suavizar la situación, pero no fue posible. El rencor se apoderó de su madre, que se sintió profundamente herida al ver que su hermana no era capaz de reaccionar ante la situación, tan trágica y dolorosa, de la pérdida de los abuelos que los habían criado como si de hijos se tratase.

Cuando Adelaida entró en la casa encontró a su tía, como era habitual, sentada en el sillón con una libreta en la mano.

—Buenas tardes, tía —saludó desde la puerta del salón.

—Hola, Adelaida. Pasa, por favor, no te quedes ahí.

Mientras la joven se acercaba, Elisabeth guardó la libreta en el hueco lateral

que se forma entre el reposabrazos del sillón y el cojín. La sobrina se acercó hasta ella y le dio un beso en la frente.

—Voy a guardar la compra en la cocina.

—Muchas gracias, hija —contestó con una leve sonrisa llena de arrepentimiento—. Algún día tendrás que dejar de hacerte cargo de mí.

Cada semana Elisabeth le decía la misma frase, y ella también respondía lo mismo:

—Nunca lo haré.

Se dirigió hasta la cocina y colocó lo que había comprado. Solía llevarle alimentos no perecederos porque muchas veces ni comía, y terminaba por tirar la mitad de las cosas. También le llevaba a menudo manzanas, pues era su fruta favorita y le recordaba a cuando era niña e iba con su abuelo a recogerlas. Cada vez que comía una, Elisabeth le contaba una anécdota nueva. Tenía muchas para narrar. Adelaida disfrutaba mucho escuchando a su tía contar las historias que la habían hecho feliz. Cuando hubo ordenado todo volvió al salón.

—¿Te apetece un té?

—Claro, tía. Sabes que me encanta. Nunca digo que no a uno.

Siempre aceptaba la invitación porque además de encantarle el té, era una manera de conseguir que su tía se levantara del viejo sillón.

Elisabeth se incorporó con dificultad y cogió el bastón que necesitaba para andar; las rodillas le fallaban porque apenas se movía.

Cada vez que su tía permanecía en la cocina, a Adelaida le entraba la tentación de coger la libreta que permanecía oculta en el sillón. Alguna vez había estado a punto de hacerse con ella, pero en el último momento se arrepentía y regresaba al sofá en el que se acomodaba. La curiosidad la dominaba; sin embargo, era consciente de que invadir la intimidad de alguien no estaba bien. Era algo personal que no tenía ningún derecho a ver.

Mientras Elisabeth preparaba el té, ella se dedicó a observar las estanterías. Recordaba con nostalgia, al ver la cantidad de libros que estas apilaban, los años en los que su tía leía sin parar. Su madre y ella solían llevarle varios libros cuando la visitaban; era lo único que le devolvía la felicidad.

Gracias a los libros vivía experiencias en otras ciudades y países, e incluso hacía suyos sentimientos que nunca había experimentado. Perderse entre las páginas le hacía sentirse viva.

—Una lástima que mi visión no me permita seguir leyendo —expresó con voz melancólica, a la par que su sobrina se secaba las lágrimas que, apenas sin darse cuenta, habían resbalado por sus mejillas.

—Podría buscar un oculista que viniese a casa. Con unas gafas podrías volver a leer.

—Te lo agradezco, mi niña, pero es la naturaleza la que así lo ha decidido y contra eso nada puede hacerse.

Adelaida ya no se esforzaba en intentar convencerla de nada. Muchas habían sido las veces que se lo había sugerido, y tantas otras había llevado sus argumentos más allá hasta quedar exhausta, pues no había palabra que consiguiera hacerla cambiar de opinión.

La joven se preguntaba a menudo qué hecho la habría llevado hasta aquella situación. Todo lo que recordaba, desde que tenía uso de razón, era ver a su tía en casa. Nunca había estado con ella en la calle. Había intentado muchas veces hablar con su madre sobre lo que sucedía, pero nunca le desvelaba nada. Existía una razón que la había transportado a ese nivel de tristeza y dejadez tan elevado; no obstante, su madre le decía que debía ser su tía la que le hablase del asunto si así lo deseaba. Al final las preguntas cesaron, ya que no le gustaba hablar de Elisabeth a sus espaldas y sabía que no iba a obtener una respuesta.

La relación entre tía y sobrina era excelente. Su madre estaba en lo cierto, y si algún día se decidía a hablar, ella estaría allí para escucharla.

Tomaron el té entre conversaciones de distinta índole. En realidad, la que hablaba era Adelaida, ya que Elisabeth poco tenía para contar. De vez en cuando la interrumpía para realizarle alguna pregunta, pues estaba muy interesada en el día a día de su sobrina. Quería saber todo lo que hacía, si era feliz en su rutina... Cualquier detalle era importante para ella.

Después de casi dos horas de compañía, Adelaida se dispuso a marcharse.

—Me alegra que hayas venido. Así las tardes se hacen muy amenas. ¡Fíjate! Han pasado casi dos horas y pareció un simple instante.

—Tía, siento no poder venir más a menudo, pero termino muy cansada después del trabajo y venir hasta aquí, luego volver a casa... Es casi una hora. No parece mucho, pero...

—No tienes que excusarte. De más que vienes todas las semanas. Significa mucho para mí. Y no pienses que es poco, porque no lo es.

—Bueno, aun así me gustaría venir más a menudo.

—Venga, márchate, que está anocheciendo.

Se levantó del sofá y besó en la frente a su tía. Se encaminó hacia la salida mientras le iba anunciando que volvería la próxima semana.

Al escuchar la puerta de la calle cerrarse, Elisabeth metió la mano en el hueco del sillón y sostuvo de nuevo entre sus manos la libreta que había escondido.

II

Lo miraba jugar en el parque, con su energía alborotaba a todos los niños que lo rodeaban. Corrían sin parar detrás de él, y mi niño, con su corta melena de color castaño claro que brillaba con el reflejo del sol, no paraba de reír.

Era tan alegre que aún no comprendía cómo yo, presa de una tristeza casi constante, había conseguido que mi pequeño irradiase tal felicidad; contagiaba a todos con ella, incluso a mí, aunque a veces resultara tan difícil sacarme una sonrisa, pero él era capaz de todo.

Supongo que a todas las madres les sucede, puede que solo sea una más, y no me importa porque así creo que debe ser, lo digo bien alto: estoy orgullosa de mi hijo.

Cada tarde me sentaba en un banco cercano a la zona de juegos infantil mientras él se divertía con sus amigos. Allí se reunían todos los padres, unos junto a otros, para pasar la tarde. Yo permanecía sentada, sola. A veces, alguna madre ocupaba el espacio que quedaba vacío a mi lado; sin embargo, ya no se molestaban en hablar conmigo. Un breve saludo era suficiente para indicar que les hiciese un hueco, y ahí terminaba el cruce de palabras que a mí me resultaba tan incómodo.

No puedo negar que en ocasiones tenía la necesidad de hablar, pero la situación ya se había creado hace tiempo. Yo era una persona extraña, parca en palabras, seca, puede que incluso desagradable; así me veían. A nadie puedo culpar, tan solo a mi tristeza, pues ellos en un principio intentaron acercarse a mí. Necesitaba tiempo para acostumbrarme a las situaciones nuevas; no obstante, los días pasaban y para lo que en mi persona significaba ir tomando comodidad y cogiendo confianza en el terreno, para el resto había pasado el tiempo suficiente para dar por hecho que yo no quería relacionarme con ellos.

Los años habían pasado y mi soledad se había convertido en un hecho.

A pesar de mis rarezas, mi hijo se relacionaba con todo el mundo y todos los padres lo adoraban; yo únicamente podía agradecer que lo trataran como merecía sin tener en cuenta a la madre distante y rara que lo acompañaba.

Cuando la hora de juego terminaba, mi pequeño avanzaba saltando y cantando hacia mis brazos. Conseguía hacerme reír día tras día y la escena se repetía, cuando yo lo abrazaba me miraba y decía: «Mamá, tienes la sonrisa más bella del mundo». A pesar de que escuchaba esas palabras todos los días, el efecto siempre era el mismo, mis ojos mostraban la emoción que las palabras producían

en mi corazón, y de ellos brotaban lágrimas.

III

El sábado se levantó con energía, las visitas de su sobrina la llenaban de alegría, aunque a veces no estaba segura de mostrárselo con claridad.

Por la mañana, como sucedía cada vez que su espíritu se revitalizaba, se entretuvo en peinarse y hacerse una trenza.

Desayunó tostadas, aprovechando que disponía de pan tierno, y disfrutó del crujido que producían al morderlas. Esos días en los que la magia crecía en el interior de sí misma, en los que no sentía angustia ni desesperación, cualquier mínimo detalle era un inmenso placer que disfrutar.

Cuando terminó de desayunar, permaneció un rato sentada y enseguida se dispuso a limpiar las estanterías. Para realizar esa tarea no se mostraba perezosa, no le gustaba que los libros tuvieran polvo adherido, por lo que vaciaba el mueble con asiduidad y limpiaba a fondo, tanto las baldas como cada ejemplar de papel.

Trataba con extrema delicadeza cada libro que pasaba por sus manos. Acariciaba la cubierta, leía el título, rememoraba las historias que contenía mientras le pasaba un trapo de tejido de algodón y lo acomodaba sobre la mesa.

Al recordar lo que escondía cada libro, la aventura vivida, se sentía feliz. Aquellos eran sus recuerdos.

Consiguió limpiar y ordenar la mitad de la estantería cuando el cansancio no la dejó continuar, se tumbó en el sofá para relajar las piernas.

El silencio invadía la estancia y era roto solo por el traqueteo de sus pensamientos. Echaba de menos a su hermana, a la que hacía ya un par de años que no veía. El distanciamiento había sido tal que ni siquiera hablaban por teléfono. La necesidad de escuchar su voz se hizo tan grande que volvió a imaginar que la llamaba para disculparse y le hacía saber que cada día se culpaba por haberla dejado sola en tan difícil situación. Nunca se perdonaría no haberse despedido de sus abuelos y no haber compartido ese momento de pérdida junto a sus hermanos. En su cabeza, la llamada telefónica transcurría entre los sollozos y lágrimas de ambas, y era la imaginación la que conseguía que el amor que se procesaban superase cualquier rencor acumulado.

Se acercó hasta la mesilla de al lado del sofá, donde estaba situado el teléfono, y descolgó el auricular. Los dedos que marcaban no paraban de temblar, y antes de presionar la tecla del último número, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y terminó por colgar.

Temía que la conversación no transcurriese como ella esperaba. Podía percibir, aun en la lejanía, el rencor y dolor que albergaba el corazón de su hermana. Ella, que había padecido sola la dureza de los cuerpos sin vida de sus abuelos, que se encargó de todo el papeleo, y Elisabeth, egoísta, la había dejado sola con todos esos trámites, con todo el dolor. Al menos tenía a su hermano, pero la relación de cercanía y complicidad no era la misma.

No era fácil para ella volver a salir al exterior, hacía demasiados años que no pisaba la calle. Lamentaba no haber reunido el valor suficiente ni siquiera durante aquel acontecimiento. Cómo iba su hermana a perdonarla, por mucho que se quisieran, con tan solo una llamada telefónica. Deseaba que todo se solucionase, pero era una cobarde y la sobrecogían los reproches que pudiera hacerle. No estaba preparada para pasar por ello, así que una vez más se acomodó en el sillón, donde la rutina la protegía.

Abrió la libreta y sonrió. Cerró los ojos mientras acariciaba las hojas con la yema de los dedos, se relajó con la sensación y se quedó dormida. Por la mejilla le resbaló una lágrima que terminó el recorrido sobre la página que permanecía abierta.

El sonido del teléfono la despertó. Todavía con la intención de llamar a su hermana y sin haber despertado del todo colocó el auricular en su oreja.

—¿Margaret?

—¿Qué? ¿Elisabeth?

—Margaret, ¿eres tú?

—No, tía. Soy yo, Adelaida. Ha sucedido algo horrible. Mamá ha muerto, mamá ha muerto —repetía, sollozando.

Elisabeth reaccionó ante las palabras que su sobrina acaba de pronunciar y se espabiló de golpe, horrorizada. El corazón se le aceleró y la boca se le quedó seca por completo.

—¿Qué? —Consiguió pronunciar.

—Tienes que venir, por favor. ¡Tía, tienes que venir!

—¿Qué ha pasado, Adelaida?

—No lo sé. Creo que ha sido un infarto. La encontré tirada en el suelo de la cocina. ¡Y está muerta, está muerta!

—Cariño, ¿has llamado al servicio de emergencias? —Quería serenar a su sobrina, aunque ella misma temblaba por dentro y le parecía que le temblaba la voz.

—Sí, sí. Es lo primero que hice. Están en camino. Tía Elisabeth, por favor, no me dejes sola, te lo suplico, tienes que venir.

No fue capaz de responder. Intentó emitir un rotundo: «Sí, allí estaré», pero de

su garganta no salió sonido alguno. Al otro lado, Adelaida suplicaba entre llantos, y ella, paralizada, era incapaz de responder.

—¡No te lo perdonaré! ¡Esto nunca te lo perdonaré! —gritó, tajante, y colgó.

Elisabeth temblaba de miedo sosteniendo aún el teléfono contra su oreja, aunque de él ya solo surgía un largo pitido. Finalmente, la mano que lo sostenía perdió fuerza y lo dejó caer. El auricular quedó, con su quejicoso pitido, tirado en el suelo.

IV

Las horas en las que el pequeño asistía a la escuela se me hacían muy pesadas. Aprovechaba para limpiar la casa y lo hacía mientras escuchaba música. Intentaba elegir canciones con ritmo contagioso, de las que te hacen bailar sin apenas darte cuenta, aunque bien es verdad que a veces, casi sin pretenderlo, acababa escuchando otras que incrementaban la melancolía, la cual yo ya portaba en grandes dosis.

El otoño había llegado de golpe, sin tregua. Los días eran oscuros y lluviosos, y con ese tiempo no me apetecía salir a la calle. Tenía la suerte, aunque a veces me costaba arrancar, de tener que llevar y recoger a mi hijo del colegio. Esa circunstancia me obligaba a salir todos los días de casa. Una vez en la calle, todo era diferente. Sentir el goteo de la lluvia sobre mi rostro, cuando no era excesivo, era una sensación que me encantaba. El frescor también me resultaba agradable, y una vez que estaba fuera me arrepentía de no haber salido con más tiempo para poder pasear bajo la lluvia.

Si hacía demasiado frío la cosa cambiaba, pese a abrigarme en exceso no soportaba tanta frialdad en mi cara y terminaba con las manos tan heladas que me dolían.

El primer día que se manifestó la típica climatología otoñal, la temperatura no era excesivamente baja. La lluvia había arreciado con fuerza durante la noche y la mañana, aunque gris y húmeda, se mantuvo sin caída de agua.

Abrigué a mi hijo y lo acompañé al colegio. Después, recorrí algunas de las calles de la ciudad, sin rumbo fijo. Caminaba absorta en mis pensamientos; ni siquiera prestaba atención a lo que había a mi alrededor, ni a la gente con la que me cruzaba. Mis pies iban solos, y como era mi costumbre, a elevada velocidad.

Las gotas comenzaron a impactar sobre mi frente y me sacaron del letargo en el que me hallaba sumida. Miré el entorno, mi caminar me había llevado hasta las cercanías del hospital, que se situaba a las afueras de la ciudad. Podía ver, al otro lado de la calle, la gran construcción, con seis plantas y dos edificios anexos al principal. Uno de ellos era el de maternidad. Y allí, bajo la lluvia que comenzaba a caer con más fuerza, la idea vino a mí, ya formada, ya decidida: tendría otro hijo.

Regresé a casa empapada, con la ilusión del nuevo propósito que había surgido en mí. Nunca me lo había planteado, pero en ese preciso instante lo vi claro, mi hijo necesitaba un hermano. No era justo que su única referencia

familiar fuera yo. Tarde o temprano, sería consciente de la tristeza que invadía a su madre, aunque estaba segura de que, a pesar de su corta edad, él ya lo sabía. Al ser lo que siempre había vivido, seguramente no fuera extraño para él, pero aun así, otra personita sonriente en casa y con su misma vitalidad le vendría muy bien.

Yo intentaba en todo momento dar lo mejor de mí; sin embargo, no era suficiente.

Una vez en el hogar, esperé impaciente a que llegaran las cinco, hora a la que iría a recoger a mi hijo. Tenía ganas de abrazarlo; no obstante, no le contaría de momento lo que había decidido, prefería ser precavida y esperar a que fuese algo firme.

A las cinco menos diez salí corriendo hacia el colegio, recogí al niño y nos fuimos a merendar al centro comercial. No le dije dónde íbamos, y al ir aproximándonos me miró con los ojos muy abiertos y llenos de alegría.

No era habitual que saliéramos, y menos al centro comercial. Solía haber mucha gente, y los murmullos que se generaban me ponían muy nerviosa. Todos esos sonidos agolpados en mi cabeza eran más de lo que podía soportar. Pero, gracias a la ilusión que me invadía, casi ni me percaté de lo que habitualmente me agobiaba tanto.

Para él, acudir allí era como una fiesta. No paraba de correr por los pasillos y observar cada cosa que le rodeaba. Se ponía tan contento que me hacía pensar que casi era mejor así, aquel sitio para él era mágico porque apenas lo visitábamos. Me preguntaba si el resto de niños, que acudían asiduamente al lugar, lo disfrutarían tanto como él.

Solo podía pensar en la inmensa alegría que iba a experimentar cuando se enterase de la nueva noticia.

V

Elisabeth permaneció sentada en el sofá sin poder mover ningún músculo del cuerpo. Las lágrimas brotaban de sus ojos a borbotones. Quería levantarse, pero no podía. Quería coger el teléfono, pero era incapaz de controlar su cuerpo.

Su hermana había muerto y su sobrina estaba sola. Adelaida había perdido a su padre siendo un bebé, y ahora, en la treintena, perdía a su madre. Tenía más familia, aunque bien sabía que no era lo mismo. Se odiaba, odiaba lo que era, en lo que se había convertido. Ellas siempre habían estado a su lado y no lo merecía. Era consciente de que no valía tanto esfuerzo como hermana y sobrina habían dedicado. Nunca había estado cuando la necesitaban. Siempre recibiendo y nunca ofreciendo, ni dando. Era una egoísta. No podía dejar a su sobrina sola ante aquella situación; la muerte de un ser querido era algo muy difícil de asimilar, y si se trataba de una madre, sin duda el dolor aumentaba. Sin embargo, era incapaz de reaccionar.

Se había dejado vencer por la amargura, necesitaba sacar fuerzas de donde fuera para salir de la situación en la que llevaba tantos años metida. No por ella, pues su vida ya poco le importaba, sino por Adelaida.

Intentó calmarse. Respiró despacio y profundamente, llenando los pulmones con todo el aire que pudo. Después, lo soltó con toda la lentitud que fue capaz, aunque al principio le costó, tuvo que hacerlo varias veces para poder dominarlo y hacerlo al ritmo que ella deseaba. No obstante, la sensación de quietud duró un ínfimo instante. Los brazos comenzaron a temblarle, y a continuación el cuerpo completo.

Se echó hacia delante extendiendo el brazo todo lo que era capaz y alcanzó el auricular, lo colgó por si su sobrina volvía a llamar.

Miró el teléfono fijamente y se lamentó por no haber llamado a su hermana. Se había ido para siempre y ya no podrían arreglar la situación. Nunca pensó que aquello pudiera suceder, dejó pasar el tiempo con la esperanza de que todo se solucionaría en algún momento. Pensaba que algún día todo volvería a la normalidad, que el tiempo calmaría la tensión. Pero el tiempo había jugado en su contra: ya era tarde, la muerte se había adelantado.

La angustia crecía ante la realidad; le dolía el pecho y un ahogo la impedía respirar con normalidad. Ya no podía hacer nada. La cobardía la había vencido de nuevo.

Se levantó y fue hasta la habitación para cambiarse de ropa. Debía salir de allí

e ir en busca de Adelaida. No perdería a la única persona que le quedaba. Las piernas le temblaban y las rodillas le fallaban más de lo habitual. Cuando estuvo preparada, se aproximó a la puerta de salida. Mantuvo la mano apoyada en el manillar varios minutos y finalmente consiguió abrirla.

Avanzó muy despacio, le parecía que había recorrido varios metros cuando, en realidad, tan solo tenía un pie fuera de la casa. Respiró profundamente, corrió hasta el ascensor y presionó el botón. El corazón le latía a gran velocidad y con mucha fuerza; la ropa comenzaba a mojarse con el sudor que emanaba. Miró la puerta de la casa con el deseo de volver a la seguridad del hogar. Retrocedió varios pasos cuando el ascensor llegó con la duda de hacia dónde andar.

Percibió una corriente de aire y escuchó un portazo que la dejó sin aliento. Todo se volvió negro y su cuerpo cayó desplomado al suelo.

VI

La cara de Aaron fue de ilusión, alegría, admiración, todos en uno, al ver por primera vez a su hermana.

Intentaba decirme tantas cosas que trastabillaba al hablar, no paraba de moverse nervioso, me miraba intentando expresarse y la miraba a ella para besarla.

Me sentí orgullosa de la decisión que tomé aquel día de otoño. La pequeña traería a nuestro hogar esa felicidad que yo era incapaz de mantener.

Tenerla entre mis brazos, tan pequeña, tan frágil, sabiendo que yo debería cuidarla y darle lo mejor me reconfortó y me llenó de fuerza. Mi niño nos abrazaba a ambas, y yo a su vez los abrazaba a ellos. Éramos una familia, lo que siempre había soñado por fin se hacía realidad. Aquella sensación sería mía, nuestra, para siempre.

Nos instalamos en casa y juntos fuimos organizando las cosas del bebé. Todos dormiríamos en mi habitación, la cuna estaba al lado de mi cama y Aaron dormiría conmigo. Quería compartir cada segundo con su hermana, cómo negarle el deseo.

La casa se inundó de alegría. Yo estaba muy cansada, pero mi hijo me ayudaba mucho, se había convertido en un hombrecito que estaba siempre pendiente de cualquier necesidad de su hermana. Me quedaba embelesada observando cómo la miraba, la besaba, cómo se sentaba a su lado para verla mientras dormía. Era la imagen del amor.

Fueron meses de mucha felicidad; sin embargo, ni siquiera con todo lo que tenía conseguí aplacar mi tristeza. La melancolía era parte de mí. Había temporadas en las que mitigaba, incluso daba la sensación de que desaparecía, pero la verdad era que siempre estaba ahí, esperando a resurgir de nuevo.

La primera vez que bajamos al parque, los padres se acercaron a felicitarme y a conocer a mi hija. Estaba nerviosa con tanta gente a mi alrededor, pero percibí el calor de las personas que me rodeaban, sonrientes. Las palabras que proferían salían del corazón. Estaba muy agradecida, aunque era consciente que el acercamiento no se producía por mí, sino por mi hijo. Era a él al que felicitaban y dedicaban esa ilusión. Aun así, parte de las palabras iban dirigidas hacia mí, las suficientes para creerme parte de este mundo.

Me senté y acuné el carro con mi niña mientras observaba jugar a mi hijo. Me hacía mucha gracia ver cómo no dejaba de mirarnos, controlando que

estuviéramos bien, y de vez en cuando se aproximaba corriendo y le daba un beso a su hermanita. Mis ojos se llenaban de lágrimas ante ese tipo de escena y tenía que tragar saliva para no dejarlas salir.

Nunca me cansaría de repetir que la imagen que ambos mostraban era la mismísima estampa del amor.

En el momento que salí de la burbuja de emoción en la que estaba inmersa, me percaté de que la situación volvía a ser la de siempre. Estaba sola, contemplando a mi hijo jugar, sentada en un banco acompañada de mi bebé que dormía plácidamente y el resto de padres charlaban unos con otros a varios metros de mí.

Supongo que era la costumbre, yo era la mujer rara que prefería la soledad. Y no pude evitarlo, mi rostro mudó de expresión acompañando a mi alma, la desolación cayó sobre mí de nuevo.

VII

Sentada en el sillón, escuchó cómo se abría la puerta de la calle. Aguzó el oído, las pisadas permanecieron fuera del salón y en pocos minutos la puerta volvió a sonar, esta vez para cerrarse.

Elisabeth se levantó y caminó despacio hacia la cocina. Sobre la mesa encontró dos bolsas, las cuales revisó, y fue colocando los alimentos que contenían en la nevera y en los armarios.

Lloró desconsoladamente y se dejó caer en el suelo, abatida. Estaba frío, pero no le importaba. Se acurrucó para paliar el descenso de temperatura que sufría su cuerpo.

Había perdido la noción del tiempo, no estaba segura de si se había quedado dormida o si había permanecido con la mente alejada de lo que la rodeaba, abandonando incluso la consciencia del pensamiento.

Su sobrina había estado allí, recordó las bolsas de comida. A pesar de todo no la había abandonado, aunque nada volvería a ser como antes. La bondad de Adelaida era infinita, ella no la merecía, debería haberla dejado sola a su suerte. Sin embargo, siguió ocupándose de ella.

Se incorporó y volvió al salón. Cogió un libro de la estantería, necesitaba fundirse con otras vidas y así olvidar la suya, que tanto sufrimiento le reportaba. Sin embargo, su mala vista no le permitió leer, las letras se movían y el intento de focalizarlas le produjo un intenso dolor en los ojos. Los surcos de agua no tardaron en llegar, y cerró el libro colmada de ira. Ahora solo le quedaba la realidad. Si hubiera hecho caso a su sobrina tendría unas gafas y podría leer sin complicaciones. No obstante, no tenía gafas, no tenía vida y tampoco lo que conseguía aliviar el dolor: la fantasía de otros mundos, las vidas de otras personas, las aventuras, todo lo que encerraban aquellas páginas que poblaban su biblioteca.

El tiempo había pasado tan deprisa en su sillón... Su edad avanzaba y no había marcha atrás, sería una vieja inútil y sola, sin recuerdos que rememorar cuando llegasen los últimos días de su vida.

Un fuerte ruido proveniente de la entrada de la casa la sacó de sus elucubraciones. Intensificó el sentido del oído y le pareció que algo se movía. Se le encogió el corazón, puesto que no había escuchado que se abriese la puerta.

—Adelaida, ¿eres tú?

No obtuvo respuesta.

Desde el asiento vio cómo una sombra pasaba de un lado al otro de la puerta, los músculos se le tensaron y paralizaron pero aun así volvió a gritar el nombre de su sobrina. La respuesta fue el silencio.

Estaba muerta de miedo, pero le echó valor y fue a ver qué era aquella sombra. Revisó la cocina y la salita de entrada. Allí no había nadie.

Estaba conmocionada y cansada con lo que sucedía, prefirió meterse en la cama y descansar antes de que su mente le volviera a jugar una mala pasada.

VIII

Cuando mi hija tenía algo más de dos años, decidí que viajaríamos al pueblo y pasaríamos allí unos días. Tenía ganas de que mis hijos disfrutaran del ambiente que proporcionaba el campo. Lejos de la ciudad, lejos de la contaminación que produce el hombre. Sin ruidos, sin humos, una atmósfera limpia. Y además, quería que supieran lo que era jugar en libertad, poder recorrer todas las calles, trepar por los árboles, divertirse con el barro sin importar las manchas que este produjera en sus ropas e infinidad de cosas más que en la ciudad no se disfrutaban.

Hacía al menos quince años que no lo visitaba, y me sentía muy nerviosa. Todo aquello que era nuevo para mí y lo que hacía tiempo que no realizaba me producía inquietud y nerviosismo, pero tenía que dar el paso por ellos. No podía mantenerlos eternamente en mi seguridad.

La casa estaba acondicionada a la perfección. Aunque ya no iba, no la había descuidado. Pagaba a una vecina del pueblo que residía allí para que se hiciera cargo de la limpieza y de las plantas, y en invierno encendía la chimenea una vez por semana para que la casa no quedase impregnada de excesiva humedad.

Aquel día, como la había avisado de que iría con los niños, había dejado las habitaciones listas para su uso, así como los baños, e incluso había comprado algún alimento básico: leche, pan, pasta y algún dulce para el desayuno. Le di una propina al ver lo bien que estaba la casa, y para agradecerle el detalle de haber hecho hasta la compra le propuse que comiera con nosotros, pero rechazó la invitación.

Era verano y, después de colocar lo poco que habíamos llevado, los niños salieron a jugar a la calle. Yo me senté en el escalón de la puerta de entrada para estar pendiente de ellos.

El sol hacía brillar el cabello rubio y rizado de mi pequeña. La habíamos apodado «Ricitos» y siempre la llamábamos así.

En el transcurso de la mañana pasaron varias personas por la calle. Nadie nos conocía, y nos miraban y saludaban, casi con toda seguridad preguntándose quienes éramos. Pensé que sería mi oportunidad, allí no era la persona rara y solitaria que conocían en mi ciudad. Quizá podría establecer una relación normal y conversar con los vecinos con tranquilidad, aunque para ello debería tomar la iniciativa y no sabía cómo hacerlo. Me relajé y decidí dejar que las cosas siguieran su curso, sin forzar la situación, que lo que fuera surgiera de manera

natural, si es que esa opción era posible...

IX

El cansancio hizo que se sumiera con rapidez entre los brazos de Morfeo, pero el sueño no fue tranquilo, ni reparador. En su mente se agolpaban imágenes inconclusas. Estaba en un cementerio y desde lo lejos podía ver a su familia alrededor de una tumba. Todos portaban la seriedad en el gesto, y Adelaida, arrodillada junto al agujero creado en el suelo, lloraba sin parar. Ella intentaba avanzar hasta su familia, pero no podía levantar los pies del suelo. Miró hacia abajo para ver qué le impedía moverse y se asustó al comprobar que tenía enterradas las piernas hasta prácticamente las rodillas. Tiró con toda la fuerza de la que fue capaz, no obstante no conseguía salir y cuanto más fuerza ejercía, más se hundía.

Hundida ya hasta las rodillas, gritó pidiendo ayuda y se quedó muy quieta para no enterrarse más. Los asistentes al entierro la miraron, cuchichearon entre ellos y volvieron la vista hacia el féretro dejándola allí, hundida y sola.

La escena del sueño cambió drásticamente y se vio rodeada de libros. Unos cuervos revoloteaban en círculos por encima de su cabeza. Al intentar coger una de las encuadernaciones, los pájaros se abalanzaron sobre ella, picándola en los ojos hasta que se hizo la oscuridad total.

Y así transcurrieron las horas, colmadas de pesadillas de las que era incapaz de despertar.

El sonido del timbre la despertó. Creyó que formaba parte de los sueños, pues nunca tenía visitas; sin embargo, cuando sonó de nuevo supo que se equivocaba. Se levantó de prisa pensando que, tal vez, sería su sobrina que se había olvidado las llaves. Con las prisas se golpeó el pie con el baúl que tenía colocado al lado de la puerta de su habitación. En ese instante, recordó el sueño y la insensibilidad que había percibido en sus extremidades. Se alegró de que ahora el pie le doliese.

Acercó el ojo a la mirilla y al otro lado vio a su vecino, un joven de unos cuarenta años que vivía frente a ella, solo. Desilusionada fue a darse una ducha. Le extrañó el hecho de que el vecino llamase a la puerta, pero no tenía ganas de hablar con nadie. Quizá la buscaba por algún problema de la comunidad y, en ese momento, poco le importaba.

El resto del día no consiguió eliminar la angustia de las pesadillas. Al fin y al cabo no era más que lo que el subconsciente encerraba, lo que ya no podía ocultarse a sí misma: estaba sola y todos la repudiaban.

Los libros ya no podían llenar el vacío de la vida que tenía, pues no podía leerlos debido a la mala visión. Recostó la espalda y la cabeza en el respaldo del sillón, colocó los pies en un taburete y cerró los ojos. Todavía le quedaba algo: su imaginación.

En su cabeza, llamó a su sobrina para decirle que no se preocupara, que estaría en su casa en menos de diez minutos. Lloró junto a ella la muerte de su hermana y ambas se encargaron de los trámites para la realización del entierro. Fueron tres días bastante duros; sin embargo, al tenerse la una a la otra, el dolor mitigó.

Y entre los pensamientos de lo que deseaba que hubiera acontecido, Elisabeth se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

X

Aaron hizo amigos con facilidad y rapidez. Ricitos se quedaba observando cómo su hermano se iba con los niños y me miraba con tristeza, sin comprender, al verlo marchar.

Era lo normal, debido a su diferencia de edad; no obstante, se me partía el alma cada vez que Aaron salía de casa y nuestro ángel se entristecía. Había comprendido que cuando su hermano se iba, tardaba horas en volver, y alguna vez se quedó en la puerta pidiéndome con ojos llorosos que la abriese.

No sabía si explicarle a mi hijo la escena que dejaba tras su marcha, ya que él no era participe de ello. Pero tampoco quería que se sintiese culpable u obligado a permanecer en casa; a sus siete años, lo mejor para él era relacionarse con otros niños de su edad.

La verdad era que él también echaba de menos a su hermana y cuando volvía para comer, Ricitos se lanzaba a sus brazos y él la acogía con el mismo ímpetu. Durante el tiempo que estábamos comiendo no paraban de reír, y el mayor ayudaba a comer a la pequeña. Desprendían pura ternura y, en esos momentos, era a mí a la que visitaban las lágrimas, aunque eran de alegría y emoción.

Los días iban pasando y yo seguía sin entablar una conversación con nadie. Lo que en mi mente resultaba tan sencillo, en la realidad se volvía inalcanzable. Antes de comer y por las tardes, iba a dar un paseo con mi hija y lo más que alcanzaba a decir al resto de habitantes del pueblo era un simple «hola», que a ellos tampoco les daba lugar a añadir mucho más, sobre todo porque yo no era capaz de mantener la mirada y en cuanto la palabra salía de mí, mis ojos tomaban otra dirección. Instintivamente, mi miedo a relacionarme construía una barrera que hacía bastante difícil que nadie se me acercase.

La melancolía se instaló de nuevo en mí al ver que la historia de siempre se repetía, y fue a peor cuando descubrí que mi hija estaba adoptando mi forma de ser. En el parque, si otro niño se dirigía a ella, corría a protegerse entre mis piernas.

La situación me superaba, el temor bloqueó mi mente y, como tantas otras veces, dejé pasar el tiempo con la esperanza de que esa reacción antisocial se le pasara. Sin embargo, la actitud de Ricitos empeoró, y decidí hablar con mi hijo para no tener que lamentarlo en un futuro.

Posiblemente fuera un error involucrar a un niño en algo que yo, como madre, debía solucionar, pero éramos una familia y debíamos estar unidos ante las

dificultades. A veces, bajo mi punto de vista, el gran error era querer apartar de todo a los niños, cuando la realidad es que ellos perciben que algo sucede y se dan cuenta de muchas más cosas de las que creemos. Dejarlos al margen puede tener peores consecuencias puesto que ellos sacarán sus propias conclusiones con o sin la ayuda del adulto. Y por qué no admitirlo, era yo la que necesitaba de su colaboración.

XI

El sonido del timbre sacó a Elisabeth de su plácido sueño.

Caminó hasta la puerta y comprobó que era de nuevo el vecino quien llamaba. Decidió no abrirle, y despacio, para que no escuchara las pisadas, regresó al sillón. El timbre siguió sonando, al principio de forma pausada, pero después de manera más insistente; no paraba de sonar y aquello no la agradó. ¿Por qué aquel hombre, al que apenas conocía, llamaba de esa manera tan acosadora a su timbre?

Pensó en abrir por si necesitaba algo importante, pero no lo hizo porque le resultaba bastante extraño. El vecindario sabía que ella no salía de casa, y cuando era necesario comunicarle alguna noticia de la comunidad, le dejaban una carta en el buzón, el cual su sobrina abría todas las semanas. Se percató de que no había mirado si Adelaida había dejado algo. Volvió a la entrada de la casa y miró en el recibidor, que era donde depositaba lo que cogía del buzón. No había nada. Quizá, con el enfado que tenía, su sobrina no lo había abierto.

Se inclinó hasta la mirilla para ver si el hombre seguía allí y pudo comprobar, aliviada, que se había marchado.

Se preparó una sopa para comer, aunque no tenía apenas sensación de hambre. Las preocupaciones le quitaban el apetito, y cargaba demasiadas a sus espaldas.

Fue una suerte para ella el hecho de haber gastado tan pocos alimentos, porque su sobrina tardó semanas en volver. Como la última vez, entró en la casa, dejó la compra que había realizado en la cocina y se marchó.

Durante ese intervalo de tiempo fueron varias las visitas del vecino. El comportamiento que estaba teniendo el hombre la empezaba a incomodar, y hacía todo lo posible por no hacer ruido para que él no supiera que estaba en casa.

Antes de mirar las bolsas que Adelaida le había llevado, revisó si había correo. Esta vez encontró varios papeles sobre el mueble, pero no había nada importante, tan solo publicidad. La guardó para ojearla; le gustaba ver los folletos de ropa, las ofertas del supermercado y cualquier cosa relacionada con tiendas. Para ella era como salir de compras, y muchas veces señalaba lo que le gustaba para que su sobrina lo comprase. Se entristeció al pensar que no volvería a suceder, miraría las cosas sin poder elegir nada. Existía la posibilidad de que no volviese a ver a su sobrina, tendría que conformarse con escuchar sus pasos.

La cabeza comenzó a darle vueltas, el salón giraba a su alrededor. Extendió la

mano con la intención de agarrarse a la mesa, que era lo que tenía más cerca, pero cuando creyó tenerla al alcance, esta desapareció y fue tarde para recuperar el equilibrio. Cayó desplomada al suelo.

Cerró los ojos. Sin embargo, seguía notando cómo todo se movía. Necesitaba aire, era tal el calor interior y tan sofocante, que la hacía sudar. Avanzó arrastrándose por el suelo hasta la ventana, que estaba situada detrás de la mesa. Apoyándose en la pared consiguió incorporarse y, con los ojos aún cerrados, abrió la ventana. La brisa que provenía del exterior impactó en su cara. No sintió miedo, tan solo alivio.

XII

—Hola, cariño. ¿Qué tal lo habéis pasado? —pregunté a mi hijo cuando regresó a casa.

—Muy bien, mamá. Hemos estado jugando al fútbol.

—¿Y has marcado algún gol?

—Mi equipo tres y el contrario cuatro. Yo no marqué ninguno, ¡pero hice dos pases que fueron gol!

—¡Vaya! Sí que ha estado ajustado. Enhorabuena por esos grandes pases, cariño. ¿Lo has pasado bien?

—¡Sí, muy bien! Pero ahora tengo mucha sed.

—Me alegro de que lo hayas pasado bien con tus amigos. Vamos a beber agua, no te vayas a deshidratar.

Mientras charlábamos, Ricitos permanecía abrazada a las piernas de su hermano.

Le conté lo que estaba sucediendo, cómo su hermana se entristecía cada vez que se iba de casa con sus amigos y, lo peor, cómo había dejado de relacionarse con el resto de niños. A sus dos años, ya ni siquiera pronunciaba las pocas palabras que sabía. No hablaba, se comunicaba por gestos y lloros. Estaba muy preocupada, y le pedí que pasase más tiempo con ella, como hacían antes, por supuesto sin descuidar a sus nuevos amigos.

Aaron la abrazó con fuerza.

—Mamá, había invitado a mis amigos a merendar, si me dejas...

—Claro, pero tendrás que ayudarme a preparar la merienda.

—Ricitos, vamos a hacer una merendola, ¿te apuntas? —le dijo con emoción a su hermana, cuyos ojos se abrieron como platos y saltó de la alegría.

—¡Bien, bien! ¡Fiesta! —gritaban ambos al unísono mientras corrían por el salón.

Mi niña había recuperado la alegría, y supe que había hecho lo correcto. Él siempre la cuidaría, a pesar de que se hacía mayor y empezaba a vivir su vida.

Preparamos sándwiches de diferentes sabores y pusimos patatas y alguna chuchería salada más para picar. Compré refrescos de naranja y de limón, y de postre preparé batido de chocolate. Ricitos nos ayudó con los preparativos, la alegría había regresado a nuestro hogar.

Una vez estuvo preparado todo, Aaron fue a jugar con sus amigos. Regresaría a las seis para la merienda con los invitados. Esta vez Ricitos abrazó a su hermano con una sonrisa, pues en un rato les esperaba la fiesta.

Me sentí orgullosa de los hijos que tenía y de haber solucionado hablando la situación que se estaba generando. Cuando actuamos a tiempo, las situaciones pueden solucionarse, si se dejan esperando que se arreglen solas llegará un momento de no retorno, tras el cual las lamentaciones no harán volver el pasado.

A las seis en punto mi hijo apareció por la puerta. Con él venían cuatro niños y dos niñas.

Ricitos se quedó paralizada mirándolos y, de reojo, fijándose en mí, nerviosa, sin saber cómo actuar. Su hermano se dio cuenta y acudió a besarla. Le presentó a todos sus amigos aunque ya los conocía, para que se relajase. Las dos niñas enseguida la involucraron en sus juegos y la hicieron protagonista, consiguieron que la pequeña disfrutase olvidándose del hermano.

Les serví los refrescos y los dejé solos para que tuvieran intimidad. Subí a mi habitación; desde allí podía escuchar las risas, me sentí viva.

Para no estar pendiente de los niños me dispuse a leer un libro, pero no llegué ni a la mesilla cuando se escucharon golpes en la puerta de la calle. La manera de llamar era acelerada e insistente, me generó ansiedad y corrí a la ventana para asomarme y ver quién llamaba a mi puerta de aquella manera tan desorbitada. Cuando llegué a la ventana ya habían abierto y vi como la madre de una de las niñas arrastraba a su hija del brazo mientras la pequeña intentaba zafarse a la vez que lloraba y gritaba. Bajé corriendo las escaleras para enterarme de qué había sucedido.

Ante la escena que acababa de suceder, los niños estaban asustados. Hice como si nada hubiera pasado para tranquilizarlos, y enseguida los juegos y las risas regresaron al hogar. Es increíble cómo se sobreponen los niños a las cosas, aunque es fundamental mantener la calma, pues al final somos el referente, y no debía transmitirles mi angustia.

Sobre las ocho de la tarde, los amigos de Aaron se fueron a sus respectivas casas. Aproveché para bañar y acostar a Ricitos para así poder hablar con mi hijo de lo sucedido. Había permanecido algo cabizbajo a pesar de estar rodeado de sus amigos.

—¿Por qué se ha ido Carla?

—Su madre es un ogro —me contestó enfadado.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué ha pasado?

—No quería que estuviese en la fiesta.

—Pero, ¿por qué?

—Dijo que no te conocía y que deberías haberle dicho que invitabas a

merendar a su hija.

Me di cuenta que tal vez llevase razón. Había accedido a la petición de mi hijo sin pararme a pensar que debía habérselo comentado yo misma a los padres. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Estábamos en el pueblo y recordaba haber merendado en casa de mis amigos sin tener que pedir permiso a mis padres. Era un pueblo, todos nos conocíamos; sin embargo, posiblemente, ellos no sabían quién era yo. A pesar de que, al ser un pueblo, estaba convencida de que era yo la que no los conocía a ellos, o no los recordaba, pero estaba segura de que ellos sí sabían quién era yo.

—Cariño, ¿tus amigos no avisaron a sus padres de que venían a merendar?

—Sí que se lo dijeron y los dejaron venir.

—Pero si tenía permiso, entonces ¿por qué vino a buscarla de esa manera? No entiendo nada.

—Porque no se lo preguntó a su mamá. Pidió permiso a su papá y él le dijo que sí.

—Bueno, Aaron, es cosa de ellos, no te enfades. Seguro que ha sido un malentendido y todo se arregla. Si quieres mañana hablo con su madre y lo aclaramos.

—Es mala. No quiero que hables con ella.

—No digas eso. Todos los padres nos enfadamos alguna vez.

—Tú no.

La verdad es que no podía justificar el comportamiento que había tenido la madre de Carla. Las formas en las que llamó a la puerta no eran las adecuadas y menos aún la manera en que arrastró a la niña, tirando con fuerza de su brazo. No estaba de acuerdo con los padres que descargaban su rabia contra los hijos. Era muy sencillo agarrar así a un ser indefenso, me parecía un abuso de poder innecesario. Cuando uno se enfada con un adulto, no le pega, ni tira así de su brazo porque el otro respondería, me parecía una cobardía usar aquellas maneras con un niño.

En el fondo, me alegraba de que mi hijo reprochase ese comportamiento y no lo viera como algo normal. Aun así suavicé el asunto, no quería que se involucrase demasiado en algo que nada tenía que ver con nosotros, ni que siendo tan pequeño tuviese que sufrir con las tonterías de los adultos. Me preguntaba en qué etapa de la vida el ser humano perdía la inocencia. La bondad estaba dentro de todos nosotros y en algún momento la mayoría la perdían, o la perdíamos. Desconocía a qué parte pertenecía yo. No obstante, tenía clara una cosa: mi inocencia y bondad perdurarían para siempre cuando de mis hijos se tratase.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, sí. Perdona. —Lo abracé y le di un beso en la frente. Me sentía muy orgullosa de él. Noté que, a pesar de mis palabras y mi abrazo, seguía nervioso y enfadado—. Aaron, ¿ha pasado algo más?

—Su mamá no es buena.

—Ha sido solo un enfado, se le pasará.

—Es que... ha sucedido algo más —dijo, mirando hacia el suelo.

XIII

Elisabeth vivió la sensación del aire rozando en su cara como algo nuevo, una experiencia que ya no recordaba. Tanto tiempo encerrada entre las paredes de su domicilio le había llevado a sentir auténtico pavor al exterior. Tanto, que solo el hecho de asomarse por la ventana le producía vértigos.

Sabía a la perfección el tiempo que había transcurrido. Ya llevaba cuarenta años recluida, prácticamente toda una vida.

Aprovechó la oportunidad y se asomó despacio por la ventana para ver la calle. No logró ver nada, todo empezó a dar vueltas en su cabeza y tuvo que retroceder. Apoyada en la mesa, observó desde allí. Miró el edificio situado enfrente y fijó la atención en una señora que estaba tendiendo la ropa en la terraza. Era un gesto aparentemente sencillo, pero para ella imposible. Siempre tendía en el interior. Todo lo hacía en el interior.

Estuvo unos minutos analizando cada movimiento que la señora realizaba, imaginándose que era ella la que los hacía. Por un momento poseyó un cuerpo ajeno.

Una vez la mujer se introdujo en su casa, Elisabeth se sentó en el sillón y asió la libreta que permanecía guardada en el lateral. Mientras escribía en ella, escuchó una llave girar en la puerta de la casa. Metió la libreta en el escondite y se encerró en el baño del dormitorio. Sintió miedo al pensar que el vecino la habría visto asomada a la ventana, imaginó que habría pedido las llaves al portero, aunque no se le ocurría con qué excusa podría haberlas conseguido, no sería lógico que el portero diera las llaves de otra propiedad al primero que se las pidiese.

Percibió unos pasos a lo lejos. No había entrado al dormitorio, quien fuera que estaba ahí permaneció alejado. El portazo al cerrarse la puerta de la calle no tardó en sonar, y dedujo que el extraño ya se había marchado. Descorrió el cerrojo del baño lo más despacio que pudo para no hacer ruido y salió, sigilosa, hasta la puerta de la habitación, que comunicaba directamente con el salón. Allí no había nadie. Con pasos cautelosos, fue hasta la entrada y revisó la cocina. La casa estaba vacía, estaba sola.

Se quedó de pie en el salón sin saber a dónde dirigirse. Le parecía que las paredes se acercaban hasta ella, reduciéndose el tamaño de la sala. Una nebulosa cubrió sus ojos y vio que una sombra entraba en su habitación. Se frotó los ojos, intentando recuperar la visión total, pero no lo consiguió; seguía viendo borroso.

A su izquierda advirtió la sombra moviéndose; giró la cabeza y no había nada. La estancia seguía disminuyendo de tamaño. Comenzó a sudar y a respirar aceleradamente. Se acercó hasta el sofá y se tumbó. Con los párpados cerrados consiguió recuperar la quietud, pero al abrirlos tenía el techo a tan solo dos palmos de la cabeza. Volvió a cerrarlos e imaginó que estaba paseando por un bosque. Evocó en su mente el sonido de las hojas al moverse y el cantar de los pájaros. Notaba la imperfección del terreno bajo los pies, escuchaba el sonido de la tierra crujiendo tras sus pisadas. Su cuerpo se llenó de placer, extendió los brazos y levantó la cara hacia el cielo.

La libertad estaba dentro de ella.

XIV

Me quedé en silencio mirándolo y esperé a que él decidiese continuar.

Me contó que la madre de su amiga Carla había besado a un hombre que no era su padre y la niña lo había visto. En un principio, me planteé que habría sido un descuido, que la niña había visto algo que no debía. No fue así como había sucedido. Carla lo había presenciado en varias ocasiones porque su madre lo hacía con total tranquilidad delante de ella y después le decía: «Esto es un secreto entre tú y yo».

Aquella mujer era el mismísimo diablo. ¿Cómo podía hacer partícipe de tal acontecimiento a una niña tan pequeña? ¿Cómo iba una niña a gestionar una información como esa? Ahora yo también lo sabía, mi hijo lo sabía, y lo tuve claro: lo más importante era Carla, el resto no me importaba.

Nos fuimos a la cama y ambos llevamos a nuestros sueños la pesadez de todo lo acontecido. No conseguí dormir hasta bien entrada la noche y Aaron me llamó varias veces porque tenía sed. Estaba tan intranquilo como yo.

Durante la noche no paré de pensar en cómo solucionaría lo que había pasado. Por la mañana estaba muy cansada, pero Ricitos se despertó temprano y no podía dejarla sola. Me tomé un café muy cargado para espabilarme. Aaron seguía dormido y no le desperté, porque también había dormido mal. Él no tenía ninguna obligación y podía descansar un poco más.

Al mediodía, cuando ya estábamos todos levantados y ya habíamos desayunado, llamaron a la puerta con bastante discreción.

Abrí, y al otro lado encontré a Carla con su padre.

—Buenos días, perdone que la moleste.

—No es ninguna molestia, y tutéame, por favor.

—Solo quería agradecerle que invitaras a los niños a merendar y, sobre todo, pedirte disculpas por el incidente causado por...

—No te preocupes. Fue culpa mía, supongo que debería haber hablado primero con todos los padres para ver que les parecía.

—¡Pero mujer! ¿Qué dices? Que esto es un pueblo, aquí todos nos conocemos.

El padre de Carla pensaba como yo, pero preferí quitarle hierro al asunto.

—Bueno, pero a mí no me conocéis.

—Es cierto que hace muchos años que no nos vemos, pero claro que te conocemos. ¡Si hemos jugado un millón de veces juntos!

Me gustó escuchar sus palabras y el énfasis con el que hablaba, aunque me sentí avergonzada porque yo no lo reconocía. Había observado quiénes eran los padres de los niños con los que se relacionaba mi hijo y los saludaba cuando me cruzaba con ellos, pero la realidad era que no sabía sus nombres ni era capaz de identificar sus rostros.

Me di cuenta de que otra vez me estaba aislando, ni siquiera me había preocupado de preguntar a mi hijo por ellos. Estaba tan acostumbrada a no querer saber sobre la vida de nadie que lo había hecho de manera natural, sin percatarme de que, de nuevo, era yo la que ponía tanta distancia.

El padre de Carla se dio cuenta enseguida, debido a mi silencio y expresión de duda, de que no lo reconocía.

—Soy Edward, ¿me recuerdas?

—¡El pequeño Eddy! Claro que te recuerdo, pero no te reconocía, estás tan... cambiado.

—Sí, han pasado muchos años. Ya no soy el de antes.

—Ninguno lo somos. Pasa, no te quedes ahí, por favor. ¿Quieres un café?

—Eh... Sí, gracias. Siento mucho lo sucedido, mi mujer no es de aquí, ni es de pueblo... Ya sabes.

—No te preocupes, de verdad. Lo importante es que tu hija esté bien.

—Se llevó un disgusto enorme, y no es para menos.

Los niños salieron a jugar a la calle, cerca de casa para que Ricitos pudiera estar con ellos.

Nos quedamos a solas, charlando sobre nuestras vidas, de todos esos años separados. También recordamos muchas cosas de cuando éramos niños, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí como una persona normal. Estaba muy a gusto manteniendo una conversación con otro ser humano de mi edad. Rememorar todo lo vivido en mi infancia por las calles del pueblo me llenó de alegría, la cual pensaba que ya no existía o que yo había perdido para siempre. Había sido tan feliz y lo había olvidado.

Los dos éramos padres y las anécdotas sobre nuestros hijos no tardaron en llegar. Reímos a carcajadas con algunas de las ocurrencias que habían tenido los niños a lo largo de su corta vida. No sé en qué momento de la conversación su rostro tornó a la tristeza, dejó de reír y sus ojos se cargaron de lágrimas. Lágrimas que no emanaron, pero que dejaron ante mí a un hombre lleno de dolor.

—¿Estás bien? —pregunté, conmovida.

—Sí, perdona. Es solo que... No sé cómo decirlo. ¿No has notado nada raro en Carla?

—¿Raro? ¿Cómo qué? No sé a qué te refieres.

—¿Crees que es una niña feliz?

Me quedé callada, sin saber qué responder. Yo no había notado nada extraño, aunque tampoco es que hubiese pasado mucho tiempo con ella, pero a simple vista parecía una niña bastante risueña y la tarde anterior, durante la merienda, antes de que todo sucediera, la vi divertirse igual que a los demás. No obstante, ahora tenía otra información, algo que, sin duda, para una niña era una pesada carga. Y puede que fuera se distrajese lo suficiente para ser una niña feliz, pero en su propio hogar todo sería diferente.

No sabía por dónde empezar, pero era el momento de contarle a aquel padre lo que su hija había visto.

No me importaba entrometerme, ni me importaba lo más mínimo el matrimonio. Lo único que me importaba era el bienestar de aquella niña.

XV

Elisabeth había perdido la noción del tiempo. Cuando uno se adentra en los pensamientos más profundos, cuando imagina escenas en su mente, el tiempo muestra su relatividad: podemos visionarnos en actos completamente elaborados, que en realidad nos llevaría bastante tiempo realizar, y comprobar en el reloj que tan solo pasaron unos minutos; o podemos despistarnos lo que parece ser un pequeño momento y ver después que las manecillas han dado varias vueltas al reloj.

Y así le sucedió. Disfrutó del bosque un ínfimo instante y cuando volvió a la realidad la habitación estaba en penumbra por la caída del sol. No le importó, no tenía nada que hacer y respirar el aire fresco le había devuelto la fuerza, aunque solo sucediese en su imaginación.

Preparó una sopa de sobre para cenar y se sentó en la mesa del salón, mirando hacia la ventana. Siempre comía en la cocina porque no tenía ventanas, solo una pequeña terraza cuya puerta se ocultaba con una cortina azul que apenas dejaba pasar la luz. Sin embargo, ahora necesitaba sentir el exterior cerca y por eso cambió su costumbre.

Se llevaba a la boca las cucharadas de sopa muy despacio, quería disfrutar del momento mientras observaba como el cielo iba oscureciendo. Pensó en la cantidad de atardeceres que se había perdido.

Dentro de ella podía percibir como su estado iba cambiando, y tenía ganas de llamar a su sobrina para contárselo. Adelaida, que se había esforzado tanto en convencerla, en ayudarla, y ahora que parecía que avanzaba en el propósito, no podía compartirlo con ella.

Quería recuperarla, pedirle perdón por todo el mal que estaba causando. No obstante, no se veía capaz de hallar una solución. La última vez que había estado en casa no había pasado al salón, como era lo habitual. Pensó que la próxima vez que la escuchara entrar, iría en su busca. Si ella no se acercaba al salón la buscaría en la cocina. Solo de imaginar lo que sucedería le comenzaron a temblar las piernas. Si no podía ni hacerlo en su cabeza, ¿cómo iba a ser capaz de llevarlo a cabo cuando llegase el momento?

Entre los pensamientos agobiantes que la invadían y el calor de la sopa, comenzó a sudar. Notaba cómo iba aumentando dentro de ella la temperatura, se desabrochó la chaqueta, pero el calor no desaparecía. Se levantó y abrió la ventana para que el aire aliviara aquel padecer. Cuando dejó de notar tanto

acaloramiento, se dio cuenta de que las piernas le fallaban. No aguantaba más tiempo de pie. Avanzó hasta la silla más cercana y, al sentarse, vio reflejada la silueta de un hombre en el cristal de la ventana. Asustada, se giró con rapidez para ver quién estaba detrás de ella, pero fue demasiado lenta y allí ya no había nadie. No había escuchado la puerta, quien fuera que había entrado en su casa no había salido. No se atrevió a mirar, y volvió a esconderse en el baño de la habitación.

Pegó la oreja a la puerta para intentar escuchar lo que sucedía fuera, pero ningún sonido llegó hasta ella.

Quiso representar en su imaginación algo que la tranquilizara, pero tenía tanto miedo que no fue capaz. Pensó que lo mejor sería llamar a la policía en cuanto pudiese salir de su escondite, y dar aviso de que alguien estaba entrando en su casa. Sospechaba que era el vecino, aunque no podía asegurarlo. Pero, ¿quién podía ser si no? No se le ocurría ninguna otra opción.

El tiempo pasaba con lentitud y no disponía de reloj para comprobar qué hora era. Estaba muy cansada, y acabó tumbándose en el suelo. No consiguió tranquilizarse; sin embargo, era tal el agotamiento que tenía que, a pesar de la incomodidad y el frío del suelo, acabó quedándose dormida.

XVI

—Edward, yo no he notado nada extraño en tu hija, pero la veo en contadas ocasiones y cuando está jugando. Si me haces esa pregunta es porque sabes que ella no es feliz.

Iba a contestarme, pero coloqué mi mano sobre la suya indicándole que no había terminado. Él esperó a que continuara con mi testimonio.

—Ayer me enteré de algo que deberías saber. Estoy segura de que es el motivo por el que tu hija está triste. Los adultos, muchas veces, creemos que los niños no se enteran de nada. Cuando discutimos en la habitación de al lado damos por hecho que no nos oyen o que no se enteran de lo que pasa; cuando hablamos en clave en su presencia, suponemos que no nos entienden; cuando realizamos determinadas acciones, dándoles la espalda, nos sentimos a salvo de sus miradas. Podría continuar con infinidad de cosas más.

»Ellos callan, pero determinadas cosas los marcan para siempre. Su comportamiento cambiará porque mucha de la información no sabrán interpretarla correctamente y mucho menos gestionarla. Ni siquiera sabemos hacerlo los adultos, con tantas vivencias a nuestras espaldas, así que, ¿cómo iban a poder hacerlo ellos?

»Lo que voy a pedirte es muy difícil, pero sé que lo que voy a contarte hará que te cabrees, y te pido que intentes gestionar de la mejor manera posible lo que voy a decir. Mi único propósito es que la niña no sufra más. No te dejes llevar por la ira y medita bien los pasos que vas a dar, te lo pido por favor. No quiero ser la responsable de un sufrimiento mayor en la pequeña.

Guardé silencio, esperando su respuesta antes de continuar.

—Es mi hija. Solo quiero que vuelva a ser la niña risueña de siempre. Cuéntame lo que sepas, por favor.

La desolación se alojó en el rostro de Edward, mostraba el dolor más profundo. Tomé aire para continuar y hablé sin poder mantener mi mirada fija en la suya.

—Tu hija ha visto cómo su madre besaba a otro hombre.

La piel de su cara se quedó pálida y mostró, si es que era posible, aún más dolor. Pude ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, aunque no llegaron a emanar con libertad y se quedaron allí encerradas. Cuando se encontrase en soledad, estaba segura de que no podría reprimirlas, le imaginé llorando desconsoladamente, sin un hombro en el que apoyarse. Sentí lástima y alargué

mi mano para acariciar su mejilla.

—Lo siento —le dije en un susurro.

—Sabía que me engañaba. No estaba del todo seguro, pero es algo que intuyes. Lo dejé pasar apartando esas ideas a un lado. Me convencí de que veía cosas donde no las había, aunque en el fondo sabía que solo era un cobarde que no quería enfrentarse a la verdad. Me cuesta comprender cómo ha podido dejar que nuestra hija lo viera. Cómo es posible que haya conseguido que yo no me entere de nada cuando nuestra propia hija era testigo de todo.

—No conozco a tu mujer, y lo poco que he podido interactuar con ella siento decir que ha sido bastante desagradable. Pero... —me costó continuar, el detalle que venía a continuación era el peor—. Lo único que sé es que no fue un descuido. Carla lo ha visto varias veces, tu mujer no se lo esconde.

Edward apretó los puños y tensó la mandíbula, cerró los ojos en un intento de mantener la ira en su interior. Me levanté de la silla y me acerqué a él. Tal vez nos habíamos convertido en unos desconocidos, pero de niños habíamos sido grandes amigos y la conversación que estábamos teniendo nos unía de nuevo, ahora como adultos, pero como personas que a pesar de los años pasados siguen profesándose un profundo cariño. Y por todo lo pasado y lo presente, lo cubrí con mis brazos desde su espalda y él rompió a llorar, tal y como había imaginado, con la diferencia de que no estaba solo.

XVII

Cuando se despertó e intentó moverse, un fuerte latigazo le recorrió la espalda y el cuello. Notó el frío del suelo y se percató de que estaba durmiendo en el cuarto de baño.

No consiguió incorporarse, y avanzó arrastrándose hacia la cama. Escuchó pisadas fuera de la habitación y, con un gran esfuerzo, rodó por las baldosas y se escondió debajo de la cama. El miedo se apoderó de ella al oír cómo se abría la puerta de la habitación, y aguantó la respiración para que el intruso no descubriera que estaba allí. Enseguida, la puerta volvió a cerrarse y a continuación escuchó un portazo en la salida.

Salió de donde se resguardaba y se tumbó sobre el colchón, necesitaba relajar los músculos y que el dolor desapareciera. El cuello se le tensaba cada vez más y lo masajeó como pudo para aliviar el daño.

Le estaba siendo imposible descansar, se levantó aguantando la angustia y se dirigió a la cocina. Decidió tomarse un antiinflamatorio, aquel suplicio no le dejaba pensar y necesitaba estar lúcida para concentrarse en qué hacer.

La noche anterior, la idea de llamar a la policía le parecía la más acertada; sin embargo, a la luz del día y ya sola en la casa, cambió de idea. Si los llamaba indicando que alguien había entrado en su casa, lo más seguro es que la recomendasen personarse en la comisaría a denunciar los hechos, y si decía que la persona que había entrado todavía seguía allí mandarían algún agente para ayudarla y, una vez allí, la harían salir para inspeccionar la casa. No podía hacerse cargo de ninguna de las dos situaciones, y eran las únicas que veía posibles.

Miró fijamente la puerta de la calle, podía echar la llave por dentro y dejarla puesta, pero entonces nadie podría abrir. Si su sobrina se encontrase frente a la situación de ver la puerta inaccesible, ¿llamaría al timbre, o pensaría que le estaba prohibiendo la entrada? No podía arriesgarse a tal cosa, prefería enfrentarse al intruso antes que volver a fallar a Adelaida.

Corrió la cortina del salón para que su hogar regresara a la penumbra que durante tantos años la había acompañado. No quería que nadie pudiese observarla a través de la ventana.

Se acomodó en el sillón y sacó de la mesilla, situada a su derecha, una libreta nueva. Escribió con dificultad todo lo relacionado con el vecino y el allanamiento de su propiedad. Así, sí algo le sucedía, podrían leer lo que había

acontecido y, si era posible, darían con el culpable.

El resto del día lo pasó sentada sin quitar ojo a la puerta del salón. No apareció nadie y el timbre tampoco sonó. El sueño venció a Elisabeth, aunque en la posición en la que estaba, la cabeza terminaba cediendo y se despertaba.

En uno de los sobresaltos que le produjo el peso de su cabeza, contempló una silueta detrás de la puerta. No desvió la mirada, esperando poder reconocer a quien se escondía allí. No le vio la cara, pero intuyó la vestimenta, la cual reconoció al instante. Se enfureció y corrió hacia la figura, gritando:

—¡No podrás con nosotros! ¿Me oyes? ¡No podrás!

XVIII

Edward acarició mi brazo, agradecido y aceptando mi abrazo, mi piel se erizó y me sentí avergonzada. Con un suave movimiento, me desprendí de su mano para evitar el contacto.

Su olor llegó hasta mí, como si por primera vez fuera consciente de su presencia. Una sensación a medias entre los nervios y el placer recorrió mi estómago. Había disminuido la fuerza de mi abrazo, pero continuaba pegada a él. Giró el cuello para mirarme y el brillo de sus ojos ya no mostraba la desesperación de hacía un instante, y aunque aún estaban bañados en lágrimas, me sonreían.

Nos miramos en silencio, esquivando la fijeza y llevándola a nuestros labios con la tentación de juntarlos.

Nuestros hijos jugaban al otro lado de la puerta y la razón se antepuso al deseo. No quería formar parte de aquello que hacía minutos estaba criticando. Me alejé despacio, rozando con suavidad su cuerpo al retirar mis manos, y me senté de nuevo.

—Ten mucho cuidado con la información que acabo de darte —dije, retomando el tema que nos ocupaba, obviando lo que acababa de suceder.

—No te preocupes, lo tendré. Muchas gracias por contármelo.

La puerta se abrió y me salvó de una situación de la que yo al menos no sabía cómo salir. Los niños entraron corriendo y pidiendo agua. Me alegré de haberme separado de Edward a tiempo y de haber evitado la escena a nuestros hijos.

A pesar de que se limpió las lágrimas, sus ojos rojos demostraban lo que había sucedido. La niña, sin decir nada, abrazó con fuerza a su padre.

—Mi niña, puedes confiar en papá.

Carla rompió a llorar, liberando por fin el sufrimiento que llevaba dentro.

Subí con Aaron y Ricitos a la planta de arriba para que padre e hija pudieran hablar.

Muchas veces en mi vida me había sentido culpable por privar a mis hijos de un padre. En el fondo sabía que no era nada malo, éramos una familia y lo importante era que fuésemos felices. No obstante, mis estados casi continuos de melancolía me hacían pensar mucho, me planteaba si estaba haciendo las cosas bien.

Desde pequeños nos enseñan el concepto de familia con un padre y una madre. Y no es una idea que rechace, reconozco que me habría encantado que

fuera así. Tener una persona adulta con la que compartir el crecimiento y la educación de mis hijos. Sin embargo, no se trataba de un deseo a realizar a cualquier precio. Para mí era una responsabilidad muy grande, y pensaba que no se puede formar una familia con el primero que apareciese.

Supongo que es algo difícil poder visionar lo que pasará en el futuro, pero, a mi entender, mucha gente no se daba cuenta de que un hijo es para siempre, y de que la persona elegida será su padre o su madre toda la vida.

Me preguntaba qué pasaría por la cabeza de aquella madre para haber actuado así. La gente era reacia a separarse, utilizando la mayoría de las veces como excusa a sus hijos. Los hacían responsables sin tener culpa de nada. Al final el mal actuar de los adultos recaía sobre ellos. Pensaba que lo único que movía actos tan egoístas era la propia cobardía del ser humano.

Ojalá hiciéramos todo más sencillo. Si fuéramos más sinceros con nosotros mismos, lo seríamos con la gente que nos rodea. Es complicado evitar el sufrimiento; cuando una relación no funciona es inevitable pasarlo mal, pero estaba segura que si fuéramos capaces de apartar la ira y el rencor de nuestros corazones y dejar paso a la empatía y el sosiego, todo sería mucho más sencillo.

¿Por qué convivir con alguien con quien no deseas hacerlo? Nos hacen creer que la persona elegida para formar una familia ha de ser la definitiva. Al final, la gente vive frustrada, atemorizada. Sentí lástima por Carla, no era justo que ella tuviera que padecer la inestabilidad de sus padres.

Mis hijos saltaban sobre la cama, ajenos a lo que Edward y Carla estaban viviendo, aunque estaba segura de que la niña le contaría todo después a mi hijo. Daba igual lo que yo hiciera dentro de nuestro hogar, él viviría las desgracias de la vida a través de los ojos de los demás. Era inevitable; por más que intentáramos aislarlos del dolor no podíamos encerrarlos en una burbuja de felicidad para siempre.

Y estaba segura de que era el maldito mundo adulto lo que destruía con el tiempo la inocencia y la bondad de los niños. Un bucle del que, casi con seguridad, ya era imposible salir.

XIX

Elisabeth despertó en el sillón y al levantarse fue tal el dolor que recorrió su espalda, que cayó al suelo mareada.

Se quedó tirada, muy quieta, intentando detener el dolor, pero con cada ligero movimiento el latigazo la sacudía.

Caviló sobre el hombre que había visto, aunque dudaba si no habría sido un sueño o una alucinación producida por el cansancio. Era imposible que él estuviera allí.

El dolor regresó y quiso morir. Aquello no era vida, estaba sola y asustada. Su existencia nunca mereció la pena, pero la consolaba tener a parte de la familia con ella. Seguía adelante por ellos, por su hermana y por su sobrina. Pero ahora que no tenía a ninguna de las dos a su lado, ahora que ya no podía leer para evadirse de la realidad... Ahora ya nada tenía sentido.

Muchas veces lo había pensado: abrir la llave del gas y respirar la placidez de la muerte. Sin embargo, era tan solo una idea que la relajaba, el saber que en cualquier momento podría poner fin a ese sufrimiento que la invadía. Nunca lo llevaría a cabo porque la persona que la encontraría sería su sobrina, y Elisabeth tenía claro que jamás le haría pasar por eso. No era tan egoísta. Aguantaría los días que le correspondiesen hasta que el «Ángel» viniese a buscarla.

Estaba tan cansada y el tormento le quitaba tantas fuerzas que los párpados le pesaban. La tensión fue cediendo y la relajación efímera de los músculos produjo que el líquido que la vejiga ya era incapaz de contener le resbalase por las piernas. Notó su calor y una pequeña sensación de alivio en el vientre. Se quedó dormida.

El olor a orina la desveló. Al percatarse de que tenía la falda y las medias mojadas, le entraron náuseas y las lágrimas resbalaron, imparables, por sus mejillas.

Se incorporó como pudo, a pesar del dolor tan agudo que la acuciaba, y avanzó hasta el baño. Se despojó de toda la ropa excepto del sostén; lo intentó, pero los movimientos que tenía que realizar le estaban resultando un suplicio. Se metió en la ducha para eliminar el olor tan desagradable que emanaba de su cuerpo. El calor del agua cayendo por su espalda apaciguó la contracción muscular.

Permaneció varios minutos bajo el agua hasta que estuvo completamente

limpia. Se secó con dificultad, dejando algunas partes de su cuerpo con restos de agua, y se sentó en la cama para vestirse. La camisa no consiguió ponérsela y aprovechó para colocarse la manta eléctrica. El calor la calmó lo suficiente como para poder vestirse, y se tomó otro antiinflamatorio.

Cogió la libreta y anotó la visita de aquel hombre. Había invadido su hogar, había vuelto para destruirla. Tenía la esperanza de que hubiera sido un mal sueño, aunque no quería tener que verlo ni en sus pesadillas.

Guardó la libreta y se acercó a la estantería que estaba en la pared de detrás del sillón. Acarició el lomo de todos los libros, allí estaba su vida, tantas historias para recordar. En ese momento supo que daría cualquier cosa por poder volver a leer, por sentir una aventura nueva dentro de sí, lejos de aquellas paredes que la retenían. Tenía muchas historias en su mente; sin embargo, necesitaba un libro nuevo, una experiencia nueva.

Una fuerte sensación de ahogo le vino al pecho, y aceleró sus pasos hacia la ventana para sacar la cabeza por ella. Consiguió respirar con normalidad al percibir la brisa y se quedó apoyada en el alféizar divisando la vida que la calle le ofrecía.

Captó su atención un niño que iba saltando de baldosa en baldosa sujeto de la mano por su madre. Ella iba distraída mientras el pequeño reía sin parar.

Retrocedió hasta toparse con la mesa y se quedó apoyada, sufriendo. La fortaleza se le consumía ante el dolor y se dejó caer al suelo. Se acurrucó como cuando era pequeña y tenía miedo.

Frente a sus ojos pudo ver unas piernas, muy cerca de ella, y reconoció al hombre por los zuecos blancos que calzaba.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó entre sollozos, pero no hubo respuesta. Él ya no estaba allí.

XX

Volvimos a la ciudad. No quería permanecer más días en el pueblo, a pesar de que los niños lo pasaban de maravilla y Ricitos ya había entendido que su hermano salía con los otros niños a jugar, pero que seguía queriéndola igual que siempre. La pequeña volvió a hablar y la alegría regresó a nuestro hogar junto con la inocencia que le correspondía a una niña de su edad.

Aaron se despidió de sus amigos con la esperanza de volver a verlos pronto. Yo sabía que no sería así, aunque preferí ocultarle ese detalle.

No quería ver a Edward de nuevo. Una conexión especial había surgido entre nosotros y, si seguíamos viéndonos, sucedería lo inevitable. No estaba preparada para tener una relación, y mucho menos en la situación que él se encontraba, al final yo acabaría siendo una ilusión momentánea ante el dolor que su realidad le ofrecía. Y después, ¿qué sucedería? Prefería no averiguarlo, no estaba dispuesta a sufrir.

Me daba lástima por mis hijos, sé que allí podrían hacer grandes amigos. Unir lazos desde la infancia crea amistades verdaderas. Sin embargo, si algo salía mal entre Edward y yo, ellos también sufrirían y al final también dejaríamos de ir al pueblo, siendo mucho peor su padecimiento al tener que separarse de grandes amigos.

El amor era algo demasiado complicado y a la vez muy sencillo. Aunque no lo había vivido en primera persona, tenía clara una cosa: hay dos tipos de comienzos, los movidos por el deseo, que impiden ver a la persona y en los que no nace el cariño, al terminar ya no queda nada; y los comienzos promovidos por el cariño que se ha creado previamente, una unión nacida antes del deseo que es capaz de generar amor verdadero. Estas últimas eran las relaciones que tenían futuro pues, una vez consumido el deseo inicial, siempre permanecería el cariño.

¿En cuál de los dos casos me encontraba yo con Edward? No lo tenía claro. Era cierto que guardaba muy buenos recuerdos de mi infancia, pero no destacaba a nadie del grupo en especial. Todos eran mis amigos. Al verlo ni siquiera había sido capaz de reconocerlo, y al saber quién era había sentido una ilusión más parecida a la que produce reencontrarse con un primo lejano. El simple hecho de tener tantas dudas ya me indicaba que lo nuestro no era amor.

Siempre me había atraído la idea de formar una familia. El tipo de familia que nos inculcan desde pequeños: el papá, la mamá y los niños. Sin embargo, desde muy joven tuve claro que no lo haría a cualquier precio. Para mí era evidente que

el padre de mis hijos debería ser el mejor y debía existir una relación con unas buenas raíces antes de dar el gran paso. Pero nunca sucedió, posiblemente la culpa era de mi forma de ser, o tal vez por cómo era el ser humano. Al final solo veía egoísmo en los actos de la gente y mucha falsedad.

Yo no me relacionaba con facilidad, pues era muy crítica y temerosa, pero si que me fijaba bastante en el comportamiento humano. Me bastaba ver las relaciones de la gente de mi alrededor para saber lo quería y lo que no.

Había cosas muy bonitas que envidiaba y que me hubiera gustado vivir en mi persona; no obstante, había otras por las que no quería pasar. Muchas veces había escuchado aquella frase típica de que las parejas de hoy en día no aguantaban nada, que para que una relación fuera duradera había que aguantar. Yo me preguntaba qué es lo que habría que soportar. Es cierto que hay que ser tolerante, pero no solo con una pareja, sino con cualquier persona. Cada uno tiene su vida y sus problemas; sin embargo, es muy habitual que cada cual solo mire su propio ombligo. Y yo, inocente de mí, pensaba que no había que aguantar, que lo que había que hacer es querer. Para mí era primordial admirar a la persona amada y que, por supuesto, ella te admirara a ti. Si no era capaz de dar lo mejor, entonces no quería nada.

Y así fue, aunque a veces me sintiese triste por ello, era la mejor decisión que había tomado. Tenía una familia y me daba igual que no fuera como la que escribían en los cuentos; era algo mucho mejor: mi vida, la que yo había escrito.

XXI

Elisabeth permaneció durante horas acurrucada en el suelo. No quería enfrentarse a aquel hombre, el dolor y el pánico le impedían moverse.

Escuchó a lo lejos cómo la puerta de la calle se abría y, al instante, se cerraba. Sabía por el sonido de la llave que alguien había entrado. Los pasos fueron acercándose hasta llegar a ella y vio al ser que más amaba, su rostro había perdido la sonrisa que portaba cuando era una niña y había sido sustituido por un rostro lleno de preocupación y unos ojos inundados de lágrimas. Pero no importaba, seguía siendo la niña más bella del mundo y Elisabeth estaba allí tirada, observándola.

La mujer intentó levantarla del suelo, pero no pudo, pesaba demasiado y Elisabeth carecía de fuerzas para poner algo de su parte e impulsarse. Quería abrazar a su niña, volver a sentir el amor que tanto echaba de menos. Quería hablar, decirle lo mucho que la amaba, pero las palabras permanecieron estancadas en la angustia de su pecho sin salir al exterior.

Sintió el calor de su abrazo, necesitaba corresponderla y tampoco lo consiguió, su cuerpo estaba flácido. La miró con la admiración de una madre, con las lágrimas de querer y no poder.

El calor desapareció y se encontró de nuevo sola con el frío del suelo calándole los huesos. Temblaba.

—Por favor, necesito una ambulancia, rápido.

Escuchó su voz, no se había evaporado, seguía allí. Sonrió al oír su preciosa voz. El calor de sus brazos regresó.

—Perdóname, perdóname. No te vayas, por favor. No te vayas —le susurraba al oído mientras acunaba su viejo cuerpo.

Elisabeth vio un cuervo posarse en la ventana. La tranquilidad colmó su cuerpo, el daño y el miedo desaparecieron y por fin su boca consiguió pronunciar sus últimas palabras:

—Te quiero, Ricitos.

Parte II

I

Adelaida permaneció abrazando a su fallecida tía a la espera de que los sanitarios llegaran. La abrazaba y besaba con la esperanza de que reviviese entre sus brazos.

Los pensamientos martilleaban su cabeza de manera desordenada. La culpa invadía su ser, y finalmente gritó. Gritó tan fuerte que alarmó al vecino y al momento estaba tocando el timbre.

Adelaida fue veloz hasta la puerta creyendo que serían los sanitarios, aún tenía la esperanza de que ellos pudiesen reanimar a Elisabeth.

Cuando abrió se quedó sorprendida al no encontrar lo que ella esperaba.

—Señorita, ¿está usted bien? He oído que gritaba...

Adelaida abrazó al hombre, con el que no tenía ninguna confianza, pero que recordaba de haberlo visto alguna vez en el rellano de la escalera. Ver un rostro conocido la tranquilizó. Estaba sola y no sabía qué hacer, lo que más necesitaba era el consuelo de unos brazos; y el hombre, bondadoso, la acogió en su pecho. Ella no paraba de llorar, incapaz de pronunciar palabra lo abrazaba cada vez más fuerte. Permanecieron abrazados hasta que alguien subió por las escaleras y les sacó del trance.

—Está en el salón. ¡Ayúdenla, por favor, ayúdenla! —Adelaida abrió paso indicando el lugar exacto donde se encontraba su tía.

No pudieron hacer nada, solo confirmar la muerte.

Trasladaron el cuerpo sin vida de Elisabeth al dormitorio y lo colocaron sobre la cama. El personal de sanidad se marchó, ya solo quedaba esperar todos los trámites del tanatorio. El vecino se quedó con ella.

—Perdona, nunca te pregunté tu nombre —dijo la joven aún sollozando.

—Me llamo Michael.

—Yo soy Adelaida. Puedes marcharte si lo deseas, ya has hecho bastante.

—Lo que tú me digas. Si puedo ayudarte en algo, lo haré encantado.

Aprovechó la situación, estaba muy cansada y lo que venía a continuación era un trago bastante desagradable. Hacía muy poco que lo había vivido con su madre, y otra vez la muerte se posaba sobre sus cabezas. Necesitaba tiempo para serenarse, tiempo para permanecer junto a su tía.

—Si no te importa llamar al seguro funerario. Me gustaría quedarme a solas con ella.

—Claro. Yo me encargo de todo, no te preocupes.

Fue hasta el mueble del salón y buscó los papeles necesarios que estaban guardados en una carpeta azul, en uno de los cajones. Ella se introdujo de nuevo en la habitación, cerró la puerta para tener más intimidad y se tumbó en la cama junto a Elisabeth. Asió su mano y la estrechó.

Era consciente de que lo sucedido había sido culpa suya, la había dejado sola sin percatarse de que su tía no saldría adelante. Se sentía egoísta. Había estado siempre de su lado cuando los demás la daban la espalda. Había defendido su comportamiento ante la familia, a pesar de las veces que los había fallado. Ella había conseguido empatizar con su tía y entendió que no lo hacía de mala fe, que era el miedo el que manejaba sus acciones. Y ahora que la había tocado vivirlo en primera persona era ella la que se enfadaba, la que dejaba de comprender. Advirtió que el egoísmo había invadido su corazón, se había dejado llevar por la ira abandonando a su propia sangre, a su tía, la que había querido como a una madre.

Ella era la responsable de todo.

El cuerpo comenzó a enfriarse. Le dio un beso en la frente y salió de la habitación. No quería que quedase grabado en su mente la frialdad de la muerte.

Michael esperaba sentado en el sillón que utilizaba siempre Elisabeth, y al verlo una punzada le atravesó el corazón.

—Perdona, Michael. Te importaría cambiarte de sitio. Ese era el que ella usaba...

—Claro, perdona, no lo sabía. Lo siento —respondió mientras se levantaba y se acomodaba en el sofá.

Adelaida permaneció mirando con fijeza el asiento y recordó la libreta. Metió la mano por el cojín y rebuscó en los laterales. Sacó la pequeña encuadernación y leyó las últimas palabras que había escritas. Las letras, resultado de una mano temblorosa, decían:

«He vuelto a sentir viento sobre mi rostro».

Al leerlo miró hacia la ventana del salón, y comprobó que estaba abierta, estaba tan nerviosa con lo sucedido que aunque la había visto así no se había dado cuenta de que en casa de su tía jamás entraba la luz del sol ni se dejaban abiertas las ventanas, ni subidas las persianas, y las cortinas se mantenían echadas.

Era tal el pánico que su tía tenía al exterior que ni siquiera era capaz de mirarlo desde la comodidad y protección de su casa.

La frase que acababa de leer no parecía escrita desde el miedo, sino más bien desde la ilusión.

Debajo de esas palabras había otras prácticamente ilegibles, tardó un rato en descifrar lo que ponía:

«Un hombre ha entrado en mi casa, estoy casi segura de que era él. Ha venido a destruir mi vida de nuevo».

II

Adelaida permaneció en silencio mientras Michael la observaba, respetando el momento que la joven estaba viviendo, y no intentó comenzar ninguna conversación.

Sostenía la libreta, abriendo y cerrando las tapas, con la mirada perdida y la mente vacía de pensamientos, concentrada en el ruido que generaba con el movimiento. Creó un sonido con cadencia que la ayudaba a mantener alejadas las ideas que luchaban por bullir y explotar dentro de su cabeza.

Pasaron casi dos horas en completo silencio hasta que el timbre sonó. Adelaida ya conocía lo que venía a continuación. En aquel duro momento, debería elegir la manera en que todo sucedería. La forma y tipo de la madera del féretro, la corona de flores, las palabras que figurarían en ambos, y algunas cosas más. Todavía lo tenía muy reciente por la muerte de su madre. Y allí estaba, aunque esta vez al menos tenía la compañía de Michael, que en realidad era un desconocido.

Como ya conocía el procedimiento y tenía claro que elegiría lo mismo que para su madre, acortó el desagradable trámite. Ya solo faltaba que el coche funerario llegase para llevar el cuerpo al tanatorio.

El hombre del seguro se marchó y ambos se quedaron solos.

Releyó las anotaciones de la libreta y mientras lo hacía se rascaba compulsivamente el brazo, presa de los nervios y el estrés que las palabras le estaban generando. No podía dejar de preguntarse quién sería el hombre que había entrado en la casa, hablaba de que estaba casi segura de que era él, por lo tanto no lo había visto con claridad. Y no era posible que su tía hubiese abierto la puerta a nadie y menos sin estar segura de quién era. Todo carecía de sentido.

—¿Estás bien? —preguntó Michael preocupado al ver cómo se movía incómoda sobre el asiento y se rascaba sin parar.

—He encontrado algo que..., eh. No sé, quizá sea una tontería.

—¿En la libreta?

—Sí. Pero no importa, es una tontería, de verdad.

Dudaba si hablar o no sobre ello con un desconocido. Aunque le estaba dando su apoyo en la difícil circunstancia en la que se encontraba. Aunque era el vecino de enfrente y si alguien había visto algo tenía que ser él.

—Bueno, no sé si tú has visto a alguien que visitase a mi tía estos días...

—No. Nunca he visto a nadie venir, solo a tu madre y a ti. ¿Por qué?

—Es solo que dejó anotado que un hombre había entrado en casa y parecía bastante preocupada.

—Yo llamé varias veces a la puerta, pero no me abrió.

—¿Y eso cuándo fue?

—Un día se desmayó en la puerta del ascensor y la ayudé a meterse en casa. Vine varios días para ver cómo se encontraba, pero no abrió. Escuché que se acercaba hasta la puerta, así que supuse que estaría bien y que simplemente no quería abrir y dejé de molestar.

—¿Había salido de casa? ¡Eso no puede ser!

—Sí, a mí también me extrañó. Pero te aseguro que la encontré fuera.

Había salido sola de casa después de tantos años. No podía creerlo. Lo había intentado, había querido ir a ayudarla y ella pensando que la había dejado sola. Al enterarse de la noticia cayó sobre ella una losa de culpabilidad, había sido tan cruel...

Su tía había sacado la fortaleza para al menos intentar vencer su miedo, y lo había hecho por ella. Lamentó no haber estado a su lado, si la ira no la hubiese ganado todo habría sido diferente, ayudada por su mano seguro que lo habría conseguido y ahora no estaría llorando su muerte. Ya nada podía cambiarse, aunque deseaba con todo su corazón que estuviese viviendo un mal sueño, que fuera un aviso del destino, algo que aún estuviese a tiempo de reparar.

Al menos la tranquilizó pensar que ningún hombre había ido a hacerla daño, únicamente era el vecino llamando a la puerta. La nota indicaba que su tía había perdido la cabeza, y el comportamiento de esconderse cada vez que la oía entrar seguramente sería porque tenía miedo de que alguien la hiciese daño. Y ella mal pensando que se escondía para no verla, creyendo que se ocultaba de ella. Que tonta había sido, cómo no se había dado cuenta antes de que algo no encajaba, su tía jamás le daría la espalda. Había tenido un comportamiento tan infantil..., una rabieta de niña pequeña que las había costado bastante caro.

Continuó rascándose compulsivamente en el mismo brazo, no era consciente de lo que estaba haciendo hasta que Michael, con mucha delicadeza, le sujetó la mano y la retiró. Al percatarse de lo que hacía, observó que el brazo estaba completamente rojo. Y al mismo tiempo la rabia, angustia y desesperación tomaron forma lúcida íntegramente en su ser, lo que provocó que se levantara y anduviera de un lado a otro con la intención de quemar lo que explotaba en su interior.

Llamaron a la puerta y anduvo con celeridad hacia la habitación mientras Michael se dirigió a abrir. Abrazó el cuerpo sin vida y lloró sobre él, sabiendo que sería la última vez que volvería a tocarlo. El cuerpo absorbió la calidez de Adelaida, quedando ambas atrapadas por la frialdad de la muerte.

III

Michael ofreció su compañía a Adelaida para ir al tanatorio, pero ella rehusó la propuesta. Consideraba que ya había hecho suficiente y no quería abusar más de su bondad.

Avisó a la familia más cercana para contarles lo sucedido. En el tono de voz de cada uno de ellos pudo percibir que no mostraban la más mínima lástima por la muerte. Le pidieron que los informase de la hora del entierro cuando la supiese y no se interesaron por saber en qué sala del tanatorio estaría.

Pasó sola la noche velando a su tía y, cuando el cansancio fue tal que le era imposible mantener los ojos abiertos, se tumbó en el sofá de la sala y se durmió.

Por la mañana llamó a su tío, el hermano de Elisabeth y él se hizo cargo de ir llamando al resto de familiares para avisar de la hora del entierro. No eran demasiados, el hermano y algunos primos con los que tenía relación. Unos acudieron a la despedida y otros no se molestaron más que en darle el pésame por teléfono. Ya nada podía arreglarse en la familia. Las únicas lágrimas que se derramaron al caer el ataúd en el fatídico agujero fueron las de Adelaida. En ella se mezclaba la tristeza y la angustia, el dolor de saber que nunca más volvería a verla y lo peor, la culpabilidad por la conducta que había llevado a una situación y un final inevitable.

Una muerte era difícil de asumir en cualquier circunstancia, era lo que a todos nos esperaba. Mas cuando llegaba, cuando se hacía real, nuestra mente era incapaz de asimilar tan injusto proceso. Y saber que la había dejado sola por el orgullo y la ira, lo hacía mucho más complicado de lo que ya era.

Miraba a su familia y sentía vergüenza. No entendía qué hacían allí. La habían abandonado en vida y ahora acudían a su último adiós, en el que ella no podía verlos.

Se preguntaba si de no ser por ella habrían acudido. Tal vez solo estaban para no dejarla pasar sola por ese trance, y no por despedir a la fallecida. A pesar del enfado que la generaba, apreció el gesto y se lo hizo saber a los asistentes. No la habían dejado sola y era de agradecer, pues uno necesita un abrazo, una mirada cómplice, alguien a su lado..., en determinados momentos de la vida. Aunque hubiese preferido que al final su propia sangre se hubiese apiadado de ella. Tan solo elucubraba, porque al final se fue sin saber el motivo por el que habían ido, pues nadie hizo ningún comentario al respecto.

En el momento que finalizó el entierro, regresó a casa de su tía y se sentó en el

sillón que ella siempre ocupaba a pensar en qué haría con sus pertenencias. No estaba preparada para deshacerse de los bienes, pero entrar en la casa sabiendo que ella ya no estaba le venía demasiado grande. Llegó a la conclusión de que esperaría y tomaría la decisión más adelante. Era importante que se relajara y asumiera en lo posible la pérdida. Le pidió perdón una y otra vez con la esperanza que sus pensamientos llegaran hasta ella.

Vio que se había dejado la libreta encima de la mesa auxiliar que se situaba enfrente del sillón y el sofá. Alargó el brazo para tomarla, leyó las frases de nuevo y la devolvió a su escondite.

Cerró los ojos y se quedó dormida con las palabras martilleando en sus sueños: «Ha venido a destruir mi vida de nuevo».

IV

Adelaida descansó poco, pues el rato que se había dormido había estado intranquila, con la mente activa, incansable, con la incoherencia que produce el estado adormilado. Dormida pero consciente de todas sus pensamientos; algunos coherentes, otros inconexos. Según abrió los ojos se levantó, se sentó en el sofá al lado de la mesilla que sostenía el teléfono, lo cogió y marcó.

—¿Sí?

—Hola, tío Alfred. Soy Adelaida.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bueno, para todo lo que estoy viviendo...

—Cualquier cosa que necesites sabes que puedes contar conmigo.

—Necesito saber algo. Ya sé que es un tema del que poco se ha hablado o al menos desde que yo tengo consciencia y mi madre nunca me contó nada. ¿Qué es lo que llevó a la tía a encerrarse en su casa? ¿Por qué tenía miedo de salir a la calle?

—Siendo muy joven cayó en una depresión enorme, estuvimos a su lado en todo momento. La familia no nos separábamos de ella, nos turnábamos para que estuviese sola lo menos posible. Y poco a poco, sin darnos apenas cuenta de cómo había sucedido, nos percatamos de que llevaba meses sin salir de casa, sin ocuparse de nada de su vida, todo lo hacíamos nosotros.

»Intentamos ponerle solución, pero no hubo marcha atrás. Nosotros debíamos continuar con nuestro día a día, y yo fui disminuyendo mis visitas. Tu madre siguió haciéndose cargo de todo y yo la ayudaba de vez en cuando.

»Con el nacimiento de mi primer hijo nos distanciamos por completo.

La voz de Alfred se quebró y fue Adelaida la que retomó la conversación para liberarle de los recuerdos que le amargaban. Pudo percibir el sufrimiento, al final cada uno experimentaba sus propias sensaciones, poseyendo un dolor tan personal que ella no se veía capaz de juzgar. Su madre sí le había contado esa parte de la historia, el porqué del distanciamiento de los hermanos. Elisabeth no había ido a conocer al niño, ni siquiera había llamado a la mujer para darle la enhorabuena o preguntarle cómo se encontraba. Adelaida estaba tan sumida en su tristeza que había dado de lado a sus seres queridos, y ellos no entendieron que no era falta de amor. Y al final la falta de entendimiento de unos hacia otros generó la ruptura definitiva. A partir de ese momento, Alfred fue muy crítico con ella y dejó de ser un hombro en el que apoyarse. De vez en cuando mantenían

contacto por teléfono, pero las conversaciones era frías, demasiado distantes para poder mantenerse en el tiempo, y al final la relación cesó en totalidad.

—Lo siento, tío. No quiero que revivas esta etapa tan amarga. Mi madre nunca quiso hablarme del origen de todo, me decía que debía ser ella la que me lo contara. Pensé que ahora que ya no está no os importaría hablar sobre ello, y necesito saber qué sucedió. He estado tan cerca de ella toda mi vida y sin embargo, es como si no supiera quién era ella en realidad.

»Dentro de mí hay un hueco que creo que no llenaré hasta que conozca que es lo que pudo llevarla a encerrarse en sí misma, a enclaustrarse entre cuatro paredes.

—Debes olvidarlo, Adelaida. Esta desgracia ha llegado a su fin. Déjalo pasar y continua tu vida. No lo conviertas en una obsesión.

—Tienes razón, aunque no sé si me será tan fácil sacarme las dudas de la cabeza. Gracias por todo, tío Alfred. No te molesto más.

—No es molestia. Puedes llamar cuando quieras. Si tienes la necesidad de hablar sobre ello en otra ocasión, estaré aquí.

—Muchas gracias. Y gracias por acudir al entierro.

—Era mi hermana. Quizá la vida no nos dio demasiadas facilidades, las circunstancias nos separaron o fue nuestra poca intención. Sea como fuere la quería, y este final no era el que deseaba para ella. Acudí por ella y por ti.

Se alegró de escuchar la confesión de su tío, aunque hubiese preferido que dejase el rencor a un lado y en vida se hubiese acercado a ella. En realidad, acudir al entierro cuando Elisabeth ya no podía enterarse, no valía para nada, quizá para calmar su propia conciencia, nada más.

Se despidió de su tío con esa pensamiento rondándole la cabeza: «relajamos nuestros corazones cuando ya nada se puede hacer». Pero ella no iba a relajarlo aún, no pararía hasta descubrir a quién tenía miedo su tía.

V

Adelaida recorrió el salón sin saber muy bien qué hacer, caminaba intentando eliminar la pesadez, quería que los poros de su piel dejaran de percibir el daño que sus pensamientos generaban. Se acercó hasta el mueble y lo observó entusiasmada. Las diferentes baldas estaban plagadas de libros. Todos habían pasado por las manos de su tía, años y años de lectura.

Muchas de las historias que escondían aquellas páginas habían sido motivo de interesantes conversaciones entre tía y sobrina. La capacidad de Elisabeth para hacer suyas las emociones y experiencias de los personajes era increíble, podía hablar con maestría de cosas que nunca había experimentado. Era un observador más consciente de los acontecimientos que podía percibir cada detalle desde todas las perspectivas, sin sentirse identificada con ninguna de ellas y, a la vez, haciéndolos suyos. Lo que la convertía en una persona bastante objetiva, puesto que había sido capaz de experimentar todo tipo de sensaciones. Poseía una capacidad de empatía que jamás había visto.

Acarició con la yema de los dedos las cubiertas de los libros, dejó caer los párpados para percibir en oscuridad la sensación con mayor intensidad. Y rememoró una de las tantas conversaciones del pasado.

—Nunca me hablas de chicos —le dijo directamente su tía.

—Tía, soy muy pequeña todavía.

—Ya vas al instituto. Ya eres una mujer. Es a la edad que empiezan las relaciones, ¿no?

—Pues yo no tengo ninguna —respondió mirando hacia el suelo, no le gustaba cuando salía ese tema.

—Pues, ¿sabes qué? Me alegro. Parece que sea una norma que debemos seguir, que sea para lo que hemos venido a este mundo. Conocer a un hombre, casarse y tener hijos.

—Tienes razón, mis compañeras ya empiezan a tener novios. A mí no me apetece, y visto desde fuera me parece que adoptan una actitud un tanto ridícula cuando están cerca del chico que les gusta.

—Yo pensaba lo mismo cuando veía a mi amigas —dijo riendo.

—Dicen que soy rara, y bromean con que me gustan las mujeres.

—No te sientas presionada por lo que digan. Si algún día te gusta alguien, ya tendrás ganas de tontear, como decís ahora.

—La propia palabra lo dice: hacer el tonto.

Ambas rieron a carcajadas ante la ocurrencia.

Habían pasado muchos años, y ella seguía siendo la rara entre el grupo de amigos. Nunca había tenido una relación y, aunque muchas veces lo habían dicho de broma, si que pensaban en el fondo que no se atrevía a reconocer que sentía atracción hacia las mujeres. La realidad era otra. De adolescente estuvo centrada en los estudios y aunque algún chico la había atraído era muy tímida para hacérselo saber, y tampoco ninguno mostraba el interés suficiente por ella para hacerla romper esa barrera. Los años fueron pasando y sin pretenderlo fue un tema que quedó relegado a un lado.

Después vino la operación, con poco más de veinte años la extirparon el útero. Era un duro golpe para una mujer, saber que no podría tener hijos; sin embargo, Adelaida no lo llevó mal. Nunca se había planteado tener una familia, y eso que, como decía su tía, te bombardeaban con la idea desde pequeños.

No obstante, el hecho de saber que si empezaba una relación, era una cuestión que debería confesar cuanto antes, la alejaba aún más de mantener contacto íntimo con un hombre. Para hablar del tema necesitaba una confianza especial, y quizá fuera algo que no debía ocultar demasiado tiempo. Diferentes circunstancias se juntaron: la timidez, el desconocimiento de cómo relacionarse con un hombre, el miedo a contar sus intimidades... Todo ello hicieron que nunca hubiese tenido un noviazgo, ni siquiera un pequeño acercamiento de complicidad.

Había perdido a sus padres, a su tía y no tenía pareja. Estaba sola. Quiso alejar las ideas de soledad, ya albergaba demasiada tristeza como para acrecentarla con evidencias que siempre habían estado ahí.

Abrió uno de los cajones del mueble y sacó un álbum de fotos. Elisabeth tenía muy pocos, uno más grande de la infancia y varios pequeños que iba rellenando con fotos que Adelaida le llevaba. Abrió el grande, el que contenía los recuerdos de su tía.

Fue pasando las páginas y disfrutó de las imágenes de su madre, siendo niña, junto a los dos hermanos. Su abuela sonreía mientras posaba con sus tres hijos agarrados a su pierna.

Adelaida no llegó a conocer a sus abuelos, habían fallecido en un accidente de tráfico dejando huérfanos a tres jóvenes, había sucedido mucho antes de que ella naciera. Ella también había perdido a su padre siendo muy niña, sabía de su rostro por las fotos, pero no le quedaban recuerdos junto a él.

Revisó varias páginas más, pero la angustia atrapó su pecho al darse cuenta de que a partir de ese momento su madre y su tía permanecerían tan solo en su recuerdo.

Se puso en pie dejando el álbum en el lugar donde había estado sentada, y se

acercó hasta la ventana. Anhelaba el aire y no tenía fuerzas suficientes para bajar a la calle. La abrió y el aire voló su cabello, el rostro percibió la placidez. El cuerpo de Adelaida se transformó en el de Elisabeth, pues en ese momento rememoró las palabras escritas e imaginó a su tía junto a la ventana.

«He vuelto a sentir el aire en mi rostro».

VI

Habían pasado tres días y apenas quedaba comida en el domicilio. Debía bajar a comprar, al menos lo indispensable, aunque solo imaginar el trasiego que hay en los supermercados la agobiaba. Bajaría a comprar lo básico para tardar el menor tiempo posible, pues lo único que le apetecía era estar bajo techo, en casa.

Se duchó, y para vestirse se puso los vaqueros que llevaba y eligió una de los jerséis del armario de su tía. Todos eran de tonos oscuros, y en ese momento era el color con el que le apetecía ataviarse. Optó por uno negro.

Al salir de casa, padeció un golpe de pereza cual mochila cargada con piedras a su espalda. Dudó unos segundos mientras permanecía frente al ascensor, no sabía si regresar, estaba a tiempo de retroceder sobre sus pasos. El sonido de una puerta la devolvió a la realidad.

—Hola, Adelaida. ¿Cómo estás? —la saludó Michael.

—Hola, Michael. Estoy muy cansada. Iba a comprar algo de comida, pero solo de pensar en el bullicio de la tienda se me quitan las ganas.

—Yo bajaba precisamente a hacer la compra, si quieres te subo algo.

—¿No te importa?

—Claro que no. Dime lo que necesitas y yo me hago cargo.

—Muchas gracias, Michael. Te lo agradezco de corazón, necesito descansar. Con pasta, huevos, pan y leche me apaño.

—Perfecto. Tú vete a casa a descansar, ahora mismo te lo traigo.

Adelaida se lo agradeció de nuevo y se metió en casa.

Mientras esperaba la llegada de Michael aprovechó para limpiar el polvo y barrer el suelo del salón. Su tía tenía la casa impecable y quería mantenerla del mismo modo, pero estaba tan fatigada que decidió dejar el resto de la casa para otro día.

Sonó el timbre y fue a abrir a Michael. Le había traído una bolsa llena incluyendo más cosas de las que había pedido. Al principio no quería cobrárselo, pero Adelaida insistió asegurándole que si no lo cogía no volvería a aceptar ningún favor, y él finalmente cogió el dinero.

Lo invitó a comer y juntos prepararon huevos fritos con patatas. Mientras comían pudo darse cuenta de que él disfrutaba de un plato tan sencillo tanto como ella, le agradaba verle comer y saborear cada pedazo. Ambos charlaron animadamente y el miedo, la angustia y el cansancio fueron quedando en un segundo plano.

Después de la comida, prepararon café y siguieron con la tertulia hasta bien entrada la tarde. No hablaron sobre temas personales, lo que le sirvió a Adelaida para estar relajada a pesar de estar hablando con un hombre. Iban surgiendo temas de conversación diferentes, sobre situaciones de la vida, y cada uno iba dando su opinión. Los dos estaban pasando un momento tan agradable que no se dieron cuenta de la hora que era hasta que comenzó a anochecer. Michael se disculpó, pero tenía que marcharse pues trabajaba al día siguiente. Adelaida lo acompañó hasta la puerta y se fue a dormir. Aquella noche descansó en paz y soñó que aquel hombre formaba parte de su vida.

VII

Esa mañana se despertó justo al amanecer y por primera vez en los duros días que había estado viviendo, no percibió tanta pesadez en su cuerpo. No estaba alegre, pues la muerte es un hecho que se adentra demasiado profundo en el alma, una sensación que nunca desaparece y que crea un vacío que es imposible de curar. Pero contiguo al dolor estaba naciendo una pequeña ilusión. Y esa ilusión se llamaba Michael.

Por primera vez en su vida se había relacionado de forma natural y espontánea con el sexo opuesto, estaba tan débil emocionalmente que había dejado caer, sin darse cuenta, el muro que inconscientemente había ido creando a lo largo de los años.

No sabía qué era lo que debía hacer a continuación, y aunque deseaba verlo, determinó que era mejor aguantar a que fuera él el que diese el paso. Si él estaba interesado en ella no dudaría en buscarla.

Los minutos se le antojaban eternos a la espera de que el timbre sonase. Cada poco tiempo se levantaba intranquila para acercarse a la puerta por si le escuchaba salir. Estaba muy nerviosa y la novedad de sensaciones que estaba experimentando no le gustaban. Tenía que tranquilizarse y sacar a Michael de su cabeza. El ansia por volver a verlo le estaba generando un desequilibrio interno que no era bueno para ella.

Para olvidarse del asunto se dispuso a limpiar la cocina. Entretanto fregaba el suelo le vino la melodía de una canción que le encantaba del grupo The Doors. La canción, People strange, contenía su melodía y letra preferidas de los temas del grupo. Quizá porque así siempre se había considerado, una persona extraña.

Tuvo la necesidad de regresar a su propia casa y poner la canción a todo volumen, dejar que la música la invadiera y desconectar del mundo, fundirse con cada nota, volar y soñar. Pero si se marchaba y Michael iba a buscarla se encontraría la casa vacía. Él había vuelto a sus pensamientos, cantó ella misma la canción buscando la libertad.

«People are strange when you're a stranger» (*La gente es extraña cuando tú eres extraño*).

Le pareció oír una puerta cerrarse y dejó de cantar para agudizar el oído, corrió hacia la entrada para cerciorarse y pudo ver cómo Michael esperaba el ascensor. Cuando este llegó, él entró desapareciendo de la vista de Adelaida.

Dentro de ella se generó otro hueco, el de la desilusión. La emoción la encogió

el corazón y regresó cabizbaja a proseguir con la tarea que estaba realizando.

«When you're strange

Faces come out of the rain

When you're strange

No one remembers your name»

(Cuando eres extraño/los rostros salen de la lluvia/cuando eres extraño/nadie recuerda tu nombre).

Conocía de memoria la canción, y aunque su voz no era gran cosa, la imaginó como si el mismísimo Jim Morrison la cantara. Gracias a ello, la mala reacción, que había tenido minutos antes, se sosegó e hizo desaparecer parte de la desdicha. La de la muerte, sin embargo, no desaparecía.

VIII

La melodía del móvil la despertó. Al mirar la pantalla comprobó que la llamaban del trabajo. Se había olvidado por completo que se le habían acabado los días de permiso y tenía que volver. No descolgó y, cuando paró de sonar, silenció el teléfono. No le apetecía hablar con nadie, ya se le ocurriría alguna razón para excusarse.

El reloj marcaba las diez de la mañana. Había dormido casi nueve horas y aun así tenía la cabeza como si solo hubiera dormido un par de horas.

Volvió a tumbarse, no tenía ganas de perder el calor que le proporcionaba la cama. Pensó que volvería a casa y más adelante ya decidiría que hacer con las pertenencias de su tía y con la casa. De momento regresaría a su vida. Trabajar le vendría bien para mantenerse ocupada y evitar en lo posible cavilar más de la cuenta. Y con la distancia que marca el tiempo, con seguridad más adelante, tendría más energía para avanzar.

Miró de nuevo el reloj, eran las once y cuarto. El estómago le rugía y la vejiga estaba demasiado llena, no le quedó más remedio que levantarse. Si no fuera por las necesidades humanas no se habría levantado de la cama.

Una vez hubo cumplido con las acciones que demandaba el cuerpo, regresó al dormitorio. Se sentó en la cama apoyando la espalda contra la pared y se tapó las piernas con las sábanas y la manta. Prefirió no tumbarse para no dormirse.

Cada poco tiempo miraba la hora, las manecillas no avanzaban y el corazón acusaba, aumentando los latidos, el estrés generado. Decidió ir a coger un libro para dejarse atrapar por una historia que la entretuviera y la sacara del amargo sabor de la soledad. Revisó uno a uno los títulos que ocupan los estantes. Descartó las novelas románticas, le apetecía leer algo que despertase su interés y asió una novela de género negro. En vez de volver a la habitación, prefirió acomodarse en el sillón. Las letras enseguida la atraparon. Le gustaba leer novela negra porque tenía una doble forma de atrapar al lector: estaba la intriga del propio argumento, que te hacía pasar y pasar páginas sin que uno se diera cuenta y luego estaba la expectación que generaba el perfil de los protagonistas, una personalidad que en momentos podías detestar pero que ocultaban ese otro lado que solo el lector puede ver, el porqué de esas barreras de la gente que se muestra esquiva. Personajes que aunque en ocasiones se presentaban como detestables despertaban en el lector cierta empatía, convirtiéndolos casi en personas entrañables.

Pasó hoja tras hoja mientras el tiempo iba avanzando imparable. Ya no se preocupaba en mirar la hora, estaba por completo inmersa en la novela, viviendo cada detalle como si ella misma fuera la protagonista.

Sin casi percatarse había leído medio libro. Durante las horas transcurridas su mente se había olvidado de la realidad, del dolor que rodeaba su vida, y había experimentado una investigación que la mantenía en vilo, deseaba llegar al final y descubrir, junto al detective, quién era el asesino de tan crueles muertes.

Hizo un descanso para comer sin dejar de cavilar sobre el proceso, se había convertido en aquel hombre intentando unir las pistas para desentrañar el caso.

Ya en la mesa, saboreaba una sopa de verduras a la par que dibujaba en su imaginación las escenas vividas en las páginas que acababa de leer. Todas las cosas que el autor había plasmado eran ficticias; sin embargo, la triste realidad era que en el mundo ocurrían cosas así. En las noticias raro era el día que no se hablaba de algún caso de desapariciones, para luego días más tarde anunciar que se había hallado el cadáver. La carrera hacia descubrir al culpable comenzaba, y todos los programas se iban haciendo eco de las pistas, se convertía muchas veces en un circo mediático. Y a diferencia a lo que sucedía en los libros, o en la mayoría de ellos, muchas veces no se daba con el culpable.

Quizá este era el motivo que hacía la novela tan real a la imaginación de Adelaida, el saber que algún caso parecido seguro que había ocurrido realmente, podía palpar el sufrimiento de las víctimas. Reflexionar sobre el hecho de que existían personas capaces de ejercer tanto mal la asustó. Era imposible saber dónde se encontraba un asesino, al final era gente con una apariencia de lo más normal con unos pensamientos ocultos que aterraría a cualquiera que pudiera verlos. No obstante, eran eso, pensamientos que pasaban desapercibidos para el resto, hasta que era demasiado tarde y llevaban a cabo las atrocidades que rondaban por su imaginación. No importaba el castigo impuesto, las víctimas que caían en manos de mentes perturbadas ya nunca volverían.

Leer una novela de este género podía, por estas circunstancias, volverse un acontecimiento bastante duro. No era simplemente la resolución de uno o varios crímenes, sino que se extendía al miedo del damnificado y al porqué de un ser humano terminaba convirtiéndose en asesino, puesto que un conjunto elevado de veces era este mundo el que los convertía en tal.

Una vez hubo terminado de comer, continuó con la lectura. No levantó la mirada del libro en toda la tarde y cuando lo terminó se quedó en el sillón pensativa. Se quedó preocupada al pensar que pudiera pasarle algo así: ser víctima de las inquietudes de un ser perverso. El mal podía estar escondido detrás de cualquier rostro, y al final incluso era habitual que estuviera tras los más afables.

Sin pretenderlo evocó la faz de Michael, y le dio por plantearse que había estado confiando ciegamente en un extraño del que no sabía absolutamente nada. El simple hecho de ser el vecino de su tía le había generado seguridad.

Nos acostumbramos a las caras de los que viven a nuestro alrededor, con algunos se intima más pero con otros la relación se limita a un intercambio de saludos cordiales. Aun así, los rostros se vuelven familiares y uno confía en personas de las que desconoce todo.

Se alegró de que no hubiera vuelto, era un extraño y como tal debía tratarlo, a pesar de que hiciera años que lo conocía. A veces era mejor pecar de precavido que lamentar una desgracia por confiado.

Llamaron a la puerta interrumpiendo las reflexiones de la joven que acudió a ver quién era.

Ante la presencia de Michael los pensamientos se disiparon y lo dejó entrar. La alegría regresó a sus entrañas y después de una animada charla lo invitó a cenar.

XIX

Las tertulias con Michael le resultaban muy interesantes, las palabras surgían de ambos de una manera espontánea y natural e iban entrelazando temas, casi sin darse cuenta, de los que hablaban con pasión.

Y aunque se sentía tan bien junto a él, en esta ocasión percibía una alarma en su interior que la mantuvo tensa. Analizaba los gestos que él hacía, con la intención de encontrar algo que le dijese si tenía frente a ella a una persona buena, mala o quizá interesada.

¿Se podía conectar con alguien, así, sin más? Era consciente de que el libro que había leído la estaba condicionando. Pero a lo largo de su vida había sido una mujer precavida en cuanto a las relaciones personales y, también, sobre otros aspectos. Esta vez al estar tan decaída y triste no había puesto barrera de acceso hasta su persona. Aunque este muro la había prohibido interactuar de manera cercana con los que la rodeaban y eso tampoco había sido positivo para ella.

Quizá era un buen hombre que solo quería ayudarla, que se acercaba a ella de una manera desinteresada. Puede que ambos se atrayesen mutuamente, que una casualidad los hubiera juntado porque era su destino, quizá resultase que los dos eran personas de buen hacer. También existían personas buenas, estaba segura, ella misma podía considerarse una de ellas. ¿Por qué razón no iba a serlo también Michael?

El problema fue que tantos pensamientos contradictorios no la estaban dejando disfrutar.

Se fue a la cama con la percepción de que estaba creando de nuevo un obstáculo que acabaría encerrándola en su propia soledad.

X

Por la mañana la volvieron a llamar del trabajo. Estaba descuidando sus obligaciones, pero no le importó. No tenía ganas de volver y menos aún de hablar con nadie, así que silenció el móvil para no tener que escucharlo si reiteraban la llamada.

Desayunó un café con leche en la cocina, la luz que entraba de la calle estaba empezando a agobiarla y ver el exterior a través de la ventana le recordaba que debía retornar a la vida, y de momento no estaba preparada. Encerrada en casa se creía protegida.

Cuando terminó de beber el café, fue al salón a correr las cortinas, la sensación de aislamiento era lo único que la calmaba.

Recogió y limpió lo que habían usado durante la cena y buscó otro libro para leer.

Se decantó por un autor que a su tía le encantaba. En sus obras no se estructuraba una trama habitual, si no que la narración se centraba por completo en los personajes, en las relaciones del protagonista con el mundo, con la gente, con su interior...

El ejemplar no era demasiado extenso y terminó de leerlo durante la mañana. Se identificó con varias de las situaciones plasmadas y, por primera vez, la necesidad de escribir lo que guardaba en su interior se hizo patente.

Recordó las libretas de su tía Elisabeth y los cuadernos que la encargaba comprar. Buscó por los cajones del mueble con la intención de encontrar uno en blanco donde poder expresar lo que la quemaba el alma.

XI

Nunca permití que el tormento permaneciese en mí más que un período breve de tiempo. Ahora me siento vacía, tan vacía y sola que me resulta casi imposible visualizar que este sufrimiento desaparecerá.

Hace muchos años conocí la que pensé sería la peor noticia de mi vida. Nunca podría tener hijos. A pesar de que no era algo que hubiese pensado, lloré mucho, lo que parecía no afectarme, en el fondo sí lo hacía. Pero no estaba sola, la presencia y apoyo de mi madre mitigaba mi dolor. Las palabras y los abrazos que ella sabía que necesitaba, aunque todo pareciese un sueño que no iba conmigo. El hablar con ella y pronunciar en alto el porqué no me preocupaba tanto en realidad, y a la vez lo que me daba miedo, hacía que mi lucha interior fuera menos encarnizada.

Con mi tía Elisabeth fue diferente. Con ella, por primera vez, no fue una conversación en la que ambas nos expresásemos sino que escuchaba con atención lo que yo decía y tan solo respondía con gestos o monosílabos hasta que las lágrimas acudían a mí y entonces me abrazaba. Un abrazo tan cálido y sentido que me valía más que todas las tertulias.

Y así con el amor de las dos, superé el episodio casi sin darme cuenta. Eso sí, tuvo consecuencias, me convertí en una persona aún más introvertida, pero el dolor que me había ahogado durante los primeros días había desaparecido por completo, dando paso a una ligera nostalgia cuando era consciente de que no tendría una familia. Aunque quizá aquello no era para mí y la naturaleza se encargó de solucionar las dudas que pudiera tener.

Lo que esta sucediendo ahora es muy diferente. No tengo a ninguna de las dos a mi lado, y eso sí es daño en estado puro. Me falta el aire y me produce un dolor agonizante en el pecho, cuando se agudiza parece que se me va a parar el corazón, o peor aún, que me va a explotar.

Sola, estoy completamente sola. Y no tengo ganas ni fuerzas para ver a nadie. No me gusta esta soledad, pero solo imaginar que tengo que mantener una conversación con alguien, me hace perder la poca energía que me queda.

Ojalá pudiera tener una última conversación con mi madre, aunque con seguridad nunca sería suficiente y seguiría sintiéndome vacía. Los acontecimientos vienen así, lo sé, pero no estamos preparados para asumir la muerte cuando viene tan de repente. Guijarros de hielo se clavan en el corazón creando una herida profunda y sangrante, una herida que duele en lo más hondo

del alma. Me resulta tan difícil creer que esta herida va a sanar, sobre todo cuando no sé ni en quién apoyarme. Necesito a mi madre y a mi tía. Las necesito.

El orgullo, el maldito orgullo me ha hecho perder a mi tía. Yo que siempre estuve a su lado, que la apoyé cuando el resto la daba de lado, yo que era capaz de empatizar con sus comportamientos que nadie comprendía, ni se esforzaban en hacerlo, en ver las circunstancias del otro. Yo la dejé sola.

Cómo no creer en algo divino si el destino quiso que cogiese su mano en el último halo de vida. Y es el consuelo que me queda, saber que no murió sola.

Querría poder retroceder en el tiempo, dar de lado al rencor ya que sin él todo habría sido diferente. Me maldigo una y otra vez por haber permitido que tal sentimiento anidase en mí. Ella decía que yo era especial, que mi manera de ver y sentir era lo más cercano a la bondad que había conocido. Decía que si todo el mundo fuera como yo la humanidad sería mejor, sin odios, sin rencores, sin envidias. La comprensión sería el eje en torno al cual giraríamos. Qué equivocada estaba. Qué fácil resultaba seguir unos ideales cuando los hechos no afectaban tan directamente, que fácil. Pero cuando fui yo la que me vi sola afrontando la muerte de mi madre, los sentimientos malignos que había rechazado entraron en mí como un huracán, convirtiéndome en uno más. Fui egoísta al no plantearme que mi madre era su hermana, que yo no era la única que sufría. El egoísmo y la ira me salieron caros. Estoy pagando por ello, un precio tan elevado que tengo ganas de acabar con todo. Me pregunto cada día, ¿qué hago yo aquí? Ya nada tiene sentido. Quisiera tener el valor para soplar la llama y apagarla para siempre.

XII

Adelaida finalizó la escritura y suspiró mientras cerraba la libreta. Había conseguido liberarse de una pesada carga plasmándola de su puño y letra en un trozo de papel. El sufrimiento no había desaparecido, pero era más liviano.

Para distraerse se puso a leer otra novela. Estuvo leyendo hasta que los ojos acusaban cansancio y pestañeaba constantemente, era una sensación molesta y tuvo que parar de leer. El hecho de salir de pronto de la novela y verse en la casa hizo que se le acelerara la respiración, miró a su alrededor y la luz artificial le produjo aún más incomodidad en los ojos. Decidida se acicaló y se marchó a la calle.

Bajó por las escaleras para mover las piernas. Comenzó con paso ligero, pero las rodillas parecían no responderle adecuadamente. Había permanecido demasiado tiempo sin caminar.

Al salir al exterior el aire fresco acarició su tez y le alboroto con ligereza el cabello. Respiró la libertad disfrutando de ella.

El ruido no tardó en alterar su tranquilidad. Los motores de los coches, el sonido de los semáforos, la gente conversando... En definitiva, el ambiente de la ciudad. Su mente se perturbó llegando a sus oídos una mezcla de sonidos enmarañados y estridentes que hicieron que tuviese que tapárselos con las manos para detener el escándalo.

Retrocedió sobre sus pasos y subió a toda velocidad las escaleras para llegar a la vivienda. Con los nervios se le cayeron las llaves al suelo, pero una vez hubo abierto y cerrado la puerta tras de sí, se sintió segura.

Se tiró en el sofá llorando con fuerza mientras gritaba intentando expulsar el tormento que la acompañaba. Lloró y lloró hasta que agotó la potencia, y sintió la cabeza a punto de estallar por la tensión acumulada, cerró los ojos y se quedó adormilada.

En sueños tejió imágenes dolorosas. El entierro de su madre, la muerte de Elisabeth, la oscuridad de la casa, los ruidos estridentes de la calle... Saltaba de un sueño a otro mientras su corazón palpitaba angustiado. Quería encogerlo, que dejara de latir hasta que el sufrimiento pasara de largo. Sin embargo, bombeaba cada vez más rápido absorbiendo, a la vez que el líquido escarlata, el amargor de las pesadillas que la acompañaban, pesadillas creadas de la trágica realidad que era su vida.

Deseaba despertarse y apartar todo lo que la estaba atormentando, pero no

podía. Aun en sueños poseía una ligera consciencia e intentó hacer uso del dominio para calmar la respiración agitada. No lo consiguió. El estado entre consciencia e inconsciencia la turbó todavía más, lo que hizo que al final despertara con un fuerte espasmo y se cayera del sofá.

Tardó unos segundos en percatarse de dónde se encontraba. Se sentó en el sofá subiéndole los pies y rodeando con los brazos las rodillas. Fue recuperando el ritmo de la respiración y consiguió ir liberando la mente.

Había perdido la noción del tiempo, no sabía si era de día o de noche. Las cortinas y las persianas continuaban cerradas y no tenía ganas de levantarse a abrirlas. Se tumbó, pero sin cerrar los ojos, tenía miedo de dormirse y que los malos sueños volvieran. Fantaseó que corría por una pradera llena de amapolas rojas. El contraste de colores rojo y verde la transmitió una profunda alegría. Permitted que sus párpados cayeran para así recrearse en el paisaje con mayor profundidad. Pudo respirar el aire fresco.

Extendió los brazos en forma de cruz y avanzó en busca del hombre que a escasos metros corría hacia ella. Cuando se encontraron se fundieron en un abrazo.

Adelaida se quedó dormida con una sonrisa, reflejo de la felicidad, mientras descansaba en los brazos de Michael.

XIII

Los días se fueron sucediendo, uno tras otro, sin novedad. Pasaba las horas ensimismada, metida constantemente en sus fantasías, creando una vida que no existía. Una vida al lado de la persona que había conseguido eliminar la negatividad que empañaba su presente.

Apenas comía, y cuando lo hacía, la mirada perdida y el aspecto desaliñado le hacían parecer enferma, una persona fuera de sí, un recipiente vacío.

Pasaba el tiempo tumbada en el sofá disfrutando de su nueva historia. Paseaba prendida de su mano, firme, tersa y suave. Se agarraban con fuerza transmitiéndose la necesidad que tenía el uno por el otro. Y hablaban sonrientes, se abrazaban, paraban para besarse, y como si nada, continuaban andando y conversando. En el jardín del paraíso ocupaba un breve tiempo; sin embargo, el reloj de pared avanzaba dando paso a un tiempo perdido. El único momento en que era feliz.

Llegó hasta su ensueño un silbido que desentonaba con el ambiente de tranquilidad creado, al principio se escuchó con debilidad, pero no tardó en convertirse en un ruido desagradable que la sacó del ensimismamiento. El llamador de la entrada reanudaba su son.

Con desgana se encaminó hacia la puerta y según se acercaba se percató de que podría ser Michael el que llamaba. Detuvo su camino, no se había duchado y llevaba puesta ropa sucia. Al ser consciente de la realidad, percibió el desagradable olor que desprendía su cuerpo. Apareció una sensación de picor en cada área de su piel y se apresuró a meterse en la ducha para eliminar la suciedad.

El agua tibia tardó un rato en aliviar el malestar que el desaseo la estaba provocando. Se lavó con abundante jabón y permaneció minutos bajo el agua, hasta que recuperó el efecto de limpieza. Al salir de la ducha se cubrió con una toalla y el suave tacto del tejido le resultó tan agradable que se abrazó a ella. Cuando terminó de secarse se untó crema para suavizar la sequedad que había notado en la piel. Se lavó los dientes y se perfumó con una colonia que había en el mueble del baño, el olor era dulce, la fragancia de Elisabeth.

Cuando estuvo aseada y vestida con ropa limpia, una falda negra que le llegaba por las rodillas y una chaqueta de lana de color beis que había escogido del armario de su tía, se dirigió con decisión a llamar a Michael. Con el dedo índice apoyado sobre el botón y a punto de presionarlo, la duda la invadió. Se

planteó que tal vez no habría sido él el que había llamado a su casa puesto que no había llegado a asomarse para ver quién era, había dado por hecho, sin más, que se trataba del vecino. Pero no podía saberlo.

Se avergonzó al pensar que Michael podía aparecer de repente y encontrarla en la puerta de su casa. Nerviosa se introdujo en su hogar, y estuvo deambulando por el salón mientras los latidos machacaban su sien.

Con el cuerpo temblando, decidió leer poesía para aplacar la inquietud que la invadía. Leyó varios poemas de una antología que incluía varios autores, la desazón lejos de desaparecer se hizo más acusada al encontrar algunos de amor, otros de sufrimiento, en definitiva al leer tantos sentimientos en cada verso, pues los poemas eran eso, el desgarrar de una pluma derramado en el papel. Cerró el libro y se tumbó pretendiendo representar un jardín por el que pasear con su amado, pero no era capaz más que de recrear sombras, paisajes desterrados y soledad.

El desasosiego era tal que quería arrancarse la piel, se metió bajo el agua fría de la ducha y frotó con sus propias manos con la intención de extraer la desdicha que la cubría. El agua iba arrastrando las lágrimas que salían de sus ojos, y estos generaban más y más, la respiración la tenía tan descontrolada que conseguía alterar todo su ser, haciendo crecer cada vez más la inquietud, siendo incapaz de controlarla. Incluso el sonido del agua comenzó a resultarle insoportable. Necesitaba silencio a pesar de que eso supusiese encontrarse con su mente y las ideas que en ella bullían.

Salió de la ducha y se vistió de nuevo. Se dejó caer en la cama como un peso muerto y extendió los brazos en cruz, clavó la mirada en el techo y esperó. Concentró la visión en un punto, en la blancura de la pintura. Al rato de tener la vista anclada en el mismo lugar aparecieron motas negras que se movían de un lado a otro huyendo de su mirada. Le parecía tenerlas en un lateral y cuando las seguía ya no estaban, para al segundo volver a aparecer al otro lado.

Poco a poco las pulsaciones le fueron disminuyendo, el bombeo se convirtió en un ritmo relajado y constante, la respiración se normalizaba y la quietud hacía acto de presencia. Aprovechó el estado de calma para evadirse y se abandonó al viento, como si fuera una hoja en otoño viajando solitaria sin rumbo fijo.

XIV

Despertó con el anhelo de disfrutar del aire fresco. Quería salir de casa y huir de los ruidos de la ciudad. Tenía un objetivo claro: ir al campo y experimentar en la realidad las escenas que tanto la calmaban. Quería fundirse con la naturaleza, respirar su aire, escuchar la música que genera el viento, los pájaros, el crujir de las ramas, las hojas volando...

Desayunó con un apetito que hacía días no tenía, ya estaba disfrutando de la felicidad que la esperaba al otro lado. Recreaba una y otra vez lo que estaba a punto de suceder. Le urgía tanto que fue capaz de abstraerse del trayecto y no se dio cuenta hasta que el llanto de un bebé la sacó de la abstracción de que se encontraba en el autobús. Estaba tan concentrada en el propósito que no era capaz de recordar cómo había llegado hasta allí.

Volver a la realidad de golpe y verse rodeada de gente, escuchar voces por todas partes que se convertían en pesados murmullos, el calor producido por la cantidad de personas afinadas en el reducido espacio y el olor que llegaba hasta sus fosas nasales, hizo que la vista se le comenzara a nublar y que un calor excesivo acompañado de sudor se apoderase de ella, perdiendo el ritmo de la respiración. Se concentró en la respiración e intentó estabilizarla, pues era la clave para recuperar el control del cuerpo. Evocó el paisaje que estos días había estado configurando y diseñando para ella y su amor. Regularizó las inspiraciones y espiraciones con el movimiento de una rama mecida por el viento. El rostro de Adelaida mostró una ligera sonrisa y los extraños la vieron como una persona feliz.

El megáfono del autobús anunció que llegaban a la última parada. Era la más cercana al bosque, pero aún le faltaba caminar un tramo de carretera y camino para llegar.

Recorrió sin problemas los kilómetros que la separaban de su destino, y cuando llegó observó con mucha atención lo que la rodeaba. Se desilusionó al no sentir lo que esperaba. Había sobrevalorado tanto el momento que, una vez allí, lo único que percibió fue un enorme vacío. La sonrisa desapareció de su boca y la expresión se modificó mostrando desolación.

Continuó andando por el camino y se sentó en una roca que había en el lateral de la senda. Desde allí pudo divisar una explanada verde con flores de diferentes colores y preciosos árboles bastante altos que proporcionaban una gran sombra. Deseó tumbarse allí a descansar, pero le parecía que estaba demasiado lejos y no

era capaz de ver con claridad cómo llegar hasta allí. Parecía que había un camino, pero se perdía de vista y dudaba si continuaría hasta el lugar.

Permaneció sentada sin saber si quedarse un rato más o volver a casa. Pensar en el trayecto de vuelta la agobiaba, aunque en algún momento se tendría que marchar.

Una voz la sacó del dilucidamiento.

—Buenos días, hace muy buen día hoy para disfrutar de la naturaleza. Aunque la roca sobre la que descansa no parece muy cómoda.

Adelaida elevó la cabeza para ver quién la hablaba. Era un hombre bajito, algo encorvado por el paso de los años, y en su mano derecha portaba un palo recto y grueso a modo de bastón. Su piel estaba oscurecida, quizá por ser un habitual del campo y sobre su cabeza llevaba un sombrero de paja.

—Buenos días —le respondió, sin saber qué más añadir.

—Mire, señorita, allí hay un lugar precioso donde podrá descansar mientras ve un bello paisaje. Y la hierba será mucho más cómoda que esa roca.

—Sí, me había fijado. La verdad es que desde aquí parece muy bonito. Pero no estaba segura de cómo llegar y preferí no aventurarme.

—¡Ah! Es muy sencillo. Desde aquí no puede verse el sendero, da la sensación de que desaparece, pero no es así, si lo sigue llegará sin problemas.

El hombre se ofreció a acompañarla y ella lo siguió. Enseguida llegaron al camino de tierra, era estrecho pero bastante liso, perfecto para caminar.

Según iban avanzando había tramos en los que parecía que la senda terminaba, pero una vez alcanzaban el punto, el camino continuaba. Si ella hubiese ido sola se habría dado la vuelta ante la duda de si el recorrido seguiría siendo tan cómodo para los pies. El hecho de ir acompañada la tranquilizaba, y aunque a veces la incomodaba la pérdida de visión, enseguida se le pasaba al sentir la seguridad del señor que la guiaba.

—Pues ya hemos llegado.

La joven permaneció en silencio a pesar de haber escuchado las palabras. Percibió en sus pies la comodidad de la hierba. En su vista se acumularon los diferentes colores de la vegetación, un conjunto que la dejó sin habla. Se secó con disimulo las lágrimas.

El hombre, que se había percatado de la sintonía que estaba teniendo con la naturaleza, permaneció a su lado esperando a intervenir sin interrumpir el estado de emoción de la joven.

Cuando le pareció que ya había asimilado lo que tenía alrededor, habló de nuevo:

—Espero que el lugar sea de su agrado. Yo debo marcharme.

—Sí, lo es. Muchas gracias. No pierda más tiempo, por favor. Ha sido muy

amable acompañándome.

—No hay de que. Un placer poder ayudar. Que tenga un buen día.

—Muchas gracias e igualmente.

El señor regresó por el camino que los había llevado hasta allí. Ella lo observaba y a medida que su figura se hacía más pequeña por la lejanía, en su interior iba creciendo la desazón y el miedo a la soledad. En ese instante una nube ocultó el sol dejando la explanada a expensas de la sombra. El cambio de luminosidad la alertó y se sintió desprotegida, perdida y sola.

Todavía podía ver al anciano y tuvo ganas de correr tras él, pero le asustaba avanzar en solitario. Quería llamarlo para que la esperase, para volver con él a la ciudad. Pero cómo iba a molestar a alguien que no conocía para pedir auxilio, pensaría que estaba loca; o al menos ella lo habría pensado, de hecho se lo planteaba sobre sí misma, si no estaría perdiendo la cabeza. Se preguntaba qué tipo de locura habría ocupado su mente que le daba miedo hasta andar. Para salir de allí solo tenía que adelantar un pie, un solo paso y el resto vendría de forma automática. Se tiró al suelo vencida por la debilidad y lloró presa de la impotencia.

Una mano que no esperaba se posicionó sobre su hombro y, aunque lo hizo con mucha suavidad, se asustó dando un pequeño respingo. Alzó la cabeza, con el rostro cubierto de lágrimas, y pudo ver que el señor la miraba con preocupación.

—¿Se encuentra bien?

—Ha vuelto... —balbuceó entre sollozos.

—Sí. Vi esa nube y quise avisarla de que posiblemente llueva. Cuando me di la vuelta la vi en el suelo y pensé que le había pasado algo. Y ahora veo sus lágrimas... No sé si la he molestado.

—No, no. Perdone mi actitud, no sé lo que me está pasando. Quiero salir de aquí cuanto antes y regresar a mi casa.

El hombre no preguntó más, ni ella dio más explicaciones, aunque la realidad era que tenía ganas de hablar, de sacar lo que llevaba dentro, de exponer sus miedos y expulsarlos de una vez por todas de su ser. Sin embargo, continuó en silencio, por miedo a lo que pudiera pensar ese desconocido.

Durante el trayecto recordó a Michael y la confianza que había depositado en él. A su lado no la habían invadido los prejuicios y había actuado de una manera natural, tal cual era ella. Se planteó si no habría sido la situación de peligro, inseguridad y dolor en la que se encontraba la que habría hecho caer las barreras, aceptando la forma de ser del otro sin más complicaciones.

Ahora la situación no era tan grave como la muerte de un ser querido y al estar activo su cerebro y poder preguntarse tantas cosas, la distancia que establecía no

disminuía, muros que la alejaban del contacto y la comprensión humana.

XV

Mientras subía en el ascensor y veía su reflejo en el espejo, pensó en lo que se había convertido. Vestida con la ropa de su tía parecía una beata, y con la cara demacrada parecía salida de una película de terror. Según entró en casa, se despojó de las telas y miró su cuerpo desnudo en el espejo del baño. Estaba muy delgada, se le marcaban las costillas y las clavículas le sobresalían de un modo que le resultó muy desagradable. Salió del baño y se acomodó en la cama, tumbada hacia abajo enterrando la cabeza bajo la almohada para crear oscuridad sin necesidad de cerrar los ojos.

Estar en casa le producía un efecto de protección. Y aunque no fuera la suya, puesto que de nuevo había vuelto a la de Elisabeth, le reconfortaba estar resguardada. Precisaba urgentemente salir del pozo en el que se estaba metiendo. Lo sabía y quería avanzar, pero el dolor seguía latente y con él acompañándola no se sentía capaz. Ansiaba poder eliminar el sufrimiento, pero desconocía la manera de realizar tal cosa. El ahogo casi constante estaba empezando a controlarlo, se había dado cuenta que era fundamental dominar la respiración, si esta se desacompañaba era cuestión de segundos que la ansiedad se propagase a todo su cuerpo. También estaba comprendiendo que el contacto con otras personas, del que tanto rehuía, le hacía encontrarse segura; las palabras de otros la relajaban e incluso conseguían mitigar su padecer.

Tenía un propósito, tenía que salir adelante fuera como fuese. Lo primero que haría sería comer bien, de base ya era delgada y si continuaba por ese camino quedarían solo huesos de ella. Pese a que la apetencia había desaparecido decidió que se forzaría un poco, se dirigió a la cocina desnuda, para tener presente en qué se estaba convirtiendo, y se preparó un sándwich vegetal. Mientras lo montaba, el olor del atún la hizo salivar, y la sensación de imaginar el frescor de la lechuga hizo a su estómago reaccionar rugiendo pidiendo un bocado.

Acondicionó la mesa del salón, subió la persiana para que entrara la claridad y poder apagar la luz artificial y disfrutó de cada bocado. Lo comió despacio para que no le sentara mal. Estaba tan concentrada en saborear cada ingrediente que abandonó la zozobra interior.

Al masticar el último mordisco, se fue a la habitación para vestirse. Rebuscó en el armario y no encontró nada a su gusto. Los tonos tan oscuros eran demasiado tristes. En uno de los cajones había una camiseta de publicidad que

algún verano le habían regalado con una de las revistas que solía llevar a Elisabeth. La talla era muy grande, cosa que le vino mejor puesto que así le serviría a modo de vestido.

Al salir de la habitación, iba tan distraída que se golpeó el dedo meñique del pie con el baúl de al lado de la puerta. Se tiró en el suelo aguantando la respiración para mitigar el dolor. Los primeros segundos fueron los peores, después se hizo soportable aunque la quedó una leve sensación que la incomodaba.

Recogió la cocina y se relajó en el sofá para reposar el alimento que acababa de ingerir. Escuchó unos golpes en el cristal del salón que la asustaron; no obstante, enseguida su cerebro reconoció que se trataba del sonido de la lluvia. Se aproximó hasta la ventana y la abrió, sacó la mano para que las gotas cayeran sobre ella. Se alegró de que el anciano hubiera vuelto para avisarla porque caía bastante cantidad. Notar el agua sobre su piel le estaba resultando muy agradable, sin pensarlo demasiado se fue a la calle, quería impregnarse del líquido. Una vez abajo extendió los brazos y levantó la mirada hacia el cielo, tuvo que cerrar los ojos porque llovía demasiado. Le encantó la fuerza con que las gotas impactaban en su rostro.

Escuchó como la lámina de una ventana era recorrida y miró hacia ella. Era Michael. Feliz le saludó con la mano, y fue al notar la extrañeza de su expresión cuando se percató de que solo llevaba una camiseta, iba en bragas y descalza. Se apresuró a volver a casa presa de una vergüenza indescriptible. Se envolvió en una toalla y lloró acurrucada en el suelo del baño.

XVI

Al despertar no sabía si era de día o de noche, la luz del cuarto de baño estaba encendida, pero no tenía ventana y la de la habitación estaba bajada. Le dolía todo el cuerpo de haber dormido en el suelo. Cuando subió la persiana, comprobó que era de noche, el reloj de la mesilla marcaba las tres de la mañana. Se metió en la cama y descansó con el sonido de la lluvia repiqueteando en la ventana.

Los rayos que entraron por la ventana al amanecer la desvelaron, ya no llovía. Una brisa fría entraba por la ventana, estaba arropada y se encontraba en un estado perfecto. No tenía frío, pero sí un ligero frescor que la agradaba. Con las horas transcurridas había mitigado la sensación de vergüenza y disfrutó recordando la agradable experiencia que había vivido bajo la lluvia.

Reflexionó sobre lo sencillo que era pasar un buen momento, y con la facilidad que este se estropeaba por el qué dirán. Qué importaba que no llevara pantalón, no se la veía absolutamente nada porque la camiseta era larga, solo sus piernas. E iba descalza, pero no hacía mal a nadie. Se quedó con el buen sabor obviando lo amargo del momento. Y entre buenas sensaciones se quedó dormida de nuevo, aunque enseguida los pájaros comenzaron a piar despertándola.

Se quedó en la cama escuchándolos y queriendo tener pensamientos positivos. Buscó ideas que no incluyeran a Michael, tenía que aprender a sobrevivir sola, salir del pozo sin una ilusión irreal.

La necesidad de volver a escribir la hizo incorporarse y buscar la libreta. Colocó la almohada y cojines en el respaldo de la cama para poder sentarse apoyando la espalda y de su mano surgieron las palabras:

La oscuridad era una buena compañera. Me cuidaba de ver, me ocultaba a mí misma para no ser vista; y sin embargo, había días en los que lo único que me calmaba era la luz.

Estaba aprendiendo. A base de días de desesperación, descubrí que daba igual si luz o oscuridad, que la realidad estaba en mi interior y era eso lo que me hacía buscar una u otra. Sé de sobra que los peores días, aunque me sintiese a gusto escondida en mis tinieblas tan solo conseguía acrecentar mi agonía.

Separarme de mi entorno, huir de la gente... me hacía más antisocial y al estar tantos días prácticamente sola, el ser se acostumbraba a la situación y verme rodeada de personas me generaba un grado de ansiedad que no era

capaz de controlar. El pánico me dominaba, y ahora que empiezo a ser consciente de todo, veo con la facilidad que uno puede caer en las tinieblas. Desde siempre había empatizado con el hacer de mi tía aunque no supiera qué la había llevado hasta esa situación. Cualquier detalle puede hacer que uno se autodestruya, cada persona es diferente y tiene más o menos fuerzas para salir de la profundidad de la tristeza. En este momento no tengo ninguna aspiración, ni ningún sueño para resurgir, pero sé que si no lo intento habrá un punto de no retorno y yo no tengo una hermana, ni tengo una sobrina. Tengo miedo de que sea demasiado tarde.

Es absurdo como un simple hecho, que pudiera parecer incluso incómodo para otros, me esté haciendo despertar. La lluvia, de la que normalmente disfrutaba, pero jamás lo hice con tanta intensidad. Estoy segura que también me ayudó el aventurarme a ir al bosque y lo que allí había acontecido. Lo pasé muy mal, es verdad, pero el contacto humano, una voz, la ayuda de aquel hombre que ahora se muestra en mi recuerdo como un salvador, otro golpe de luz que me está ayudando a resurgir.

Leyó varias veces lo que había escrito y su mano incansable quería continuar, en el encabezado de una hoja nueva escribió en mayúsculas: CUENTO y continuó esculpiendo palabras.

Ariel paseaba por un campo de amapolas, era una niña feliz y, aunque en su faz había desaparecido la sonrisa, seguía manteniendo una mirada viva que dejaba ver que en otro tiempo nada había sido así.

Desde el cielo él la observaba, no podía intervenir y se lamentaba por ello. Sabía que la pequeña necesitaba unas palabras de aliento, o puede que simplemente una mano en el hombro que la ayudase a recuperar la alegría que tanto la caracterizaba. Él que la había acompañado desde su nacimiento conocía mejor que nadie el interior de Ariel. Y es que no solo era mágica su sonrisa, sino que dentro de ella tenía la bondad, y era un hecho que en sus labios se representaba la pureza de su ser.

La niña caminaba y se sentía privilegiada por el paisaje que había bajo sus pies y frente a sus ojos. Era capaz de disfrutar de una forma sosegada de lo que la rodeaba, porque era consciente que con la tranquilidad percibía cada detalle con todo su esplendor. Y a pesar de la soledad que estaba viviendo, y de que su corazón acusaba tanta despedida, sabía que era afortunada, e incluso le dolió no poder, en ese instante, recibir de una manera más positiva lo que le era concedido.

Qué buen corazón tenía que incluso después de la desgracia todavía creía que era un feo no responder a la vida con una sonrisa. Necesitaba hablar con ella, transmitirle que era humano en determinados momentos sentir melancolía y costaba más adorar las cosas buenas. Y no era nada malo, ojalá pudiese decírselo, que no era malo, que bastante había demostrado siempre y era natural que en este momento la sobreviniese la soledad en forma de pequeña sombra. Y era pequeña porque ella nunca permitió que fuera de otra manera, y lo mejor residía en que ni siquiera se lo propuso. Y es que ella era así, sencilla sin proponérselo, buena sin saberlo, puesto que en su inocencia aún no había conocido la crueldad que se extendía por el mundo. Ella era así, una niña con la mente abierta, sin corromper.

Y si pudiese comunicarse con ella y explicarle lo que vendría a continuación estaba seguro de que aceptaría todo sin más preguntas que una sonrisa.

Pero no podía intervenir, solo esperar a que ella misma conectase con su destino.

Permaneció observándola todo el tiempo, hasta que la luz llegó, anuncio de que su corazón estaba limpio de dolor, ya estaba preparada.

Ariel miró la luz que provenía de una amapola y se acercó hasta ella. Era una luz que no dañaba sus ojos y la contempló maravillada por la belleza. La sonrisa fue el signo inequívoco de que era el momento.

No volvería a recordar la vida terrenal, la luz la liberaba de la carga aunque Ariel era tan diferente que él estaba seguro de que incluso con sus recuerdos nada empañaría su destino. Ariel tocó la flor y las imágenes fueron desapareciendo: la niña pálida e inerte en una caja que abandonaba el mundo de los vivos ya no existía. Los padres que lloraban desesperados se difuminaban. La soledad era permutada por un corazón repleto de luminosidad.

Y él bajó, por fin, a recogerla. La transformación se había completado.

—Hola, Ariel. Vengo a acompañarte a tu nuevo hogar. Ya puedes volar.

Y el Ángel que la había custodiado durante su vida humana la asió de la mano y juntos emprendieron el vuelo hacia su nuevo hogar.

XVII

La libertad que le proporcionaba la escritura era increíble, al exponer su propio padecer era como expulsarlo y atraparlo en la hoja. Se sentía libre de todo mal y apaciguaba el sufrimiento impregnado en su ser.

Mientras escribía le vino a la mente una imagen, y la historia fue creándose sin que ella hiciera nada, los sucesos iban sucediéndose a la vez que los transcribía.

¿Por qué había venido aquel cuento a sus pensamientos? No lo sabía, pero la hizo sentirse pura, con el corazón sano, y con la bondad que posee un ángel. Pudo ver a Ariel con un vestido blanco, una corta melena rubia y una piel muy blanca. Resaltaba sobre el campo de amapolas rojas.

Entretanto disfrutaba de las sensaciones tan agradables que la escritura le estaba reportando, le vino una idea, de repente, como una iluminación. Y sin esperar un segundo se dispuso a buscar los cuadernos, porque su tía se los encargaba a menudo y quería comprobar qué había escritos en ellos.

El primer lugar donde buscó fue en el mueble del salón, pero allí no había ninguno escrito. Revisó detrás de los libros por si estuvieran ocultos, aunque había limpiado y no los había visto nunca. Miró en el armario y la cómoda de la habitación y tampoco halló nada.

Estaba exhausta de tanto remover la casa. Al sentarse en el sillón se le ocurrió que tal vez estuvieran debajo de los cojines o dentro del forro del sofá. Desmontó todo y se frustró al descubrir que estaba vacío.

La casa de su tía era más bien pequeña y no había mucho más donde mirar. Estaban los muebles de la cocina y los del baño, pero eso los conocía a fondo.

La tranquilidad que había conseguido al escribir se estaba esfumando y la necesidad de encontrar las libretas daba paso a un nerviosismo que la generaba un hormigueo por las piernas y la espalda que la hizo andar de un lado a otro para intentar calmarse.

El hormigueo no desaparecía, e intentó distraerse cocinando. Buscó leche, harina, huevos y azúcar para prepararse unas tortitas. A la vez que batía los huevos canturreaba. Y se acordó de que no había estado en su casa desde lo sucedido. Tenía que volver, y si no, al menos, necesitaba su ordenador para escuchar música. Estaba acostumbrada a oírla diariamente y lo echaba de menos. Siguió batiendo y cantando.

Qué extrañeza la de algunas personas, se planteó, ella se sentía rara, diferente

a los demás. Se preguntaba si todo el mundo tenía las mismas reflexiones, si todos se creían diferentes a los demás. Lo que era cierto es que ella además de percibirse como tal, muchas veces lo escuchó de otros: «qué rara eres». Hay quien lo decía de una manera que podía resultar, por el tono, despectivo; sin embargo, otros se lo expresaban como algo inherente a su persona, casi como si le llamasen guapa. Era algo a lo que ya no daba demasiada importancia, era así y era feliz. Tal vez no actuaba como el resto, puede que fuera la oveja negra en determinadas ocasiones, pero podía sentirse orgullosa de no seguir al rebaño, de tener sus propios principios de la vida y de actuar bajo toda la bondad que era capaz. Recordó a Ariel, y se percató de que tal vez, en un modo exagerado se estuviese describiendo a sí misma. Y aunque no había muerto, como la protagonista de su cuento, se encontraba sola, y prácticamente lo que estaba viviendo podría ser lo mismo que estar bajo tierra, las cuatro paredes en las que estaba enclaustrada eran su ataúd. A diferencia de la historia, no había campo de amapolas y tampoco una sonrisa empañada, directamente no existía paraíso ni sonrisa.

La canción podía decirse que estaba hecha para ella y el que alguien la hubiese escrito significaba que no estaba sola, que más gente padecía de los mismos pensamientos y sentimientos. Éramos demasiados, por lo que era lógico, al final los seres humanos reaccionamos muy parecido y si fuéramos capaces de ponernos en el lugar de quien tenemos enfrente podríamos sentir lo que esa persona piensa o padece. Tanto en alegrías como en penas. Era tan sencillo como eso y muchos problemas se evitarían. Pero casi nadie lo hacía, y ese dato sí que no era capaz de comprenderlo. Aunque hacía días lo había experimentado en su propia piel, y las lágrimas regresaron al recordar el hecho. Solo tenía que haber pensado desde la perspectiva de su tía, poniéndose en su lugar rápidamente habría sabido que Elisabeth nunca habría salido sola de casa. ¿Cómo iba a hacerlo si llevaba tantos años sin pisar la calle? Era imposible. Y aun así, lo había intentado. Cuanta fuerza de voluntad había mostrado y qué gran acto de amor. Se arrepentía tanto, si no hubiese sido vencida por la ira podría haber ido a verla y con su ayuda seguro que lo habría conseguido. Le faltó su mano, la que le había negado. Llorar no iba a solucionar nada, pero había decidido algo, jamás llevaría su orgullo tan lejos.

Todo el mundo, incluso un Ángel, tenía derecho a tener momentos de melancolía. Pero nunca dejaría que se apagase su sonrisa.

Trajo de nuevo la canción a su voz, no era momento para entristecerse, debía disfrutar de unas sabrosas tortitas.

XVIII

Los días se fueron sucediendo con calma. Adelaida había estado leyendo libros de diferentes temáticas, y en su imaginación surgían historias a raíz de determinados detalles que le llamaban la atención. Leía unas páginas y, durante el resto del día, creaba otra vida en su cabeza.

A veces, conversaba con los personajes como si fueran personas a las que estaba conociendo, como si fueran sus amigos. Mantenía largas conversaciones, y algunas de ellas le estaban ayudando a superar todo lo que la había sobrevenido. Hablarlo con alguien le hacía sentir bien. En ocasiones, a pesar de tener a uno de sus personajes como interlocutor, utilizaba las palabras que utilizaría su tía e incluso evocaba su voz.

—Leer me está ayudando a despejar la mente, a no pensar una y otra vez sobre lo mismo. Y ahora estoy escribiendo, de manera que suelto lo que llevo dentro.

—Es muy duro lo que te ha pasado, perder en tan poco tiempo a dos personas tan queridas... No sé si soy capaz de hacerme a la idea de tanto dolor.

—Prefiero que no lo imagines tan real como es. No eran dos personas cualquiera. Mi madre y mi tía, y ella era en realidad como una segunda madre. No, no quiero que te pongas en mi situación.

—Pues dentro de lo que puedo, sí quiero hacerlo. Considero fundamental ponerse en el lugar del otro, sin guardar la distancia prudente que cuida de padecer sufrimiento. Prefiero padecerlo contigo. Cuando creas barreras para mirar de lejos, se pierde la perspectiva de lo que le sucede al resto, y al final el mal ajeno no resulta tanto como en realidad es. Y si no consigues empatizar de una manera cercana y realista, acabas haciéndote tolerante a todo lo que sucede. La otra persona lo nota, es una forma más de darse cuenta que está solo ante sus desgracias. Y yo no quiero que estés sola.

—Te lo agradezco de corazón. Tus palabras me hacen tener esperanza, hacen que se disipe el dolor, aunque sé que cuando vuelva a mi soledad aparecerá otra vez.

—Si eso sucede, que yo también sé que pasará, entonces volveremos a hablar. Tantas veces como sea necesario. Y verás que día a día te irás liberando de lo que oprime tu pecho. Un día, las palabras surgirán de una forma menos asfixiante. Hablaremos una y otra vez.

—Muchas gracias. No sé si quiero hablar siempre sobre esto. Ahora mismo sí,

ahora quiero reconocer que estoy hundida, que únicamente tengo ganas de llorar, que si pudiera y dejara que la rabia me dominase, me arrancaría la piel. Me da la sensación que sería la manera de romper con todo.

—Es lo que hay que controlar, esa rabia de la que hablas. Y si te soy sincero, creo que lo estás haciendo bastante bien. ¿Te das cuenta? Mencionas la rabia que te intenta dominar y, sin embargo, lo expresas con total tranquilidad.

—Es verdad. Recuerdo que los primeros días no podía controlarla, ni siquiera podía expresarme. Esa rabia se está mitigando.

—Eres muy fuerte. Has conseguido vencerla, si perdieras la partida sería catastrófico, entrarías en un bucle de autodestrucción.

—Es magnífico darse cuenta. Me hace sentir feliz.

—Aprovecha esa felicidad, apuesto a que surgirán ideas maravillosas en ese estado. Escribe.

Guardaba los secretos de su vida para que las miradas curiosas no los encontrasen. Tampoco tenía mucho sentido porque vivía sola, nadie tenía acceso a sus cosas. Y lo que atesoraba ni siquiera parecía tener gran valor, al menos para los que pudieran tener interés en saber qué escondía con tanto ahínco. Seguramente si lo encontraban se desilusionasen.

Pero no importaba, para ella merecía que se catalogase como tesoro, porque era su vida, la que no quería compartir con nadie, ni siquiera con el aire de la habitación, y por eso disponía de un lugar secreto.

Puede que no fuera recóndito, tal vez no era inteligente, tan solo era el lugar que ella había elegido, un sitio digno de las pertenencias que no debían estar a la vista de miradas indiscretas. Solo debía tener dos características: cerrado y bello.

Y así fue, con un texto que iba naciendo de su puño, en el sosiego, con la mente de un narrador omnisciente, el que todo lo ve. Debía estar bajo llave, una aparente seguridad, y debía tener cierta belleza, incluso ser otro objeto al que se tuviese el mismo apego de lo que contenía.

Ahora faltaba descubrir el segundo detalle: ¿dónde se encontraba la llave?

Cuando falleció no tenía a nadie para que recogiese sus cosas. Extraños vaciaron el hogar de una anciana que cuidaba cada objeto que poseía como si fueran flores. Cada cosa estaba perfectamente cuidada. Y aunque no tenían vida, para ella era como si la tuvieran, eran su única compañía, y alguna vez, incluso, habló con alguno de ellos. No importaba que no contestarán. La gente

se dirigía a las plantas y estas, aunque fueran seres vivos, tampoco respondían. No había diferencia, o al menos ella no la encontraba, por lo que le parecía lo mismo conversar con las flores, con la silla, con la nevera o con su baúl.

Seguramente este último era el que más palabras recibía, y no solo por sí mismo, sino por lo que contenía. Y podría ser obvio que uno guardase sus pertenencias más personales en él, quizá tanto que nadie mirase allí, aunque le parecía tentador saber qué puede esconder algo que está cerrado bajo llave. Sí, sería el primer lugar en el que alguien miraría. Pero para poder hacerlo deberían coger la llave de su cuello. Y nadie lo hizo, donde fue su cuerpo, fue la llave. Tampoco importaba puesto que nadie sintió la necesidad de saber qué escondía el baúl de aquella vieja solitaria.

XIX

Podría parecer extraño que de repente se me ocurra un cuento y que esté relacionado con el objeto que busco, que sea la propia historia la que me revele la verdad.

Sin embargo, no es más que el cerebro que de una manera relajada ha sabido desentrañar en lo que yo tanto me obcecaba, y mis nervios cegaban. Posiblemente, alguna vez vi a mi tía guardar allí los cuadernos y, en algún resquicio de mi memoria, resida ese detalle que, aunque no sea capaz de evocar, sea lo suficientemente nítido en mi subconsciente y pase en modo de intuición al consciente.

Sea como fuere, tenía esa opción: un baúl que usábamos para guardar las mantas, que aparentemente no tenía un valor especial en su interior, y que a diferencia de las pertenencias de la anciana de mi imaginación, no estaba bajo llave.

Adelaida después de haber escrito las sensaciones que iba experimentado con los avances en su investigación, fue a averiguar si era real la señal, divina o no, que había recibido.

Sacó las mantas, y el baúl quedó vacío por completo. Lo miró analizando cada centímetro, a la vista no advirtió nada raro, así que realizó la misma operación, pero con el tacto. Palpó, muy despacio, el fondo y después los laterales. Notó que detrás de la tela había algo. La forma era inequívoca, rectangular y con anillas. Ahora solo tenía que descubrir la manera de sacarlos y para ello siguió con el dedo la costura hasta que halló, en una esquina, el hilo más suelto; tiró de él y quedó hueco suficiente para extraer los cuadernos y libretas que estaban escondidas, ocultas a las miradas indiscretas.

Los posicionó sobre la cama, y se fue a escribir en el suyo. Tenía el alma sobrecogida y era necesario y urgente que expulsase todo lo que se estaba acumulando en su pecho.

Mientras escribo estas anotaciones: mis pensamientos más íntimos, mis preocupaciones y mi dolor; me pregunto si tengo derecho a leer la tinta que en sus días impregnaron esas hojas de la mano de mi tía. ¿Me gustaría que alguien leyera lo que yo estoy escribiendo? En el presente, desde luego que no querría que nadie llegase a estas palabras, pero el día que ya no pertenezca al mundo

terrenal supongo que me daría igual. Aunque imaginar que lo leyese un ser tan querido como era yo para mi tía no es una idea que me agrada, porque los escritos contienen dolor. No quiero que nadie sufra por mi culpa, no quiero que nadie piense que no pudieron llegar a lo que anidaba en mi interior, y que los sentimientos me desgarraban hasta tal punto de quemar mi alma, hasta el extremo de querer acabar con todo, de querer acabar conmigo. No, era algo demasiado íntimo, un sufrimiento que debía ser solo mío.

Y entre ese dilema me debato, yo no tengo hijos, ni hermanos, luego nunca tendré sobrinos. No puedo tener hijos así que aquí ponemos fin a nuestro árbol genealógico, al menos a la rama que nos involucraba sentimentalmente a mi madre, mi tía y a mí. Habrá más familia, la que vaya creciendo de mi tío, pero en realidad a ellos hacía tiempo que no los amábamos como a la propia sangre. Había una relación cordial, la distancia con los años se volvía cada vez más patente. Era triste, es triste, pero hay cosas que suceden porque el tiempo y, sobre todo, las personas así lo deciden.

Sé que estoy sola y he de decir que no me planteé ocultar la libreta, y si mi tía lo hizo, sabiendo que en su casa solo entrábamos mi madre y yo, me resulta obvio que la escondía para que no pudiésemos encontrarlos. Pero si pienso en el cuento de la anciana, puede que fuera una manía personal, un miedo a algo que no va a suceder.

Pero era mi tía, la conocía bien, si se tomó esas molestias era para que no llegase a nuestras manos.

XX

Adelaida no sabía qué hacer con lo que había encontrado en el baúl. No quería invadir la intimidad de su tía, pero necesitaba saber que era lo que tanto la asustaba y comprender por qué había permanecido encerrada prácticamente toda su edad adulta en una casa, con tanto miedo al exterior.

Ella misma estaba experimentando el miedo a salir a la calle, el pánico a la gente, el horror que cada sonido provocaba en sus sentidos. La muerte era lo que la había llevado hasta ese límite, no conseguía asimilar la pérdida y era pavor lo que sentía al enfrentarse al mundo sola. Las paredes le daban seguridad y le hacían protegerse de la amenaza que suponía para ella el regresar a una vida que no quería. Su madre y su tía ya no volverían, y con ninguna de las dos había tenido una despedida digna. No se le ocurría manera peor de ver fallecer a un ser querido, se topó con la muerte cara a cara y era más de lo que podía soportar.

Cerrar el círculo creía que la ayudaría a avanzar, siempre pensó que en algún momento Elisabeth abriría su corazón y le explicaría el motivo que la hizo caer en una depresión tan fulminante. Ya nunca tendrían esa conversación, y ser consciente de ello la creaba una desazón insoportable. Quizá la única manera de conectar con su tía era leer lo que ella había escrito a lo largo de su encierro, allí tenía que estar la respuesta, puede que fuera la razón de que ella escribiera, para contarle su historia. Y si no lo leía estaría perdiendo la última oportunidad que le quedaba. Dudaba si realmente era la invasión a la intimidad lo que la frenaba o la falta de fuerzas de conocer la verdad. Estaba sola y tenía que decidir qué hacer. En ese momento deseó tener una amiga a quien poder consultar, pero ni siquiera tenía una relación de confianza de ese tipo. Consideraba que había cometido un error, debería haber sido como los demás, aunque no fuera su lugar y no se sintiese cómoda, si hubiese entrado en las cosas que le gustaban al resto posiblemente tendría esa mano a la que pedir ayuda. Pero no tenía nada ni a nadie. Había llegado el momento en que ser diferente le pasara factura. No pudo evitar recordar la de veces que había hablado con su tía sobre ello, sobre lo rara que se sentía en determinadas situaciones, y Elisabeth la tranquilizaba, le hacía ver que ella no era extraña, que sus ideales eran muy válidos y respetables. Le decía lo buena que era y el corazón tan grande que tenía, unos principios que todo el mundo debería tener. Porque ella no entendía porque las personas se enfadaban tanto y llevaban tan lejos la prepotencia de querer llevar razón, era normal enojarse, pero llevarlo tan lejos era algo que no comprendía. Adelaida

también se enfadaba igual que todos, pero después se relajaba y veía las cosas de otra manera y encontraba una solución o lo dejaba pasar sin más, sin comenzar una guerra ni un exilio. Y le sucedía con tantas actuaciones que acabó por sentirse desilusionada con el ser humano. Al final quizá fuese ella la que se apartase sin casi darse cuenta de toda relación humana.

Le resultaba tan complicado, cuando murió su madre alguna amiga se acercó al tanatorio y le pareció que lo hacían más por quedar bien que por acompañarla. Ella había asistido a acompañarles en fallecimientos de familiares y había pasado bastantes horas allí con el resto del grupo. Es cierto que hay quien pedía que por favor acudiesen. Ella no pidió nada, era incapaz de expresar la necesidad de tenerles a su lado, aunque pensaba que era algo que no debía exigirse, su madre había muerto, era lógico que era el peor momento de su vida, era lógico que debían permanecer velando junto a ella.

No le gustaba pedir nada, y cuanto menos pedía, menos recibía. Al final el tiempo la llevó a ser la más lejana del grupo, a la que menos llamaban, a la que menos apoyaban, pero a la que acudían cuando se trataba de un problema, porque Adelaida poseía una sensibilidad y un conocimiento que no estaba al alcance de todos, porque ella observaba con detenimiento lo que había a su alrededor. Y era capaz de percibir la intención de las personas prácticamente solo con verlas. Podría confundirse con prejuizar, pero no, no era eso, ella jamás juzgaba a nadie. Quizá fuese más un asunto de energía, de aura... Recibía sensaciones, estaba abierta a un lenguaje no hablado que exponía mucho sobre quienes somos cada uno de nosotros. Y a pesar de ser la rara, acudían a ella, porque sabía escuchar, entender y aconsejar. Sin embargo, cuando ella necesitaba consejo nadie tenía el tiempo suficiente, nadie tenía la sensibilidad, ni la empatía. Puede que fueran estos hechos los que la unieron tanto a la hermana de su madre, porque Elisabeth podía ver solo con mirarla que algo la sucedía o preocupaba y nunca aceptaba una respuesta sencilla, indagaba hasta que conseguía que Adelaida abriese su corazón. Y la chica terminó pensando que la única persona que la entendía era ella.

—No sé qué hacer, tía. Si hay algo que odio es que se invada la intimidad de otra persona. No tiene razón de ser, es mezquino.

—Plantéate si la intimidad cesa con la muerte. Cuando alguien muere decidimos varias cosas, y las hacemos bajo nuestras convicciones. ¿Es eso justo? Puede que no, pero es que no hay manera de preguntarles.

—No hace falta preguntar, yo cogí algo guardado bajo una tela cosida. Si no es de fácil acceso es para que nadie lo coja.

—Si supiéramos cuándo vamos a morir sacaríamos muchos de nuestros fantasmas a pasear. No querríamos llevárnoslos al otro lado con nosotros.

—Pero habría otros que querríamos enterrar para siempre.

—Sí, Adelaida, pero esas no quedarían encerradas en un baúl, sino bajo el fuego.

Parte III

I

La decisión estaba tomada, revisó los cuadernos y no fue capaz de averiguar el orden. Fue hojeándolos y leyendo partes sueltas. En algunas hojas había frases, la oración ocupaba el centro de la página, quedando el resto en blanco.

Algunas de ellas la removieron por dentro:

** No es la luz lo que este alma tan oscura anhela, ya mi cuerpo solo la muerte espera.*

Se sintió identificada con las palabras. El trazo con el que habían sido escritas era firme, no había duda que las había anotado con determinación. Era triste malgastar los días bajo la sombra de la incomodidad e incomprensión. Adelaida tampoco anhelaba la luz, y si soñaba con una, era la que podía venir del cielo para llevársela. Continuó leyendo.

** La tristeza, ese mal que se instaló en mi ser, es mi compañero de viaje.*

El trazo de estas letras era fino y descontrolado, proyectó en su mente la imagen de una mano temblorosa escribiéndolas. Era tan difícil dejar a un lado a la tristeza... Cuando la invitabas a entrar en tu vida, mucha fuerza había que tener para expulsarla. Se acomodaba en tu vientre y se expandía, en determinados momentos, por cada arteria llegando a cada rincón. Siempre estaba presente en mayor o menor medida.

Las lágrimas brotaron tímidas de los ojos de la joven, y se las secó con la mano, con rapidez, para que no goteasen sobre el papel.

** Soñar me hace ser libre, me permite salir de este lugar tan tétrico que soy. En mis pensamientos soy otra persona, la que nunca me atreví a ser.*

Adelaida rememoró el conocimiento que tenía Elisabeth del sentir humano, lo había aprendido en los libros, conociendo a los personajes y advirtiendo las similitudes a pesar de estar creados por escritores diferentes. Era muy cierto que el ser humano se movía por las mismas sensaciones. La tristeza, la soledad, el amor, la amistad, la ira, el rencor... Tanto las actitudes positivas como las negativas nos hacían reaccionar de una manera tan similar..., que lo que estaba escrito bien podía haber salido del puño de Adelaida.

La imaginación era su aliada en la etapa tan difícil que se encontraba. Paseando en sus ensoñaciones se sentía feliz, y escribiendo los cuentos desechaba parte del dolor. Era lo que tenía y era a lo que se aferraba con fuerza.

La experiencia la estaba conectando de una manera muy especial a su tía haciendo que la tristeza diera paso a la nostalgia.

Cerró la encuadernación que tenía entre las manos y eligió otra al azar. Se acomodó mejor en la cama para que su espalda no padeciese por una mala postura. Colocó cojines para apoyarse en el respaldo y se tapó con la sábana hasta las rodillas para calmar la frialdad que tenía en los pies.

Abrió la tapa, y en la primera página en mayúsculas y letras grande leyó: Mi vida.

Tuvo miedo de continuar, pues por el título le pareció que podía tratarse de un diario. Pero no se echó atrás, si veía que debía parar tendría tiempo de hacerlo.

Se quedó perpleja al leer lo que contenía el cuaderno. Era una especie de novela que narraba la historia de una mujer y sus dos hijos: Aaron y Ricitos. Ricitos era el nombre que había pronunciado su tía al verla antes de morir. Nunca se había dirigido a ella con ese apodo, y ella no tenía rizos. Había varios cuadernos para completar la historia. Los siguientes aparecían con el mismo título y numerados.

Los leyó todos empapándose de la vida de aquella familia, en apariencia feliz, pero con una madre melancólica, acechada por la sombra de la tristeza, aunque conseguía evitarla sin que llegase a ser un problema sin solución. Le había producido mucha pena que no fluyese la relación de la mujer con Edward. La conexión de la que hablaba la protagonista le recordaba a lo que ella había sentido con Michael. La madre le recordaba a ella misma, con la dificultad de relacionarse socialmente, aunque Adelaida no llegaba a ese extremo, pero le resultaba complicado llegar a la gente, o más bien eran las personas que iban demasiado deprisa las que no se detenían a conocerla, porque Adelaida no se mostraba de golpe, su personalidad aparecía con lentitud. Y solo quien tenía paciencia y ganas de desentrañar lo que había tras su timidez llegaba a conocerla. Aunque nunca la conocerían del todo.

La mujer de la historia la había cautivado, su decisión de formar una familia sin involucrar en su vida un hombre. A ella que las relaciones íntimas le parecían un hecho inalcanzable le resultó una idea maravillosa. Pero Adelaida no podía tener hijos así que no había manera de que formase una familia. Y esta vez le produjo congoja. El libro que había escrito su tía, le había despertado un instinto que jamás había sentido: el de ser madre. Percibió la alegría que transmitían los niños a su madre, la encantaría poder encontrarse en la situación de la protagonista. Tener unas caritas sonrientes que te amasen por encima de todo. Aún recordaba como miraba a su madre cuando era una niña, y el hecho que se contaba sobre la madre de Carla le revolvió el estómago. Los niños dependían por completo de sus padres, no podían elegirlos y existía la posibilidad de que les tocase vivir en una mala familia, porque era cierto que existen personas malas, y tienen igualmente unos padres, unos abuelos, unos hijos... Y a Carla,

lamentablemente, le había tocado tener una progenitora sin escrúpulos, aunque por suerte su padre era un buen hombre. Había niños que no contaban con esa suerte, si puede llamarse así, y tanto padre, como madre, no velaban por ellos. Desechó con rapidez las ideas de su cabeza, la estaban hiriendo, saber que era real que la maldad crecía en las personas era más de lo que podía soportar y muchas veces se debía a lo que habían experimentado en la infancia, experiencias que los marcaban para siempre, o una educación deficiente que no los dejaba diferenciar entre el bien y el mal. Y eso era muy difícil de curar. ¿A quién había que culpar? El asunto se complicaba y no se sentía con la fortaleza para debatir sobre ello.

"Mi vida" es como Elisabeth había titulado la historia que acababa de leer. Adelaida se planteó si existiría algo de verdad tras el argumento, aunque no le parecía posible puesto que su tía no tenía hijos. Tal vez sería uno de sus sueños plasmado en el papel. No había manera de averiguarlo.

Interiorizó la vida de aquella mujer sin nombre.

II

MI VIDA por Adelaida

Llevo plantada frente al papel un buen rato, intentando crear un argumento de una vida soñada, la vida que querría tener, y no he sido capaz de escribir ni una sola palabra.

Me gustó la idea de mi tía, suponiendo que lo que ella escribió fuera lo que quería vivir, su vida soñada. Pero yo no soy capaz de soñar.

Creo que es una buena señal, prefiero que mis días vayan fluyendo, que la vida me vaya mostrando lo que tiene preparado para mí, sin yo establecer unas expectativas sobre ciertos temas. No sé por qué mi tía escribió esa vida, aunque su situación era muy diferente a la mía, para ella llegó un momento en que supo que ya nunca tendría una. ¿Quién sabe? Puede hasta que lo decidiese desde el primer momento en que sucedió el hecho que la sumió en tan profunda depresión.

Pero yo no soy ella, y yo no quiero permanecer encerrada en una casa. Tal vez me asusta más la idea porque yo no tengo a nadie que me cuide, que me visite, que esté pendiente de mí. Si no logro salir de esta situación acabaré muriendo entre estas paredes. Y si en mí hay un sueño, es poder disfrutar de un jardín o un bosque más allá de mi ilusión, la realidad es mi sueño.

Sonó el teléfono, y Adelaida soltó el bolígrafo y se levantó de la cama para cogerlo.

—Hola. ¿Quién es?

—Hola, Adelaida. Soy Alfred.

—Hola, tío. ¿Qué tal?

—Estaba preocupado, llevo llamando a tu casa desde ayer. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

—Adelaida, ¿qué haces en casa de Elisabeth?

—Ayer vine a recoger algunas cosas, se me hizo tarde y me quedé a dormir.

—Si necesitas ayuda, no dudes en avisarme.

—No te preocupes. Todavía no sé muy bien qué hacer con sus cosas. Solo estaba ordenando y poco más.

—Bueno, cualquier cosa ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, tío. Solo una cuestión, ¿alguien de nuestra familia se llama Aaron

o Edward?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque vi esos nombres anotados en una agenda de la tía, y no sé quiénes son. Se me ocurrió que a lo mejor era alguien de la familia que yo no conocía.

—Aaron no sé quién es, pero Edward es como se llamaba el novio de Elisabeth. ¿Qué más ponía en la nota?

—Nada, nada. Solo los nombres. ¡No sabía que la tía había tenido novio! Nadie me ha hablado de eso.

—Poco se hablaba en nuestra familia sobre ella, es como si nosotros mismos hubiésemos enterrado su vida cuando ella decidió hacerlo.

—Alfred, ¿podrías contarme más cosas? No sé, me gustaría conocer algo más de ese hombre.

—Fue su pareja varios años, desde que eran unos chiquillos. Que yo sepa fue el único varón con el que estuvo.

—¿Y qué sucedió? ¿Por qué pusieron fin a la relación?

—Tu tía rompió con toda su vida cuando entró en depresión. Con su familia, sus amigos y su novio. No sé mucho más, nos volcamos tanto con ella que también perdimos contacto con la gente del pueblo. Hasta vendimos la casa.

—Alguna vez mi madre me habló del pueblo en que nacisteis y crecisteis pero se ponía muy triste y pocas veces lo mencionaba.

—Mis abuelos vendieron la casa, y nos trasladamos a la ciudad.

—Muchas gracias, tío Alfred. No te molesto más.

—Adelaida, por favor, sal de esa casa.

—Lo haré, te lo prometo.

Y Adelaida no mentía. Había aparecido el siguiente objetivo: ir al pueblo a buscar a Edward.

III

Adelaida salió de casa dispuesta a llegar al pueblo. Estaba tan entusiasmada con la idea de conocer el pasado de Elisabeth, que no tuvo ningún miedo al salir, tan solo se detuvo unos segundos en el descansillo dudando si despedirse de Michael, pero no se atrevió y corrió escaleras abajo para llegar cuanto antes al autobús, estaba deseando aparecer en su destino.

Primero fue a su casa para coger su mp3. Leer en el autobús la mareaba y se le ocurrió que se distraería durante el viaje escuchando música. Además, hacía muchos días que había estado alejada de sus canciones y las echaba de menos.

Entrar le produjo una sensación muy extraña, era su hogar y, sin embargo, no lo percibía así. Le parecía irreal, como si fuera a estirar la mano para tocar algo y todo fuera a desaparecer. No quería permanecer demasiado tiempo allí así que cargó el mp3, guardó algo de dinero en el bolso, se cambió de ropa y salió a toda velocidad hacia la estación de autobuses.

Ir con sus vaqueros le resultó algo incómodo, se había acostumbrado a la ropa ancha de su tía y ahora el pantalón la oprimía.

En la taquilla no había nadie esperando y adquirió el billete según llegó. El autobús tardaría en salir aproximadamente una hora, pero se fue directamente a la vía para no perderlo. Esperó sentada en la acera mientras escuchaba música. La primera canción que quería escuchar era «People Strange», la buscó y la puso en modo repetición para que sonara una y otra vez. El tiempo se le pasó muy rápido mientras disfrutaba de la letra y la melodía, y en cuanto el autobús llegó, se subió y acomodó en el asiento de detrás del conductor, al lado de la ventanilla. No detuvo la música y no cambió de canción. Apoyó la cabeza en el cristal y observó cada detalle del paisaje que se iba mostrando ante sus ojos. Su rostro dibujaba una ligera sonrisa, pero quedaba empañada tras la delgadez de su rostro y las ojeras que le habían salido de tanto llorar. No importaba, ella no veía su cara, no veía en lo que se había convertido, solo sentía la quietud de su alma y la alegría de emprender un viaje hacia la verdad.

IV

El autobús se detuvo en la entrada del pueblo. La joven esperó a que el resto de ocupantes bajara y los siguió.

Andaba tras ellos manteniendo la distancia, y sin saber qué hacer. Llegaron hasta una plaza y las personas se fueron separando hacia diferentes calles. Adelaida se quedó quieta, las piernas le temblaban ligeramente. En un lateral de la plaza había varios ancianos sentados al lado de la fuente, mirándola. Quería acercarse hasta ellos para preguntarles por Edward, pero al intentar dar un paso las piernas no le respondieron. El temblor aumentó y se trasladó a todo su cuerpo, uno de los señores se levantó y se dirigió hasta ella, le recordaba al anciano del bosque, a la tranquilidad que le había proporcionado. Pero aún así la situación la estaba superando, una nebulosa apareció en sus ojos y el calor fue tan sofocante que antes de escuchar lo que el hombre le estaba diciendo, se desmayó.

Cuando abrió los ojos varias personas estaban a su alrededor, abanicándola y mojándole la frente. Poco a poco fue recuperándose.

—Tengo mucha sed —pronunció con dificultad.

—Toma, bonita, bebé de este botijo, está fresquita —le dijo el hombre que había visto acercarse antes de caerse.

Adelaida bebió con avidez y secándose los labios con la mano dio las gracias.

—Muchas gracias, ya estoy mejor.

—Levántate con cuidado —le dijo otro hombre mientras la ayudaba a incorporarse.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó el hombre del botijo.

—Sí. Me encuentro bien, de verdad.

Una señora le traía algo de comer.

—Toma, come un poco —le dijo la señora tendiéndole una manzana.

—Muchas gracias, no sé cómo agradecerse.

—No tienes que agradecer nada. Siéntate y come tranquila.

La guiaron hasta el banco de al lado de la fuente y se sentaron con ella. Mientras comía todos mantuvieron silencio.

Cuando terminó llegaron las preguntas.

Les explicó quién era su madre. Todos la conocían, y le estuvieron contando anécdotas de cuando su madre y sus tíos eran niños. Adelaida se sintió muy feliz escuchando lo que narraban y les prestaba mucha atención, quería retener cada

detalle para poder recordarlo en un futuro.

Después de estar charlando un rato, ella más bien escuchando, por fin se atrevió a preguntar por Edward. Le explicaron donde se situaba su casa y con valentía fue en su busca.

Parada frente a la puerta y con la mirada perdida, recreaba en su mente el siguiente paso, pero no hubo tiempo de realizarlo pues la puerta se abrió y una voz la sacó de su trance.

—¿Elisabeth?

Regresó al mundo y en lugar de la puerta encontró a un apuesto hombre mirándola, con los ojos empañados de lágrimas.

—Me llamo Adelaida. Soy la sobrina de Elisabeth.

—Te pareces mucho a ella —le temblaba la voz al hablar. Saber que no era la única que estaba nerviosa tranquilizó a la joven.

—Siento molestarte, no sé si sabes que mi tía ha fallecido.

—Sí. Lo sé. Lo siento mucho.

—Gracias. Me gustaría hablar contigo sobre ella, si no te importa. Mi tío me ha contado que fuisteis pareja.

—Hace muchos años de eso, pero sigue en mi memoria como si fuera ayer. Cada día de mi vida ha estado en mi corazón. Vayamos a un lugar más tranquilo y te contaré todo lo que quieras.

—Muchas gracias, Edward. Me gustaría reestablecer el puzle de su vida y saber más sobre ella.

—A mí también me gustaría conocer que fue de su vida.

La llevó hasta un parque cercano a la plaza y se sentaron en uno de los bancos con mesa, uno frente al otro. Ninguno sabía por dónde comenzar la conversación, los dos estaban llenos de dudas respecto a la vida de Elisabeth y querían conocer cada detalle. Pero finalmente Adelaida fue muy directa puesto que sabía lo que había ido a buscar.

—Edward, ¿tú sabes lo que le pasó a mi tía? Ha pasado gran parte de su vida encerrada en una casa y nadie me desvela el motivo. Me estoy volviendo loca. Por favor, cuéntame lo que sepas.

—¿Nadie te ha contado nada? —preguntó extrañado.

—Nada. Ni siquiera sabía que había tenido un novio. Me enteré porque vi tu nombre escrito y le pregunté a mi tío. No sé absolutamente nada y no sé por qué me han mantenido siempre al margen.

—¿Dónde viste mi nombre escrito?

—En una libreta —Adelaida de momento no quería dar más explicaciones, cuando conociera su relación decidiría si él debía conocer lo que guardaban

aquellos cuadernos.

—Me alegra que me recordase. Fue muy difícil para mí aceptar su marcha. Muy difícil, Adelaida, aún no lo he superado, sufro cada día, lloro cada día, y siento cada segundo la impotencia de no poder haber hecho nada.

La joven se imaginó a aquel hombre llorando sin control, expulsando el dolor acumulado durante años, recordó la escena que había escrito su tía cuando hablaban sobre Carla. Se preguntaba qué había de real en todo lo que había leído.

Edward continuó narrándole los acontecimientos.

—Se marchó sin despedirse, la visitaba todos los días en el hospital, pero cuando la dieron el alta huyó a la ciudad, sin una palabra. Quise buscarla, pero se negó a verme. Entró en una terrible depresión y me separó de su vida. Esperé durante meses con la esperanza de que un día me dejase acercarme, pero nunca llegó ese momento. Nunca.

Adelaida cogió su mano para tranquilizarlo, pero siguió preguntado pues se asustó al escuchar que su tía había estado ingresada.

—¿Por qué estaba en el hospital?

—Íbamos a tener un hijo, pero una noche un dolor intenso la despertó y cuando encendí la luz vimos la cama llena de sangre. Estaba de cuatro meses y lo deseábamos tanto, que el día que perdimos a nuestro bebé, morimos en vida.

—¿Y no decidisteis volver a intentarlo?

—No fue solo el aborto, fue más complicado, esa noche tuvieron que operarla de urgencia. Su vida corría peligro y tuvieron que extirparle el útero y los ovarios. No podía tener hijos.

Adelaida empezó a hiperventilar al escuchar la información. Su tía fue un gran apoyo, junto con su madre, cuando la extirparon el aparato reproductor. Y Elisabeth había pasado por lo mismo. Sentía que se ahogaba al darse cuenta de lo que su tía había tenido que volver a recordar al ver su vida reflejada en su propia sobrina. A ella no le había afectado de la misma manera, pero cada persona era diferente, lo que a uno podía hacerle pasar un mal trago momentáneo a otro podría hundirle en un pozo sin fondo. Y había una diferencia, Adelaida no estaba embarazada.

Edward intentó tranquilizarla, y se olvidó de su propio sufrimiento. Se sentó a su lado y la abrazó mientras ella sollozaba, él la acariciaba el pelo.

—Edward, continúa, por favor. Continúa.

—Nunca hablé con Elisabeth sobre el asunto. En el hospital solo lloraba y para evitarle tanto sufrimiento la mayoría del tiempo la tenían sedada. Yo permanecía a su lado, sosteniendo su mano, y esperando que despertase para decirle que la amaba. De su garganta no salían palabras. Y después, desapareció,

y se convirtió en un fantasma. Aparecía en mis sueños, y también la veía despierto, mirándome con tristeza en sus ojos.

—Es en lo que se convirtió, una persona con una mirada triste, un alma llena de tormento. Ojalá hubiera sabido antes lo sucedido, aunque no sé si hubiera servido de algo. Nadie consiguió ayudarla.

—Habíamos sido muy felices. La ilusión de formar una familia era nuestro objetivo. Queríamos tener dos hijos e imaginábamos que serían un niño y una niña. El varón se llamaría Aaron, y con el nombre de la pequeña no nos poníamos de acuerdo. ¿No sé si conoces el origen del nombre?

—No. La verdad es que no.

—Aaron es un nombre hebreo y significa iluminado. Es un nombre bíblico, Aaron era el hermano mayor de Moisés.

—Es un nombre muy bonito.

Adelaida dudaba si preguntarle por Carla y esa otra mujer, o esperar a ver lo que él seguía contando. De momento ya había averiguado que la mujer de los escritos era su tía, que Aaron era el hijo que no llegó a nacer, y Ricitos aquella niña de la que no habían decidido el nombre.

Edward se derrumbó y comenzó a llorar, pero aun con un nudo en la garganta continuó explicándole lo que había sucedido en aquella sala de hospital, el lugar en el que comenzaron las pesadillas de dos jóvenes enamorados.

—Fue horrible, Adelaida. Todavía sus gritos me despiertan en la noche. Llantos desgarradores de un sufrimiento indescriptible. Los sedantes hacían que pasase mucho tiempo dormida, pero cuando despertaba su cerebro vagaba entre sueño y realidad, generando una peor situación. Cada vez que entraba personal del hospital, uniformado, la histeria se apoderaba de ella y de nuevo la dormían.

»Gritaba como si viera al mismísimo diablo. Incluso estando adormilada y sin fuerzas para levantar la cabeza, solo viendo los pies que entraban, con esos zuecos blancos acercándose hasta su cama, cerraba los ojos con tanta fuerza que parecía un niño queriendo ahuyentar lo que la asustaba. Recuerdo su mirada, fijada en el suelo mientras los pasos se acercaban.

»Tardó días en relajarse, en aceptar que nadie quería hacerle daño.

»Y de repente un día ya no estaba. Ya no quería verme. Nunca lograré entenderlo. Yo también sufrí mucho. Solo quería sostenerla entre mis brazos, que supiera que me tendría a su lado cada día de nuestras vidas. Y yo también la necesitaba a ella.

El llanto se hizo más profundo, y no consiguió decir nada más.

—Lo siento mucho, Edward. Es difícil comprender porqué las personas actúan de una u otra manera. Mi tía no volvió a salir a la calle desde lo que me cuentas. Vivía encerrada en su casa, y mi madre y yo la visitábamos todas las semanas.

»Leía constantemente, le compraba libros de todo tipo, y entre esas páginas aprendió lo que era el mundo.

»Varias veces intenté preguntar por su pasado, sabía con seguridad que algo la había llevado a aislarse de una manera definitiva, y nunca encontré cuál podía ser el motivo. Esperaba escucharlo de su boca algún día.

—Siento habértelo soltado de esta manera tan brusca. No he tenido ningún tacto, pero me sigue quemando dentro.

—No te preocupes, estoy segura de que hablar de ello te aliviará un poco. Me alegra que seas tú quien me lo cuente. Prefiero recibir la información con el dolor real que causó. Otra persona lo contaría desde la distancia y la realidad quedaría enmascarada bajo otra opinión. Es duro, pero si para mi tía fue un tormento, prefiero sentirlo como tal.

—Me recuerdas mucho a ella, hablas con la misma garra.

—Parecemos muy seguras, pero después..., mira la realidad.

—Te equivocas. Elisabeth estaba tan segura de lo que quería que ver sus sueños destrozados, la derrumbó. Toda la fuerza y garra se volvió contra ella. La capacidad tan grande de creer, de soñar, de sentir...

—Entiendo lo que quieres decir. Era muy pasional, para lo bueno y para lo malo. En eso me parezco a ella. Sufro en exceso por ciertos hechos que al resto del mundo no le afecta. Quizá por eso al mirar a mi alrededor solo veo superficialidad.

—Sí, eres igual que ella —respondió sonriendo.

—Demasiado igual, Edward. Yo no estaba embarazada cuando me sucedió, pero también han tenido que extirparme... —Se le quedó la garganta seca y tosió, y Edward aprovechó para intervenir.

—Sé fuerte, Adelaida. Hoy en día es diferente, si tú deseo es ser madre existe la adopción. No te cierres al dolor, prométemelo.

Adelaida recordó la historia que había escrito su tía. En ella hablaba sobre la opción de crear una familia sin las normas marcadas. Un argumento paralelo a lo que Elisabeth deseaba de verdad que era crear una familia junto a Edward, aunque existía la posibilidad de que redactar sus sueños fuera demasiado duro y creó una familia y una excusa en la que no podía estar junto a él.

La joven se estaba dando cuenta de lo que había sentido su tía, y al ver a aquel hombre y el amor y dolor que sentía, podía afirmar casi con seguridad que la mujer y Carla no existían; sin embargo, Edward tampoco era feliz y esa era su forma de expresarlo.

—No sé si es una pregunta que deba realizar, pero... ¿Te casaste? —Adelaida bajo la mirada al realizar la pregunta tan íntima y directa, le daba mucha vergüenza.

—No. Jamás estuve con ninguna mujer —la respuesta fue breve, era algo de lo que no quería hablar.

—Tengo que enseñarte una cosa —añadió Adelaida mientras abría el bolso y sacaba los cuadernos.

Se los tendió para que los leyera.

—¿Qué es?

—Lo escribió Elisabeth. Me gustaría que lo leyeras. Mientras lo ves voy a dar un paseo, es mejor que lo hagas en la intimidad.

—Gracias, Adelaida.

V

La joven fue a pasear por un camino que salía del parque y llevaba hasta el campo. No conocía el lugar y, sin embargo, percibía el entorno como si siempre hubiera formado parte de él.

El viento soplaba ligeramente y le volaba el pelo, dejando su cara al descubierto. La sensación era muy agradable y, aunque acababa de recibir información muy dolorosa, estaba contenta. Por fin había completado el puzle de la existencia de su tía. Momentos que habían construido su destino que estuvo abocado al miedo. Cada hecho afectaba de manera diferente a cada persona. Adelaida ató cabos con todo lo que conocía y entendió que fue la trágica muerte de sus padres, siendo Elisabeth muy niña, la que marcó sus sueños. Y es que junto a Edward imaginaba la familia que quería formar, una al uso, una escrita en nuestro ADN, con un padre y una madre que para ella no estuvieron presentes. Y sin embargo, su interior le decía que eso no tenía que ser así, que había otras maneras, y así lo escribió. Una alternativa. Una esperanza. Y tejió la telaraña que la envolvió, atrapándola en una vida que nunca sería. Una vida que dentro de su sufrimiento la hizo feliz y le dio la oportunidad de crear una familia. Y entre esas páginas halló la dicha, y encontró la manera de hacer eterno su deseo: haciéndose libro.

Adelaida al tiempo que veía claros todos los acontecimientos de tantos años, visionaba su próximo objetivo. Había terminado una etapa y comenzaba la que sería su vida, pero para dar por finalizado todo lo referente a su tía, aún le faltaba una cosa por hacer cuando regresase a la ciudad.

Paso a paso se fue adentrando en el bosque, rodeada de árboles muy altos, y no era ni consciente de que no sentía miedo. Le encantaba el olor a madera que estaba respirando, y acarició los troncos gruesos que indicaban la larga edad de aquellos seres. Se abrazó a uno de ellos, fusionando el latido de su corazón con la energía que percibía. El bienestar que acudía a ella cuando recreaba este tipo de escenas en su mente, ahora era real y la intensidad era tan grande que era imposible de imaginar. Porque la vida había que vivirla, los sueños llevarlos a cabo y si alguno se truncaba y se volvía inalcanzable había que tomar un camino alternativo y buscar otro objetivo, porque la vida era caminar y ser consciente de que irían apareciendo baches que uno no esperaba. Y Adelaida reconocía que había que sufrir para avanzar, la frialdad no formaba parte de sus planes, pero caer hasta el fondo del pozo, tampoco.

Estaba sola, sí; sin embargo, nunca se rendiría.

VI

En la estación de autobuses, ya en la ciudad, decidió que dirigiría sus pasos hasta su casa. Las páginas debían pasarse, y regresar a casa de Elisabeth podría ser un retroceso. Había evolucionado bastante y no quería arriesgarse.

Respiró la tranquilidad de su hogar y se tumbó en el sofá. Tenía hambre, pero en la nevera prácticamente todo sería para tirar. Buscó propaganda y pidió una pizza por teléfono. No era lo que más le gustaba, pero en ese momento cualquier alimento le resultaba apetecible.

Mientras esperaba la llegada de la comida, examinó cada habitación. Le esperaba una buena jornada de limpieza, aunque lo haría al día siguiente. Barrió y limpió por encima su cuarto, para poder dormir sin suciedad. Cuando llamaron al timbre acudió a por su cena.

Al estar en su salón y rodeada de sus cosas se dio cuenta de lo que le relajaba estar en su hogar. Aún se sentía un poco extraña y le parecía estar viviendo un sueño, pero se iba integrando de nuevo y sintiéndose cada vez más cómoda.

Todavía no había decidido lo que haría con la casa de Elisabeth y con todo lo que había en su interior. Llamaría a su tío para consultarlo con él. Había llegado el momento de pedir ayuda, o al menos consejo, en un hecho tan complicado.

Terminó de cenar y se acostó alejando de su mente las tareas que tenía pendientes para poder descansar con el sosiego que estaba consiguiendo alcanzar.

La noche había pasado en calma. Se despertó con fuerzas para afrontar las responsabilidades que había dado de lado y con ilusión por lo que iba a llevar a cabo por la felicidad de su tía.

Lo primero que hizo fue asearse y bajar a desayunar a un bar. Nunca lo había hecho sola, pero el hambre era más grande que la vergüenza. Pidió un café con leche y pan tostado con tomate natural. Hacía tantos días que no comía bien que apreció cada detalle de sabor. Lo tomó despacio mientras intercambiaba alguna palabra con el camarero, aunque sus pensamientos aún estaban en lo que quedaba por hacer.

Una vez en su domicilio llamó a su tío Alfred.

—Hola.

—Hola, tío. Soy Adelaida.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Muy bien. He estado en el pueblo y he conocido a Edward, me lo ha contado todo.

—Lo siento, Adelaida. Quizá debería habértelo contado yo, pero no hubiese tenido el tacto adecuado, y más sabiendo que tú tampoco..., bueno ya sabes.

—Que yo tampoco puedo tener hijos.

—Sí, eso.

—No estoy molesta. Me ha gustado que fuera él quien me relatase lo que sucedió. Aunque no entiendo por qué Elisabeth no me dijo nunca nada.

—Jamás pronunció palabra sobre lo sucedido. Y después te sobrevino a ti lo mismo, creo que ese hecho la hizo callar tantos años.

—Bueno, no fue exactamente igual. Yo lo he vivido diferente. Ella me apoyó mucho y debió revivir todo su pasado mientras me ayudaba. Qué vida más injusta, regresó el sufrimiento viendo en su sobrina el reflejo de una pesadilla.

—Siento decir esto, pero ella tampoco se esforzó.

—No la juzgues, Alfred, cada persona es diferente, y cada dolor único. Te llamaba para hablar de la casa y las pertenencias. No sé si has pensado qué hacer

—Prefirió cambiar de tema, no le apetecía escuchar opiniones sobre actuaciones que la gente era incapaz de comprender.

—Adelaida, tú te hiciste cargo de ella, y tú debes decidir, lo que hagas me parecerá bien. Eso sí, te recomiendo que no vendas la casa. Ahí están sus raíces y si lo haces te arrepentirás. Tus bisabuelos cargaron toda la vida con una losa de culpa por haber vendido el hogar donde habían crecido mis padres.

—Tienes razón. De momento lo dejaré todo tal cual. Otra opción era trasladarme, porque es absurdo pagar mi alquiler, pero en principio voy a separarme de esa casa.

—No es prioritario. Ya lo decidirás. Es una buena idea el traslado, pero para más adelante. Ha pasado poco tiempo, y una pérdida debe seguir un proceso de aceptación.

—Muchas gracias. Cuando sepa qué hacer te lo diré. Tengo que colgar.

—Vale. Llámame para lo que necesites. Hasta luego.

—Hasta luego.

El mundo giraba, los minutos avanzaban y los propósitos se iban realizando. Sin perder tiempo, encendió el portátil y comenzó a teclear las palabras de su tía.

Se emocionaba según iba leyendo la historia y estaba enormemente ilusionada por ver plasmado el escrito en la pantalla.

Durante horas, estuvo frente al ordenador. Tardó tres días en transcribir el manuscrito y empleó un cuarto en realizar una portada y prepararlo todo para enviarlo a la imprenta. Como portada seleccionó la foto de una silla de madera con la naturaleza de fondo, de la silla colgaba una chaqueta, y en lugar de una

muchacha, el asiento era ocupado por un libro; y todo formaba parte de un lienzo, porque Elisabeth dibujó su vida y la convirtió en libro. La portada era colorida, mostrando la alegría del corazón que contenía, porque la melancolía no está reñida con la felicidad que producen determinados hechos, y aquella muchacha era feliz junto a su familia.

Envió el archivo a la imprenta y encargó dos ejemplares.

Adelaida debería esperar a recibir el pedido en su domicilio. Mientras llegaba tenía más cosas importantes que hacer. Llamó al seguro funerario para encargar una nueva lámina para la lápida y una corona de flores. Le indicaron que estaría preparado para el día siguiente, y concertó una cita en el cementerio para ver cómo ponían la placa y pagar la factura.

El resto del día lo dedicó para hacer la compra, limpiar a fondo la casa y ver la televisión. Su mente descansó mientras hacía las tareas cotidianas, y aunque no era capaz de prestar demasiada atención a la televisión le sirvió para acallar sus pensamientos y distraerse con los sonidos.

No tardó en entrarle sueño y se fue a la cama.

VII

Llegó pronto al cementerio, quería estar a solas frente a la tumba, hablar en la intimidad con su tía.

Se santiguó y se sentó junto a la lapida. Era la primera vez que acudía desde el entierro, y ver el nombre grabado de Elisabeth la hizo toparse de nuevo con la realidad. Los días que había estado ocupada no había tenido tan presente la desgracia.

Saber que el cuerpo se encontraba bajo tierra le produjo una sensación de ahogo. Nunca había tratado el tema de la muerte con su tía, hablaban sobre muchas cosas, pero aquel asunto no lo habían tratado. Se planteó si ella tendría alguna preferencia. Con su madre si que lo había planeado, y sabía a la perfección lo que tenía que hacer. Tenía la convicción de que su cuerpo debería permanecer íntegro, y sin pensar en los deseos que podría tener Elisabeth, realizó un entierro igual que con su madre. Ahora se daba cuenta que quizá habría querido algo diferente, esparcir sus cenizas por algún bonito lugar, o en el mar, alguna parte donde fuera libre. Había permanecido encerrada entre cuatro paredes la mayor parte de su vida y tras su muerte también lo haría.

Una vez hubo asimilado la situación, se relajó y las palabras surgieron:

—He conocido a Edward. Es un hombre encantador. Me ha contado todo, tía. Lamento profundamente lo que os sucedió. Perder un hijo y saber que no podrás tener más, cuando es algo que deseas, debe ser horrible. Entiendo tu dolor, entiendo que te hundiera, pero me da mucha pena, tía, que no consiguiéramos sacarte de ese pozo que te engullía día a día. Estoy segura de que habríais sido muy felices a pesar de no tener una familia.

»Edward ha sufrido mucho, aunque sé que siempre has sido consciente de ello. Ambos lo habéis hecho. Ojalá me hubiese enterado antes de todo, habría ido a buscarle. Que pena que no os hayáis vuelto a reencontrar. No sé por qué mamá no hizo nada al respecto, o a lo mejor sí lo hizo, eso ya nunca lo sabré y es absurdo especular.

»He leído algunos de tus cuadernos y libretas. Encontré en los que fuiste narrando la historia de una mujer y sus dos hijos. Una mujer melancólica, que veía el mundo con unos principios muy parecidos a los míos, que en realidad también son los tuyos. Somos tan parecidas...

»Gracias a Edward he podido constatar que Aaron era vuestro hijo, que por desgracia no llegó a nacer, y en ese punto se truncó tu vida. Es precioso que tú le

dieses vida, y que le concedieses esa hermana que siempre soñaste. Es maravilloso, tía, que encontrases una manera para salir del tormento, y aunque fuera entre palabras sé que viviste momentos hermosos.

—Buenos días, ¿Adelaida?

—Hola, buenos días, sí soy yo —respondió mientras se levantaba del suelo.

—Hola, venimos a colocar la placa que encargó.

—Muchas gracias, me retiro para dejarles trabajar.

Adelaida aprovechó para ir a la floristería situada en la entrada, y compró un ramo de margaritas para poner en la tumba de su madre.

Cuando volvió los dos hombres seguían trabajando, y mientras terminaban limpió la lápida de su madre, que estaba al lado de la de su tía, y colocó las flores.

Cuando terminaron, firmó un documento que afirmaba que el trabajo se había realizado y estaba correcto.

Se quedó sola y puso sobre la tumba la corona de flores que habían dejado en el suelo. Retrocedió unos pasos para poder ver la amplitud total, y leyó lo escrito en la corona:

«Tus hijos y sobrina».

Y lo grabado en la placa:

«Fuiste la luz que alumbró nuestro camino y que lo seguirá haciendo desde el cielo».

Tus hijos, Aaron y Ricitos, y tu sobrina, Adelaida.

VIII

El servicio de mensajería le hizo entrega de los dos libros que había encargado.

Abrió entusiasmada la caja que los contenía, estaba deseando ver el resultado. Tuvo que buscar unas tijeras, pues con las manos no era capaz de quitar la cinta adhesiva que rodeaba la caja.

Cuando consiguió sacarlos, los miró con detenimiento. Los colores de la portada tenían una viveza espectacular. El tono rojo de las hojas de árbol, caídas sobre la silla, resaltaba y conjuntaba de una forma muy bella con el verde del lienzo. Se sintió orgullosa por el trabajo realizado, y la emoción hizo que los ojos se le llenasen de lágrimas. Su tía viviría para siempre.

Se enjugó las lágrimas, guardó los libros en el bolso y se fue a la estación de autobuses. Debía volver al pueblo para llevar a Edward un ejemplar.

En el trayecto fue leyéndolo y disfrutando de cada escena, sufriendo con los momentos melancólicos y sonriendo con las palabras que hablaban de sus primos. Normalmente solía marearse, pero esta vez no sucedió y pudo leer con total tranquilidad.

Al llegar a su destino llamó a Edward para avisarle de que estaba allí. Lo esperó en el parque, sentada en el mismo banco en el que había conocido la verdad.

La pareja de su tía llegó enseguida. Adelaida se levantó para saludarlo y sin mediar palabra le entregó el libro.

—La muchacha que se hizo libro. Es... es precioso, Adelaida. Eres una artista.

—Ha quedado muy bien. Quería que su libro fuera perfecto.

—Lo has conseguido. Lo es.

—Me apena una cosa, Edward.

—¿Cuál?

—Ni tú, ni yo tenemos hijos. Este recuerdo terminará con nosotros.

Edward le cogió ambas manos y se acercó más a su rostro.

—Yo no tengo hijos, Adelaida, ni los tendré, pero tú deberías haber aprendido algo de lo que Elisabeth dejó escrito. Hay otras opciones, Adelaida.

—Sí, bueno..., eh... Yo, no sé...

—Eres una persona maravillosa. No cierres tu corazón, y si encuentras a la persona adecuada podéis adoptar. Hay muchos niños que, lamentablemente, no tienen padres.

—Nunca lo había pensado. La verdad es que formar una familia no estaba en mis planes, pero últimamente empieza a ser un tema que me importa más.

—Pues lucha, no te rindas, ni lo dejes pasar. El tiempo pasa, Adelaida, y no vuelve. Si lo deseas, ni lo dudes, haz realidad tus sueños.

Y así lo haría. Adelaida no quería que sus sueños quedaran escritos en un papel o realizados tan solo en su mente. No, ella no deseaba eso. Su vida sería real y tangible. Seguiría escribiendo, porque había descubierto que era una manera de desahogarse y de dar rienda suelta a su imaginación. Pero no escribiría sobre una vida soñada, los sueños los realizaría y sobre el papel plasmaría su sentir a través de cuentos. Lo que llevaba dentro saldría a través de la tinta, y quién sabe, tal vez se atreviese a convertirlo en libro y mostrarlo al mundo. Pero antes de eso, había otro objetivo que alcanzar.

—Muchas gracias, Edward. Tu opinión y fuerza me está dando alas para soñar, y te prometo que llevaré a cabo todos mis deseos, o al menos lo intentaré, y si algún sueño se trunca entonces crearé otros nuevos.

—Me encanta escuchar tanta convicción.

—He de irme, pero antes me gustaría preguntarte una cosa. No contestes si no lo deseas, es una indiscreción por mi parte, pero...

—Pregunta lo que quieras, no te cortes.

—Elisabeth te nombró de una manera un poco distante, y aun así te ilusionó y emocionó. ¿No te entristece que no te haya mencionado de otra manera más cercana?

Edward sonrió al escuchar la pregunta de la joven.

—Hay muchos detalles detrás de sus palabras que solo yo conozco. Los hechos no sucedieron así, ella los modificó, pero la esencia permanece. Leyendo lo que escribió sé que nuestro amor seguía dentro de ella. Formó una familia sin mí, pero eran mis hijos, y buscó la manera de reencontrarse conmigo, y explicó el sufrimiento que me causó una mujer, y el amor que me tenía una niña.

Adelaida visualizó lo que Edward le iba descubriendo. Era la magia que poseían los libros, la interpretación final dependía del lector y en este caso él jugaba con ventaja puesto que la escritora era el amor de su vida y nadie la conocía mejor que él. El amor disponía de su propio código, palabras en clave que solo las almas gemelas eran capaces de entender. Y a veces la vida separaba a estas personas, o ellas mismas por sus propios miedos lo hacían, pero el mundo siempre encontraba la manera de volverlas a juntar. Había uniones que no había nada ni nadie que pudieran separarlas. Elisabeth y Edward eran una de estas uniones, y a aunque pasaron los años separados físicamente, sus corazones nunca dejaron de amarse.

La joven se despidió de Edward con la promesa de que regresaría.

Mientras viajaba en el autobús, iba recreando en su mente lo que vendría a continuación. Intentaba no idealizar el momento para no desilusionarse si algo no salía como ella creía. Sin embargo, en su interior podía percibir que todo saldría bien, que no debía tener miedo y que si no daba el paso se arrepentiría toda su vida. Y no quería arriesgarse, esperar a que pasase el tiempo no era la solución. El futuro era desconocido y había aprendido que las personas no eran eternas, y que a veces, aunque continuasen ahí, se encerraban en sí mismas y se alejaban de manera que era lo mismo que si estuviesen muertas. No iba a esperar. Ya había conocido la pérdida, y ahora estaba en su mano, solo ella podía decidir si avanzar o estancarse quedando atrapada en los miedos, autoengañándose cuando todo era tan sencillo como llamar a una puerta.

Al bajar del autobús dirigió sus pasos hacia casa de Elisabeth. Subió por las escaleras y se paró frente a la puerta de Michael, suspiró y tocó el timbre. Al otro lado se escucharon unos pasos acercándose.

Cuando abrió la puerta y se miraron, en los ojos de ambos surgió un brillo especial. Adelaida se acercó y se acomodó en su pecho, y él la abrazó. La unión se había producido.

Epílogo

Martha canturreaba mientras avanzaba bailando por el jardín, sonreía; y el vestido amarillo volaba acompañando sus giros. El viento animaba sus pasos.

Al otro lado del laberinto, que se encontraba separando ambas zonas de jardín, se encontraba Annie. Caminaba —con las manos a la espalda, el tronco recto y la mirada sin enfocar— hacia ningún lugar concreto. Su vestido negro caía sin vuelo. Cavilaba, hacia dentro.

Ambas avanzaban bajo sus pasos, unos eran livianos, otros pesados.

Martha contaba los diferentes colores de rosas que hallaba por el camino. Rojas, rosas y amarillas. Tocaba los pétalos con tímidas caricias.

Annie obviaba los llamativos colores que su entorno mostraba, su mirada se enfocaba en su interior y de fuera, no veía nada.

Cada vez estaban más cerca del laberinto, aunque ninguna de las dos tenía planeado llegar hasta él, sus pisadas las guiaban sin remedio hacia el destino que ellas no habían elegido, pero que sin saber explicar el cómo, afirmo que ya estaba escrito.

Martha con sus cantos, Annie con sus pensamientos. Dos almas libres en apariencia, una alegre, otra melancólica a los ojos que miran, a los ojos que juzgan. Dos niñas. Dos jóvenes. Dos adultas. Dos ancianas. No importa la edad, son solo dos personas que caminan. Son solo dos personas rodeadas por el color de la naturaleza, la que nace libre de estereotipos, la que crece al antojo de una lluvia. Y ambas zonas del jardín eran bellas, como lo eran ambas muchachas.

Martha llegó primero a la entrada del laberinto, se paró a unos metros a observar la altura de los arbustos que formaban tan exquisita forma. La impresionó tanto como cada vez que lo veía. En la entrada había una rosa violeta, que resplandecía como si un rayo de sol la alumbrase en exclusiva. Con los ojos inundados de pasión se acercó a ella.

Annie rondaba por las cercanías del laberinto, de hecho desde la posición en la que se encontraba y debido a la gran altura del mismo podía verse sin dificultad; sin embargo, su mirada perdida aún no le había dejado verlo. Hasta que un destello la sacó de su momento introspectivo y miró, y vio. En la entrada del laberinto había una rosa negra que brillaba, como si de ella emanase luz. Se acercó a curiosear, atraída por la belleza.

Martha, como hacía cuando le atraía una rosa, acarició sus pétalos y fue tal

la luminosidad que desprendió que la cegó y retiró con velocidad la mano sintiendo un profundo pinchazo en uno de sus dedos.

Annie quería ver aquella curiosa flor negra de cerca y avanzó hasta ella. La belleza la asombró tanto que por primera vez sintió la necesidad de respirar la fragancia que emitía y se acercó a olerla. Cerró los ojos para concentrarse por completo en el sentido del olfato. Antes de que pudiese absorber el aroma escuchó un grito que hizo que se retirase con violencia de la flor, rasgando con sus espinas uno de sus párpados. Agudizó el oído y dedujo que el grito desgarrador venía del otro lado del laberinto. Preocupada corrió en la dirección que le marcaba el sonido, sorteando acertadamente cada uno de los pasadizos.

Al otro lado, Martha veía su mano sangrar y sin saber qué hacer, temerosa, gritó pidiendo auxilio. Las gotas caían, su vestido se estaba volviendo rojo y le parecía que estaba perdiendo fuerzas, la visión se le nublaba y las gotas de sudor resbalaban por su frente. Escuchó unas pisadas que venían del laberinto y de allí se vio salir a sí misma, con un vestido negro y llorando lágrimas de sangre.

Lo último que vio fue el cielo mientras le parecía caer sobre unos brazos que la sostenían. Lo siguiente que vino fue la oscuridad.

Los hechos no afectan a todos igual. Una espina podría pinchar tu dedo haciéndolo sangrar, y tú, pasar de largo mientras gotea sobre el suelo. Una espina podría hacerme sangrar y yo podría lamentarme, y sufrir mientras observo el goteo.

¿Quién tiene derecho a juzgarte a ti? ¿Quién tiene derecho a juzgarme a mí?

Los hechos afectan de manera diferente... Y lo que para ti es algo sin importancia puede que destruya mi vida.

Adelaida



LA MUCHACHA
QUE SE HIZO LIBRO

D.J.57

Leticia Meroño Catalina

Agradecimientos

La muchacha que se hizo libro surgió desde el sofá, en una habitación en la que apenas llega la luz del día, y uno de esos días en que pisar la calle resulta inconcebible.

Por una vez, me he alejado de lo gótico y sobrenatural, pero la próxima novela ya está en mi cabeza y, por supuesto, vuelvo a mis orígenes.

Muchas gracias a todos los que me apoyáis y ayudáis.

A *mis padres* por situar mis libros al lado de grandes escritores.

A mi hermano, *Mario*, que hace las tareas más soporíferas. Yo no sería capaz.

A mi hermana, *Noelia*, por correr a leerme en cuanto publico un libro.

A *Daniel* por el gran trabajo que ha hecho con la portada.

A ellos, que lo son todo: *Ángel, Almo, Isa y Lorena*. Y a las chiquitinas de la familia: *Alejandra y Paula*.

A *Luis J. Ibañez* por ayudarme con las correcciones de la novela, y por poner buena música en mi reproductor (sin él quererlo, me canta al oído).

Al escritor *F. Cotta* por guiarme, por enseñarme, por dejarme formar parte de sus iniciativas, y por tantas y tantas cosas más.

A *Vacscm* por darme la oportunidad de aparecer en su radio.

A *F.J. Bravo*, gran poeta, por leerse mi poemario tantísimas veces. ¡Un honor!

A mi profe, *José Losada*, gracias a él he mejorado mi escritura y aprendido cosas que desconocía. Gracias por hacer de mí una mejor escritora.

A mis compis de taller *José R., Sandra y Laura* por tener siempre una palabra de aliento.

A *Virginia, Cecilia y Esther Canal* que me ayudan tantísimo en la promoción, que siempre me leen, que siempre, siempre, siempre... ¡Gracias chicas!

Al *Ángel* que acompaña mis pasos, que viene y va, pero nunca me abandona. Que guarda, desde lo alto, mi camino.

Y a ti *lector*, por haber llegado hasta aquí y hacer posible este sueño.

Me puedes seguir en

Twitter: @mipluma_lmc

Facebook: www.facebook.com/miplumalmc

Otras publicaciones

- Más allá del camino I y II: Recopilación de relatos de terror gótico.
- Corazones desangelados: poemario.
- El reflejo de Alessia: novela.
- La Sombra de la palabra: poemario.

Table of Contents

Contents

LA MUCHACHA QUE SE HIZO LIBRO

Hay hechos que destruyen vidas

CHAPTER UNO Parte I

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

CHAPTER DOS Parte II

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

XIX

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[CHAPTER TRES Parte III](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Me puedes seguir en](#)

[Otras publicaciones](#)